N-332
ENRIQUE DE LA CRUZ

Índice

Título
Dedicatoria
DÍA 1

- Fabián Arteaga
- Fernando Solé
- Eusebio Minaya
- Fabián Arteaga
- Fernando Solé
- Eusebio Minaya
- Fabián Arteaga
- Eusebio Minaya
- Fabián Arteaga
- Fernando Solé
- Eusebio Minaya

DÍA 2

- Eusebio Minaya
- Fernando Solé
- Fabián Arteaga
- Eusebio Minaya
- Fabián Arteaga
- Eusebio Minaya
- Fernando Solé
- Fabián Arteaga

DÍA 3

- Fabián Arteaga
- Eusebio Minaya
- Fernando Solé
- Fabián Arteaga
- Fernando Solé
- Fabián Arteaga

Fernando Solé
Eusebio Minaya
Fernando Solé
Fabián Arteaga
Fernando Solé
Eusebio Minaya
Fernando Solé

DÍA 4

Fabián Arteaga
Fernando Solé
Eusebio Minaya
Fabián Arteaga
Eusebio Minaya
Fabián Arteaga
Eusebio Minaya
Fernando Solé
Fabián Arteaga
Fabián Arteaga
Fernando Solé

EPÍLOGO

Eusebio Minaya

Agradecimientos
Acerca del autor
Otras obras

N-332

Enrique de la Cruz

Copyright © 2023 Enrique de la Cruz
Todos los derechos reservados.

A mi familia, que sigan siempre ahí para que yo pueda dedicarles novelas.

DÍA 1

FABIÁN ARTEAGA

¡¿Qué has hecho, desgraciado?! No paras de repetírtelo. Miras a tu alrededor y observas la realidad entre las sombras de un cobertizo mal iluminado. Te pasas la mano por la frente para limpiarte el sudor y compruebas que eso que retiras se ha mezclado con la sangre que salpicó de la cabeza de la mujer.

¿Cómo has podido hacerlo? Ella no tenía que terminar así, ella no era tu objetivo. Tú sólo querías el dinero. Si no se hubiese reído de ti, si no te hubiese tratado como si fueras incapaz de hacerlo. Tendría que haber intuido que no era buena idea mofarse de un tipo con una mezcla potencialmente explosiva en su cuerpo. Si hubieses estado sobrio no la habrías matado, eso quieres creer. Así te mientes, pero no consigues engañarte; no engañarías a nadie. Si al menos fuera la primera vez, tendrías algo que alegar.

¡Maldita sea, Arti, la has cagado pero bien!

Miras por última vez el cuerpo de la mujer. Es un fotograma de película americana, de esa serie de policías científicos y sabiondos. Seguro que los que vengan no son tan listos, pero sí serán reales. Tan reales como los golpes con los que le has destrozado el cráneo. Eso fue justo después del puñetazo que la hizo caer como un muñeco. No debería haberse reído de aquella manera, con esa mirada de desprecio, como si estuviera mirando a un niño. ¿Por qué lo hizo?

La avisaste un par de veces antes de golpearla, pero ella siguió. Continuó hasta que ya no pudiste más, ojalá hubieses aprendido algo en aquellas charlas. Creías que sí, que lo tenías controlado. Te engañabas pensando que tenías tu ira a buen recaudo; pero ella tenía que ponerte a prueba, tenía que buscarte las cosquillas.

Ella no va a reirse más. Miras por la minúscula ventana, hace rato que amaneció.

Ahora tienes que salir de ahí, cuanto antes. Buscas las llaves de la furgoneta en el suelo, debieron salir disparadas de sus manos en algún momento de la agresión. Sales del barracón sin mirar atrás.

Arrancas el vehículo y sales a toda prisa. El polvo del camino parece perseguirte.

No sabes si hubiese sido mejor tratar de esconder el cadáver. No ibas a evitar que lo encontrasen, pero sí podrías haber retrasado el hallazgo.

El asiento está demasiado cerca del volante, tratas de buscar la palanca para hacerte sitio. No la encuentras, quizás al otro lado. La embocadura a la nacional está ligeramente en cuesta. La puta palanca no aparece y sigues tentando a ciegas bajo el asiento. ¡Aquí está! La accionas mientras aceleras para incorporante lo más rápido posible.

¡BAM!

Te llevas un susto de muerte cuando ves al ciclista que se ha estrellado contra el lateral del morro pasando por encima de la furgoneta y golpeándose con fuerza contra el suelo. No te da tiempo ni a ver cómo ha caído porque no has dejado de acelerar ni un segundo. Ya sólo puedes mirar por el retrovisor y ver que el ciclista llevaba casco. Hay detalles que se te quedan grabados sin saber el motivo. Otro detalle es que el tipo no se mueve, sólo se va haciendo más pequeño en cada vistazo que echas por el retrovisor. Igual está muerto también.

¡Pero qué cojones has hecho, desgraciado!

FERNANDO SOLÉ

Fernando Solé esperaba tranquilo en la pequeña sala purgatorio donde los reclusos pasaban sus últimos momentos antes de salir de la cárcel de Estremera. Daba igual si era un permiso de fin de semana o que fueran realmente los últimos minutos en la cárcel.

En el rato que llevaba allí se habían ido dos reclusos y otro que quedaba estaba ya firmando el trámite. El chaval, que tendría unos veintidós años muy curtidos, agarró la puerta para salir. Mientras empujaba le echó a Solé una mirada que era una mezcla de comprensión y pena. «Te esperaría, pero sólo tengo este fin de semana» pareció que le quería decir. No se conocían de nada, ni le sonaba verlo en su módulo, pero es sabido que a menudo se crean estas complicidades.

Desde la cabina, los tres guardiaciviles lo miraban de vez en cuando. Ya estaba solo, con la espalda bien pegada a la pared, con gesto serio.

—¡Nano! —le dijo uno de ellos—, llama a tu abogado porque de aquí parece que hoy no sales.

—Si me tengo que quedar aquí otro día no hay problema —dijo serio—, ya me he hecho al colchón.

Sabía que todo estaba en regla porque el abogado se lo dijo la noche anterior. Era un buen abogado —aunque no tenía con quién compararlo—, se notaba que tenía una experiencia que no llevaba aparejada la pesadumbre de los años de ejercicio. Era un abogado implicado y activo y le mantenía bien informado. A Fernando le inspiraba confianza. Una confianza basada en los hechos, no en las intuiciones.

—Está todo listo, Fernando —por el ruido de fondo se notaba que iba en coche—. El juez ya ha enviado la providencia y mañana a primera hora sales. ¿Necesitas que te recojan?¿Te mando un taxi?

—No, gracias.

—Te lo digo porque yo no puedo ir… estoy de camino a la playa, pero te pido un taxi hasta la estación de autobuses. Yo te lo pago.

—No es necesario, va a venir Mercedes.

—Me alegro por ti, Fernando. Eres un buen tío. Me alegro de que

hayas encontrado una buena mujer y que puedas empezar de nuevo. Todavía eres joven.

—Muchas gracias, César, te has portado muy bien conmigo.

—Es mi trabajo —dijo. La voz se entrecortaba—. Sólo espero que no vuelvas a llamarme por trabajo.

—No te prometo nada —bromeó.

—Oye, si necesitas pasta para arrancar o un curro para ir tirando —Solé había notado que usaba ese lenguaje para aparentar cercanía, pero sabía que era un tipo pijo—, sólo tienes que decirlo, de verdad.

—Gracias, amigo —dijo sinceramente—. Seguimos en contacto.

Eso fue la tarde anterior, ahora estaba aquí, nueve años después de aquella maldita noche, sentado en un banco incómodo aguantando las últimas bromas de los carceleros.

No es que se hubiesen portado mal con él, esa era la verdad. Él tampoco había dado problemas; se puede decir que la relación de Fernando Solé con los funcionarios de prisiones había sido cordial.

—¿Le has llamado ya? —le preguntó uno de ellos—, dale un toque porque si no te tenemos que meter otra vez para dentro.

—Venga, hombre —contestó acercándose a la mampara—, dejad ya de vacilarme y abrid la puerta, que me están esperando.

—¿Ah, te están esperando? —se mofó— ¡Qué bonito!

—Va, déjame que yo lo hago. —Uno de ellos, el más joven, se levantó y le dio unos papeles que había en una bandeja.

Solé agradeció que alguien pusiese fin a la broma. Se esforzaba en que no lo pareciera, pero estaba deseando salir de allí. Así que cuando el funcionario le abrió la puerta sintió una inmensa felicidad. Aquella puerta se abrió para brindarle un mundo nuevo.

—No queremos verte más por aquí —dijo el viejo guardiacivil en tono paternalista.

—Lo intentaré.

Fuera, la luz era cegadora. Era pleno julio y la temperatura alcanzaba a esa hora los treinta y ocho grados. Vio el coche de Mercedes, un pequeño Toyota Yaris blanco. Ella se bajó del vehículo y le dio un abrazo y un beso. Él soltó el petate y la abrazó con fuerza. Sintió que tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar de aquel abrazo y lo habría hecho de no ser porque el calor era insoportable y quería volver a su casa cuanto antes y ver al único familiar que tenía en el mundo: su hermana.

Echó la bolsa en el maletero y se montó en el pequeño utilitario. El aire acondicionado funcionaba a las mil maravillas así que las poco más de cuatro horas de viaje hasta casa se podían hacer sin penurias.

—Voy a llamar a mi hermana —explicó mientras cogía el móvil de Mercedes.

—Sí, estará deseando saber que estás bien.

Mercedes tenía un bonito acento colombiano y una sonrisa sencilla y sincera. Se habían conocido gracias a un programa de ayuda a presos. Todo empezó como una ayuda grupal, pero al poco tiempo ella quiso visitarlo a él sólo. Y así, poco a poco, fueron conociéndose. A él le gustaban sus visitas, y le hacían tener algo en lo que depositar las expectativas de hacer algo provechoso al salir de allí.

—Qué raro, no me lo coge.

—La habrás pillado en el baño, o en la piscina, dentro de un rato pruebas otra vez.

Fernando no lo veía claro. Su paso por la cárcel le había vuelto más desconfiado y que su hermana no contestase el día que él salía no era buena señal. Decidió esperar unos kilómetros hasta volver a intentarlo. Mercedes le hablaba de los planes para el verano. Ella siempre intentaba mirar al futuro, dejar atrás los malos tiempos y arrancar otra vida. Se había olvidado de la velocidad de la vida. A través de la ventana del pequeño coche el paisaje cambiaba a toda velocidad; al contrario que en la cárcel, donde la vista era invariablemente monótona. Las constelaciones cambiaban; las nubes y el sol alternaban protagonismo y los días de lluvia eran particularmente tristes. La vida a través de la ventana de la celda era limitada e insulsa. El cielo puede llegar a ser aburrido y las nubes dejan de tener forma de cosas terrenales.

Durante una temporada tuvo un compañero de celda que iba de cultureta y le daba la plasta hablándole de literatura comparada y de teoría de la literatura. Quería estudiar Lengua y Literatura por la UNED. Se quedaba mirando a la ventana y hacía una disertación sobre las puertas; luego le daba por las ventanas y se soltaba a hablar sobre la importancia de éstas en la Historia de la Literatura. En realidad era un pervertido con ínfulas de superdotado, pero tenía su punto escucharle disertar.

—Algo pasa —dijo a modo de excusa—. Voy a volver a llamar.

Nadie contestó. No era un domingo cualquiera, era el día que salía de la cárcel y su hermana no contestaba al móvil.

El coche de Mercedes cada vez le parecía más lento. Fernando echaba un ojo al cuentakilómetros y cualquier velocidad se le hacía poca cosa. Mercedes se empezaba a incomodar con las prisas que le habían entrado. Lo entendía, pero hasta cierto punto.

—Llama a Marieta —le propuso—. Quizás ella sepa algo.

A Fernando ya se le había ocurrido eso hacía un rato, lo que le pasaba es que tenía miedo de confirmar sus malos pensamientos. Unas ideas nocivas que lo iban consumiendo poco a poco, en bucle. Se decidió a llamar, ya que todavía quedaban casi dos horas de viaje, sin contar una parada para echar combustible. Era mejor saber qué estaba pasando cuanto antes, es preferible el conocimiento a la duda.

Marcó y se puso el teléfono en la oreja. Después de unos largos tonos, contestaron. Fernando se quedó mirando al frente. No fue una conversación larga, Fernando dijo algo así como «vale, vale», y colgó. Mercedes se quedó esperando una aclaración que no llegaba, y Fernando se quedó mirando al estúpido infinito mascando los problemas.

—¿Y bien? —preguntó Mercedes, presa de la intriga.

—Nada —contestó él, con la mirada puesta en las llanuras amarillas de la Mancha—. Que dice que ahora me llama. Que hay un policía en su casa y que no puede hablar.

Algo había sucedido, estaba seguro. Algo malo, claro. Fernando ya lo tenía absolutamente claro.

—¿Y ya está? ¿Nada más? —Mercedes ya había soltado los caballos de la incertidumbre y galopaba entre las dudas.

—Nada más —contestó él encogiéndose de hombros.

La cara de Fernando era suficientemente elocuente para la conductora, por poco que lo conociera fuera de la prisión. No habían convivido, pero ella ya sabía que se avecinaban negros nubarrones. Aquella mirada insondable, esos ojos derrotados. Fernando Solé y Mercedes Mina se temían lo peor.

Los kilómetros fueron pasando uno tras otros hasta que tuvieron que detenerse en una gasolinera. Una vez allí, hicieron todo eso que se suele hacer en una de estas paradas: mearon, compraron refrescos y frutos secos y echaron gasolina. Cuando iban a montar de nuevo en el coche el móvil de Fernando sonó: era Marieta.

—Dime, Marieta —contestó con impaciencia. Mercedes se quedó a su lado intentando escuchar lo que decía la interlocutora de Fernando.

—*Hola, Fernando, hijo.*

—¿Qué ha pasado?¿Qué es eso de que la policía estaba en su casa?

—*Pues ha estado aquí preguntando un teniente o sargento de la Guardia Civil por tu hermana porque por lo visto han atropellado a un ciclista con su furgoneta.*

Mercedes trataba de no hacer gestos ostensibles pese a estar realmente sorprendida. Fernando, mientras escuchaba, tenía la mirada puesta en un punto fijo del suelo.

—Un momento —dijo Solé intentando ordenar la información—. ¿Mi hermana ha atropellado a un ciclista? ¿Es eso?

—*No. Alguien, un hombre, ha atropellado a un ciclista con la furgoneta de Eva. Lo que pasa es que Eva no está en casa.*

—Ni responde al móvil —apuntó Fernando.

—*Claro, yo también la he llamado y no me lo coge.*

—Una pregunta: ¿se atreve usted a entrar en nuestra casa?

—*Preferiría que estuvieses tú, hijo.*

—Vale, Marieta, no se preocupe. A nosotros nos queda algo más de una hora para llegar. Ahora hablamos. ¿Ustedes están bien?

—*Sí, hijo. No te preocupes. Anda que vaya bienvenida te estamos dando.*

—No se preocupe por mí, todo se arregla, mujer.

Colgó y se metió en el coche. El resto del camino se lo pasó pensando y enlazando pensamientos inconexos en voz alta. A veces se callaba un rato y miraba por la ventanilla. Mercedes trataba de mantener un buen ritmo de marcha sin ponerlos en peligro a ambos.

—¿Tú crees que le habrá pasado algo? —preguntó al fin Fernando.

—No lo sé, la verdad. Espero que no.

Volvió a llamarla. Esta vez un mensaje automático le informó de que el número que marcaba no estaba disponible.

—¡Joder, ahora se ha quedado sin batería!

Mercedes asumió al fin que aquello pintaba muy mal. Se esforzó por pensar que igual era uno de esos malentendidos que se solucionan satisfactoriamente, pero no veía la forma de que aquello sucediera.

Solé ya había abandonado el estadio de aceptación. Era evidente que algo raro había sucedido, o estaba sucediendo. Ahora se hallaba en el momento de pensar en la forma y la dimensión del problema y en cómo afrontarlo.

Iban consumiendo los kilómetros tan rápido como podían. La angustia crecía por momentos.

Llegaron al pueblo y Fernando le fue indicando por dónde tenía que ir. Una calle en obras les desvió del camino más corto y les hizo perder unos minutos.

Mercedes tiró el coche delante de la casa, en el reservado de la cochera y se bajaron a toda prisa. Marieta, que estaba mirando por la ventana, salió a recibirles. Tenía un juego de llaves en la mano. Tras saludar a la pareja un instante, le dio las llaves a Fernando, que abrió la casa sin demorarse.

Inspeccionó a toda prisas las estancias de la planta baja: cocina, salón y un aseo. No había nada destacable, y menos aún Eva. Subió a grandes zancadas al piso de arriba: su habitación, la habitación de invitados, la de Eva y dos baños. Todo en orden. Se fue directo hacia un cajón de la cómoda de la habitación de Eva. Lo abrió y destapó un doble fondo para ver que estaba vacío.

Mercedes lo miraba desde la puerta.

—Aquí guardaba mi hermana algo de dinero, para los imprevistos. Está vacío.

Fernando vio el teléfono de Eva sobre la mesita de noche, apagado. Se lo bajó al salón y lo puso a cargar.

—Que no esté aquí no es mala noticia —dijo Mercedes—. Me refiero a que no está aquí…

—No es una noticia decisiva —apuntó Fernando—, pero no es buena. Ahora hay que pensar dónde empezar a buscarla.

—El guardiacivil nos dejó una tarjeta.

—No es mala idea, Marieta, pero voy a pensar algo antes de pedir ayuda a los civiles.

Después de darle vueltas un rato, buscan información sobre el atropello en los diarios digitales. Los titulares y los cuerpos de las noticias son muy similares entre sí, pero un dato levanta a Fernando de su asiento: N-332, km 260.

Los ojos se le abrieron súbitamente y sus acompañantes lo notaron.

—Dame las llaves del coche, tengo que ir a la huerta.

—Voy contigo —respondió Mercedes.

—¿A la huerta? —preguntó Marieta— ¿Para qué?

—No, voy solo, puede haber problemas. Tengo un mal presentimiento.

—Por cierto, Marieta… —dijo Fernando, preocupado por su falta de educación— ¿todo bien por vuestra casa?

—Sí, sí, todo en orden.

Solé subió a su habitación y rebuscó en el fondo del armario, detrás de una cajonera. No había gran cosa, solo un cuchillo de cazador metido en su funda negra. Lo sacó para comprobar su estado. Seguía afilado y disponible para el uso. Lo escondió y se fue. Mercedes, visiblemente asustada, insistió en acompañarle, pero él la convenció de que era mejor que no. Ella no se quedó del todo conforme, pero la actitud que mostraba su novio la hizo recapacitar. Por la decisión con la que Fernando actuaba, entendió que era mejor hacerse a un lado y dejarle hacer a él.

EUSEBIO MINAYA

El cigarro de después de desayunar es innegociable. Me lo tengo que echar en la pequeña *terrazabalcón* del apartamento de Sandra. Llevo en la otra mano una taza con un café expreso que me he preparado en una de esas cafeteras de moda que yo llamo *enserioJorge*. Es un apartamento de dos habitaciones situado dentro del pueblo, tiene cerca todo lo necesario para sobrevivir. Todo salvo la playa; para ir a la playa hay que pasear un buen rato o, directamente, coger el coche.

La conocí anoche, en el local en el que trabaja. Un bar de copas cuya terraza está en la playa. Lleva varios veranos siendo el sitio de moda. Cuando cruzo las primeras palabras ya sé si hay opciones o no. Es una de las ventajas de tener pequeñas nociones sobre técnicas de análisis del comportamiento. Eso te ayuda mucho a no perder tiempo un sábado por la noche.

—Oye —me dice desde dentro—, no te lo tomes mal, pero tengo que irme a currar en media hora.

—Sí, claro —le contesto con el tono más amable que puedo usar sin parecer idiota—. No hay problema.

Es unos seis o siete años más joven que yo, o al menos eso parece. A la luz del día también se la ve muy sensual.

Un bonito cenicero de cerámica está sobre la pequeña mesa que adorna la terraza sin estorbar. Tambíen hay una silla, sólo una silla, lo que me lleva a pensar que mi anfitriona no suele recibir visitas. Tampoco me extraña; tiene ese aire de mujer resolutiva y decidida.

Tiro la colilla y me dispongo a limpiar la taza y el cenicero mientras ella se ducha. Coloco todo en su sitio, nunca me gustó dejar huella de mi paso por los sitios. Me acerco para despedirme y ella me grita desde la ducha que espere, que no va a tardar. No tengo por qué dudar.

Me siento en un cómodo sofá y enciendo la tele. Obviamente, un domingo por la mañana en verano, no hay nada interesante. Por lo general, hay pocas cosas que me interesen en la televisión. Voy moviéndome por los canales sin detenerme en ninguno hasta que ella hace acto de presencia en el salón vestida con una toalla roja.

—Te decía que me marcho —le digo mientras apago la tele y me

levanto.

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—No me importaría que me llamases esta noche —me dice—, o cuando te venga bien.

—Pensaba hacerlo de todas formas, pero gracias —salgo por la puerta.

Ha sido una buena noche: una chica guapa con buena conversación, las copas justas y el sexo controladamente sucio.

Salgo a la calle y enciendo otro cigarro, tengo que decidir dónde ir. Mi coche está en la puerta del garito, hay un paseo hasta allí. El ruido de un helicóptero empieza a hacerse presente en mis oídos y acto seguido una furgoneta irrumpe en la glorieta subiéndose con dos ruedas a la misma. Los coches frenan como pueden y la furgoneta se mete en el parking de un supermercado. Un buen sitio para esconderse de un helicóptero. Ya tengo plan para el domingo por la mañana.

Tiro el cigarro y salgo tras la furgoneta, a paso rápido pero sin correr, que hace mucho calor y ya no estoy para esos trotes. Sólo puedo seguirla con la mirada ya que sigue a toda velocidad hasta desaparecer por una esquina a unos cien metros. Cuando llego a la esquina donde la perdí le pregunto a una mujer que mira atónita hacia un supermercado. Me dice que se ha metido en el párking.

Cuando llego al aparcamiento busco la furgoneta, no es difícil encontrarla, aunque hay bastantes coches. Me acerco con cuidado y la reviso. Por supuesto, el conductor ya no está dentro. Las ventanas no están tintadas, por lo que se ve el interior, donde hay artículos de limpieza. Es un vehículo de trabajo. Me cerco a la puerta del conductor, está cerrada. En ese momento entran dos compañeros en un coche patrulla.

—Hola, amigos.

—¿Minaya? ¿Qué haces aquí?

—Vi un helicóptero en el pueblo y una furgoneta como conducida por Fernando Alonso y he atado cabos —les explico—. Llamadme Holmes, si queréis.

Joder, la furgoneta se ha abierto. La han abierto, para ser más precisos. Levanto la cabeza y busco alrededor. ¿Quién coño ha abierto la furgoneta? Los compañeros se miran desconcertados y reaccionan buscando por las calles cercanas, cada uno por un lado.

No creo que lo encontremos. Nos ha tocado un vacilón. Los chicos vuelven después de unos minutos en los que he aprovechado para hablar con un hombre mayor que dice haberlo visto entrar a toda leche en el aparcamiento. Identifica al conductor como un varón de unos cuarenta años, delgado y con el pelo amarillo.

—¿Amarillo o rubio? —le pregunto. Podría ser un detalle importante.

—He dicho amarillo porque era amarillo —me contesta con seguridad—. Rubio es rubio y amarillo es amarillo. Y llevaba una camiseta negra, de un grupo heavy. Ha entrado en el supermercado.

—Muchas gracias, señor. Ahora tiene usted que darle sus datos a mis compañeros, por favor.

Sigo preguntando a los empleados del supermercado. Ha comprado una sombrilla, una gorra, media sandía y una camiseta blanca. La cajera me explica que ha entrado al baño antes de irse y que se acuerda de él porque ha salido del baño con otra camiseta, la que ha acababa de pagar. Y porque no hace ni cinco minutos de eso, pienso yo. Y también porque su recuerdo no está contaminado por ninguna otra versión. El primer recuerdo es el mejor.

Entro en el baño y veo la camiseta negra en la papelera. Salgo a pedirle una bolsa de pruebas y unos guantes a mis compañeros. Meto la camiseta en la bolsa y se la entrego a los chicos.

—Una cosa, Félix. ¿Por qué estamos aquí? —Le pregunto a mi compañero.

—Atropello con fuga, a un ciclista —contestó—. Con la buena suerte para nosotros de que estaba el helicóptero por encima.

—¿Está bien el ciclista?

—Muerto en el acto.

—Joder, vaya mierda. ¿Y conocemos al dueño de la furgoneta?

—Eva Solé, tiene una empresa de limpieza. Vive en el pueblo.

—Lo que está claro es que ella no conducía —le dije—. Habrá que ir a informarla de lo que ha pasado y ver si tiene alguna vinculación con el conductor. Dame la dirección, que voy yo.

Por suerte, me pilla de camino a donde está mi coche. No me gusta usar los coches oficiales para estas cosas.

—¿Quieres ver las cámaras del supermercado? —me pregunta Félix antes de irme.

—No, si veis algo raro me lo decís. Cuando informéis al mando, decidle que estoy por aquí, aunque yo hablaré con él directamente.

Me despido de mis compañeros y me dirijo a la dirección que me ha dado. Pasear en julio a pleno sol por una localidad de la costa mediterránea no es cómodo. La camisa se me pega al cuerpo después de cien metros. Busco la sombra, como el perro. Diviso un *oasiánico* bar en la distancia, decido que una parada de avituallamiento no me hará mal. Me tomo un quinto de dos tragos y pido otro; el primero es para reponer líquidos, el segundo es para disfrutarlo.

Retomo el camino, ya no me queda mucho. Al fondo de la calle hay dos casas pareadas que gozan de buen aspecto. Por el barrio donde están situadas son de construcción antigua, pero están remozadas. Pintadas hace no mucho en el exterior. La sensación que me da es que es una de esas casas grandes de los abuelos que los hijos

repartieron en la herencia. De lo que fue en algún tiempo un caserón, salieron dos casas de dos plantas suficientes para acoger sendas familias numerosas con holgura. Por el vallado perimetral, igual en toda la parcela, puedo terminar de deducir que a los habitantes de ambas casas los une un vínculo familiar.

Me acerco al buzón del número diecisiete, que es el que me han proporcionado mis compañeros, y leo:

Eva Solé Martín. Limpiezas Solé.

Llamo al telefonillo y espero pacientemente. Un ruido de persiana se oye en la casa de al lado. Insisto con el telefonillo, no hay respuesta. Paseo mirando por encima del vallado y de la puerta de la cochera. No hay ningún coche dentro. Vuelvo a llamar al telefonillo, pero ya no llamo para que me contesten, sino para que salgan los vecinos chismosos. Al fin se abre la puerta de la casa de al lado.

Un hombre rechoncho y de escaso pelo me da los buenos días en tono duro y me ofrece su ayuda.

—Buenos días —saludo con mi tono de policía amable—, soy Eusebio Minaya, de la Guardia Civil. Estoy buscando a la señora Solé por un asunto relacionado con su vehículo de trabajo.

—¿La furgoneta? —me ratifica sin querer—. ¿Está bien Eva?

—Bueno, señor, me temo que no lo sé, desconozco el paradero de la señora Solé.

—Señorita —dice una voz que irrumpe tras la espalda del vecino.

Discuten un poco porque el hombre le quiere explicar que soy guardiacivil y ella dice que ya lo ha oído. Parecen dos perros que se pelean por guardar la finca.

—¿Conocen ustedes a Eva Solé?

—Sí, señor. Desde que nació.

Aquel tono no me gusta nada, está muy crispada. No va a ser fácil calmarla con ese nivel defensivo que muestra.

—¿Ha hecho algo malo?

—Verá… no creo que sea cuestión de decirlo aquí, a voz en grito en plena calle. Además —añado para ver si pica—, si no son ustedes familiares no puedo decirles nada sobre el propósito de mi visita.

La mujer le ordena al marido que me abra la puerta exterior; él obedece con prontitud y después de unos segundos y de subir un par de escalones, estoy dentro.

—¿Quiere algo de beber? —me ofrece el hombre.

Rehuso con amabilidad excusándome en que estoy de servicio. Ambos se sientan en el sofá y me miran como si fuese mi turno para hablar y mostrasen respeto hacia ese turno.

—No sé si se han enterado del atropello de esta mañana a un ciclista en la nacional. El caso es que, según los testigos, el vehículo de la señorita Solé se ha visto implicado en el suceso.

—¡Imposible! —replica la señora. Un poco sobreactuada, en mi opinión—. Si Eva se viese implicada en algo así no se daría a la fuga.

—No, señora, no me ha entendido.

—O no se ha explicado usted —me suelta el marido.

—Me he explicado a la perfección —lo freno en seco—. Yo he dicho que el vehículo de Eva Solé se ha visto implicado. ¿Comprenden la diferencia? Yo sólo vengo a ponerlo en conocimiento de la interesada.

»Y como al llegar al domicilio de la interesada resulta que no está, pues me hace pensar que igual tiene algo que ver.

—Pues ayer la vi por la mañana. —La vieja se suelta a hablar—. Venía de comprar. Era temprano, ella siempre va a comprar temprano y luego se va a la playa a leer al sol. Y allí se tira toda la mañana.

—¿Y la vieron por la tarde?

—No. Nosotros nos fuimos a la huerta —dice el hombre—. La tenemos en Alcira, ¿sabe? y hemos vuelto esta mañana.

—Entiendo —digo, haciéndome el interesante—. ¿Y saben si tenía algún novio o ligue?

—Si lo tenía, no era nada serio porque nos lo habría presentado, de eso estoy segura. Y mi niña no era de tontear por ahí con hombres.

—¿Hay algo raro que ustedes recuerden?¿Algún problema que ella comentase?

—No, nada.

Suena un móvil con una canción de Rocío Jurado. La mujer sale disparada y lo coge de la mesa del salón. Se va a la cocina y vuelve al poco tiempo. El marido y yo permanecemos callados y más o menos quietos todo ese tiempo. Vuelve con el teléfono en la mano.

—Era mi hermana —miente. Trata de mantener la mirada en mis ojos de manera forzada—. Le he dicho que ahora la llamo.

—Bien, yo creo que es suficiente. Si ella viniese o si ustedes creen que hay alguna novedad que pueda ayudarnos a encontrar a Eva, pueden llamar a la Comandancia de la Guardia Civil y preguntar por mí. Recuerden: Eusebio Minaya.

—Sí, señor. No dude de que lo haremos.

—Una última cosa: ¿qué parentesco les une con la chica?

—No somos familia, señor. Sólo somos vecinos, de toda la vida, pero vecinos.

—Cuando les dije que sólo podía informarles si eran familia no me dijeron nada.

—Ah, no nos dimos cuenta. La verdad es que somos casi familia, conocíamos a sus padres de toda la vida y a los chicos también.

—¿«Chicos»?¿Acaso vive alguien más en la casa?

—No, señor, el hermano de Eva, Fernando, no vive en el pueblo.

—De acuerdo, muchas gracias. Recuerden: llámenme si ven algo

raro.

Me levanto y me marcho. Doy una última vuelta a la vivienda para comprobar que no hay ninguna irregularidad que se me hubiese pasado antes. Todo parece normal.

Siempre tengo la sensación de que me están ocultando algo, supongo que es cosa de mi trabajo. Todo el mundo se corta ante un oficial de la Guardia Civil y trata de aparentar normalidad. ¿Pero qué tendrá que ver esta pareja de jubilados con la desaparición de su vecina? Seguramente nada, pero ya lo veremos.

Llego a mi coche; la tapicería y el volante están calentitos. Lo arranco, pongo el aire a tope y me salgo a fumar un cigarrillo. Aprovecho para llamar al mando y explicarle lo que sabía. Me da vía libre para seguir. Llamo a Félix para ver qué han averiguado. Me dice que está delante del ordenador. No hay nada reseñable. Le pregunto por el hermano. Me dice que no ha visto nada raro. Le pido que mire mejor. Unos segundos de silencio, se oye el teclado del ordenador trabajando:

—Fernando Solé: ingresó en prisión hace siete años, culpable de varios delitos de robo con violencia. Ha salido de la cárcel de Estremera hoy mismo.

—Seguid investigando, por favor. Cualquier cosa más que encontréis me lo decís.

—Sí, mi sargento.

Esto añade algo de contexto al asunto. Me subo al coche y me dirijo a mi casa. Una ducha no me vendrá mal. De camino puedo coger algo de comida para llevar y quién sabe si después de comer me podré echar una siesta.

FABIÁN ARTEAGA

Tienes las manos apoyadas en el volante, y las pulsaciones disparadas. La euforia todavía te domina y no tienes tiempo que perder. Te encuentras en un estado de alerta que te te hace rememorar los buenos tiempos. No hay tiempo, y menos cuando la gente te está mirando por esa entrada estilo peli de acción que te has marcado con una Fiat Fiorino azul repleta de artículos de limpieza. «Y ahora… ¿qué?», piensas. Te bajas como si nada, miras con cara de matón al jubilado que te increpa. El hombre se acojona. La intimidación es una potente arma.

Entras en el supermercado y buscas la otra puerta, la que va a ser tu salida, porque el helicóptero de la Guardia Civil seguro que sigue por arriba. Ya es mala suerte que atropelles a un puto ciclista un domingo a las diez de la mañana mientras huyes de un asesinato del que posiblemente nadie se iba a enterar hasta dentro de unos días. Por suerte, en verano abren los supermercados todos los días; es lo que tiene vivir en una localidad que vive del turismo. Las vías de escape se multiplican.

En la tienda buscas algo tras lo que poder esconderte. Las pulsaciones tienen que ir bajando pero la cocaína no lo permite. Una sombrilla, una gorra y media sandía envuelta en film transparente. Buscas una camiseta blanca para dejar atrás el negro heavy de tu vieja camiseta de los Judas Priest.

La gente ya no te mira mal, la mayoría ni sabe que has entrado en el aparcamiento como un loco. Tienes que darte prisa porque no tardará mucho en llegar algún coche de la Guardia Civil o de los municipales.

Vas a la caja y te pones detrás de una mujer mayor que apenas puede colocar las cosas sobre la cinta. Tratas de aparentar tranquilidad, pero es imposible. A la mujer se la ve incómoda porque no paras de dar pequeños paseos y acercarte demasiado a ella. Al fin se va, después de que la cajera la ayudase a meter la compra en el carro. Ves a la mujer arrastrando con dificultad el carro y te viene a la memoria tu madre.

La chica de la caja te dice cuánto es y tú sacas un billete de cincuenta con cuidado de no enseñar el fajo. Habrá unos mil euros, calculas. Te das la vuelta y te dispones a salir. Antes pasas por el baño y te cambias de camiseta, te calzas la gorra y te vas.

Sigues alerta y con la mirada puesta en cada detalle. Ves movimiento en la otra puerta y no puedes evitar ir a ver la situación.

Pasas andando, sin llegar a detenerte pero sin dejar de mirar. Hay un tipo, vestido de calle, dando una vuelta a la furgoneta. Agarra un pico de la parte de abajo de la camisa de lino que lleva puesta y trata de abrir la puerta del conductor. Está cerrada, tú lo sabes porque la cerraste antes de entrar al supermercado y porque todavía tienes la llave en el bolsillo. Habías pensado tirarla a cualquier papelera, pero ahora te alegras de no haberlo hecho y se te ocurre jugar con el tipo. Es obvio que es policía. Llega un coche de la Guardia Civil y saludan al otro, que no les enseña nada. Se conocen.

Te das cuenta de que llevas parado unos segundos; es probable que se fijen en ti. Te giras y echas a andar mientras palpas la llave de la furgoneta. Te tienta la idea de abrir la furgoneta, pero no vas a poder ver la cara de los pardillos porque te pueden pillar. Sacas la llave, anclada a un llavero de muñeca rusa; miras los tres símbolos blancos sobre fondo negro y pulsas el del candado abierto.

Los intermitentes de la furgoneta se iluminan un par de veces y los tres policías se miran desconcertados. Se giran buscando de dónde viene la orden, dónde está la persona que se burla de ellos, pero ya no estás al alcance de su vista, has doblado la esquina y has tirado la llave en una papelera. Pero sólo la llave, el llavero lo has sacado y te lo guardas. Te recuerda a ella, a Gala, aquella novia del instituto. Aquella chica que un día fue tu novia. El primer amor. Quizás deberías ir a verla. O tal vez deberías tomarte una cerveza porque hace mucho calor, te está bajando el globo y te estás poniendo tierno.

Pasas a un bar y pides un botellín. Entre la fauna del verano pasas desapercibido, pero tus pintas son mayúsculas. Desde una mesa, un par de viejos te miran extrañados. Sombrilla al hombro, gorra y bolsa con media sandía: eres un peripatético turista. Te tomas la cerveza de dos tragos:

—¿Jefe, puedo dejarle aquí esto un momento? —le dices al dueño del bar—. Es que tengo que ir a otro sitio. Son cinco minutos.

—Déjelo ahí —te responde con desgana mientras señala un rincón fuera de la barra.

Le pides otro botellín y le das las gracias. Te lo bebes, pagas y le dejas los dos euros y pico que sobran en el platillo marrón. Sales del bar sin saber muy bien dónde puedes ir porque necesitas más combustible y alguien que te saque de allí antes de que encuentren a Eva y la cosa se ponga seria. La tensión va disminuyendo y te vas

relajando. A medida que pasan los minutos tomas conciencia de lo que has hecho y de las consecuencias que va a traer. Hay una consecuencia que no puedes permitir, te lo prometiste a ti mismo; y no se te ha olvidado porque fue hace un mes nada más. Mientras montabas en el taxi, te giraste hacia la cárcel y te juraste que no volverías a entrar.

FERNANDO SOLÉ

Seguían llamándolo así, pero ya no era una huerta. Lo fue en los tiempos en los que su padre podía mantenerlo en orden. Cuando su padre enfermó, todo aquello dejó de ser útil. Podían haberlo vendido por un buen dinero porque estaba bien situado, pero le prometieron no hacerlo. Allí no había nada de valor, sólo había un cobertizo para los aperos y poco más, así que él sabía que no era un robo. Fernando presentía que algo terrible había sucedido.

La puerta de la valla estaba abierta, la cadena y el candado estaban colgados, inertes. Temiéndose ya lo peor, colocando las piezas en un puzzle mental, se dirigió al cobertizo. La puerta estaba entreabierta. Se atrevió a entrar empujándola con cuidado. La luz del sol fue iluminando la sala. Lo primero que vio fueron los pies. Llevaba unas zapatillas de deporte blancas; después fueron recibiendo la luz las piernas, morenas y delgadas; luego un vestido negro de algodón y, finalmente, la cabeza, descansando sobre la sangre. La melena negra, recogida en un moño, también tenía algunos mechones manchados. A estas alturas ya sabía que el cuerpo de su hermana estaba frente a él.

Se agachó y retiró el pelo que tenía en la cara. Tenía el rostro hinchado y amoratado. Se levantó despacio y salió del cobertizo. Luego comenzó a llorar. No podía creer que el mismo día que recuperaba su libertad pudiera sufrir el golpe más duro que recordaba. Con apenas siete horas de diferencia. Ya lo decía la canción, hay gente a la que la vida no le da tregua, pensó. Se apoyó en el coche y sacó una tarjeta del bolsillo. Marcó el número móvil que venía impreso. Una voz dura respondió al otro lado.

—Soy Fernando Solé —se presentó—, hermano de Eva Solé.

Así empezó la conversación en la que Fernando le contó al sargento Minaya lo que había encontrado. El guardiacivil, sorprendido, le pidió que le diese su ubicación y que esperase allí.

Mientras llegaba, Fernando recordó lo último que le había dicho y no pudo entender por qué lanzó aquellas palabras. Aún siendo cierto —como lo era— que supiese quién había sido el asesino, no fue inteligente decir eso. Lo inteligente, normalmente, es estar callado. Sabía quién era el asesino, el ensañamiento era otra evidencia más. No

era la primera vez que veía un ataque tan salvaje.

Llamó a Mercedes, que estaba con Marieta y con Juan. Les dio la terrible noticia como pudo. Las lágrimas le inundaban los ojos y las palabras se le atragantaban. Decidió obviar los detalles escabrosos del hallazgo. Al colgar se escondió detrás del coche para vomitar.

El primero en llegar fue Minaya, a toda velocidad, levantando una polvareda insoportable. Fernando se estaba limpiando la comisura de los labios con un pañuelo de papel. Tenía los ojos rojos e hinchados.

Después de las preceptivas presentaciones fueron dentro. Fernando se quedó fuera, incapaz de cruzar el umbral otra vez. No necesitaba ver la escena de nuevo, la tenía grabada en su memoria, en la retina o dondequiera que se guarden esa clase de momentos.

El desfile de guardiaciviles no se hizo esperar. Fueron llegando por oleadas: una pareja de la Unidad de Seguridad Ciudadana; luego un equipo del Servicio de Criminalística; finalmente el juez con su séquito.

Eran cuatro personas, se bajaron de una berlina negra. Dos de ellos llevaban carteras de piel en la mano. Fernando se fijó en los zapatos y en el polvo que empezó a arruinar el brillo que tenían. Al pasar delante de Solé, el tipo con aires de ser el líder de aquel grupo preguntó algo a otro. Lo hizo en voz baja y sin detenerse. El otro contestó algo sin dudar, como si le estuviese informando de la identidad de Fernando, o de qué hacía allí un tipo vestido de civil con cara de haber perdido el autobús.

Fernando se sentía inútil en aquella situación, viendo a todos desenvolverse como en una tramoya imparable. Todos los individuos trabajando individualmente, pero con una labor final común. Como en un hormiguero. Se sintió realmente solo, y Fernando no era de esas personas que supiesen convivir con su soledad.

En la cárcel se había vuelto egoísta e independiente, hasta que conoció a Mercedes. Ella le había hecho entender lo que era compartir experiencias con alguien. Incluso sin tener una relación normal. Él sabía que fuera todo iba a ir bien. Lo que no entraba en sus planes era recibir este golpe nada más salir.

El juez y sus acompañantes salieron del cobertizo en formación de punta de flecha. Al llegar a la altura de Fernando, el juez se quitó las gafas de sol y se plantó frente a él:

—¿Es usted Fernando Solé? —su tono era aséptico.

—Sí, señor.

—Soy Francisco Javier Miranda —Ofreció su mano para saludar —, juez instructor del caso.

—Encantado —contestó Solé agarrando la mano del juez.

—Le acompaño en el sentimiento, sólo quería decirle que

haremos todo lo posible por encontrar al culpable y hacer que pague por su crimen.

—Gracias, señor Miranda.

—No hay de qué. Es nuestro trabajo.

Unos minutos después de que el equipo judicial se marchara, el sargento Minaya apareció e invitó a Fernando a entrar en la furgoneta para tomarle declaración. Fernando se puso tenso y se preparó para hablar poco.

No sabía cuánto tiempo había pasado en ese furgón pero no había sido mucho. El sargento había intentado sacarle un nombre, pero se había mostrado tranquilo. Fernando sabía que el guardiacivil no se había creído nada, pero al menos había ganado algo de tiempo. El siguiente paso era saber desde cuándo Arti estaba en la calle y dónde podía estar escondido.

Ahora Fernando necesitaba descansar un poco y guardar el luto con sus seres queridos. Tenía que llorar a su hermana.

EUSEBIO MINAYA

No me he terminado de acomodar en el sofá cuando suena el teléfono. Adormilado todavía, agarro el móvil y lo miro, no tengo guardado el número.

—Dígame —contesto.

—*Soy Fernando Solé, hermano de Eva Solé.* —Me incorporo de inmediato y me froto los ojos intentando meterme en situación.— *Perdone si le he despertado, pero me han dicho que estaba usted buscando a mi hermana.*

—No se preocupe —respondo—. Dígame, ¿sabe usted algo que pueda ayudarnos a encontrarla?

—*Ya la he encontrado, sargento* —su voz se quiebra—. *Mi hermana está muerta.*

—¿Cómo dice?

—*Sí, señor. Acabo de ver su cadáver.*

No me da la sensación de que mienta, está casi llorando. Es momento de mantener la calma.

—¿Dónde está? Ahora mismo voy para allá y preparo un operativo. No se mueva.

—*Estoy en el kilómetro 260 de la N-332.*

—¿Donde el atropello de esta mañana?

—*Exacto, más adelante, por el camino de tierra está la huerta de mis padres. Aquí les espero.*

—No tardaremos más de diez minutos, no se mueva.

—*Por cierto* —concluye antes de colgar—. *Sé quién la ha matado.*

FABIÁN ARTEAGA

Su casa, la de Gala, no queda lejos, pero no puedes hacerle esto. Te han dicho que vive tranquila, que al final sacó plaza en el instituto. Seguro que es una magnífica profesora, incluso con los salvajes adolescentes. También sabes que no se ha casado y que no tiene novio. Pero no puedes hacerle esto, y menos ahora. La que acabas de liar es gorda y no van a tardar en saber que has sido tú, tanto la policía como Fernando. Necesitas un sitio seguro durante un tiempo, dejar que pase un poco el vendaval y volver a por tu dinero. Tienes que espabilar o te van a pillar. Un taxi se acerca; no lo piensas más, lo detienes.

—A Montepego, ¿sabe dónde es?

—Por supuesto, caballero. Llevo toda la vida trabajando estos pueblos.

Pasas junto a la zona del accidente. El ciclista está cubierto con la sábana dorada. Lo lamentas, no era tu intención. Miras el reloj, son algo más de las doce.El taxista se santigua y se ceba con el que lo ha atropellado sin saber que eres tú. La verdad es que su último análisis es casi acertado: el conductor que lo ha matado estaba bebido y drogado, pero se equivoca en una cosa: no venía de fiesta.

El bajón te llega y dejas ya de escuchar al taxista, que sigue con la charla de los jóvenes de hoy en día y de que antes había más respeto. Mira por el retrovisor buscando tu respuesta pero ya tienes los ojos cerrados. Estás en un estado de duermevela apacible. Te despierta cuando vais llegando a la urbanización.

—Señor, perdone. ¿Quiere alguna dirección en concreto?

—No —abres los ojos y miras por la ventanilla para situarte—. Puede dejarme en aquel cruce, desde ahí voy andando. Gracias.

Tu tono más amable y civilizado resulta creíble. No conviene dar la nota ya, tienes que aparentar que eres un tipo normal.

Le pagas con un billete de veinte y le dejas de propina el poco cambio que te tiene que dar. La casa de Timo está a unos doscientos metros y, aunque hace calor, es mejor hacerlos a pie que haber dado una dirección al taxista.

—¡Arti! —te dice al abrir la puerta —¿Qué haces por aquí?

Timo es un gordito entrañable. Habla español bastante bien, pero el acento alemán no lo puede disimular. Él dice que vende cosas por internet, algo que no es mentira; lo que no cuenta es qué vende. Se dedica a la comercialización y distribución de productos farmacológicos y drogas varias. Le gusta vivir bien, lo que para él es tumbarse junto a la piscina y beber cerveza de día y *cocktails* por la noche. Entras y le das un abrazo.

Mientras lo haces cruza el salón una chica rubia vestida con un pantalón azul corto —muy corto— con un ribete blanco y una camiseta gris que deja al desnudo su ombligo. No tendrá más de treinta años. Te saluda levantando una mano y con un acento inglés muy gracioso. Por su soltura deduces que está acostumbrada a las visitas.

—Mira, Abi —dice Timo—, él es Arti. Un amigo.

Ella se detiene en la puerta de la cocina y te dedica una sonrisa forzada.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Te has perdido?

—Oye, Timo… Necesito estar tranquilo unos días… ¿Me entiendes?

—Sí, claro —responde efusivo—. Mientras no me traigas a la policía a casa.

—Descuida.

—Entonces estás en tu casa. Tu habitación será una de las de arriba. Abi y yo dormimos aquí abajo. ¿Vas a querer una hamburguesa para comer? He comprado una cojonudas ayer mismo. Un carnicero de aquí las trae expresamente para mí.

—Vale —contestas sin muchas ganas. Es pronto para pensar en comer.

Salís fuera. Hay dos tumbonas de aluminio blanco. Abi está tumbada en una de ellas, está boca arriba, leyendo un libro en inglés. Te sientas en una silla de las que rodean una mesa alargada, del mismo acabado que las tumbonas. Timo trae unas cervezas. Os ponéis al día de todos estos años. Abi se levanta y deja el libro boca abajo y abierto sobre la tumbona. Se quita la camiseta y los pantalones y se queda en bikini, floreado. Se mete de cabeza en la piscina, sin probar siquiera la temperatura del agua. Sale después de hacer un largo. Escurre el pelo largo estrujándolo en forma de coleta. No sabes si es que la chica está muy buena o tú estás salido por los años de abstinencia, pero no puedes apartar los ojos de ella. Vuelve a la tumbona paseando por el borde de la piscina y sigue leyendo.

Después de un rato de cháchara vana e insustancial, Timo decide que es hora de encender la barbacoa y preparar unas hamburguesas. Es uno de esos artilugios con bombonas de butano en la parte de abajo. Entre Abi y tú vais poniendo la mesa mientras Timo se afana en

el fuego portátil.

Entras tras ella en la cocina y la observas moviéndose con gracia. Parece que la chica es de pocas palabras y tú no te atreves a entablar conversación.

—¿Tú qué vas a beber? —le preguntas para parecer amable.

—Coca cola —responde.

Sacas un vaso de cristal de una armario alto y, de la nevera, una botella de dos litros y dos latas de cerveza. Sales y le das a Timo una.

La hamburguesa estaba deliciosa, tienes que reconocerlo. Si pensabas que habías perdido el paladar por culpa de la comida de la cárcel, ahora resulta que lo has recuperado con doscientos gramos de selecta carne con poco acompañamiento, como a ti te gusta. La guarnición, a base de verduras a la plancha, tampoco ha estado mal. Y lo mejor es que no ha sido una comida pesada. Es hora de un chupito, sugieres. Timo declina la invitación —una buena invitación por tu parte si tienes en cuenta que estáis en su casa—, dice que tiene que trabajar y que se va a su despacho, que no es más que una sala oscura con un tríptico de monitores y un par de ordenadores portátiles. También tiene una de esas sillas lo suficientemente cómodas como para pasarse doce horas viendo porno.

—Estoy a tope con las *criptomonedas* —dice mientras se levanta —. Ya te contaré.

Se va dentro y nosotros nos quedamos recogiendo la mesa. Timo se ha encargado de limpiar la barbacoa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntas por cortesía. Ella te mira extrañada.

—Mirar una peli y fumar un poco.

—Me gusta el plan. ¿Puedo acompañarte?

—Claro, eres invitado de Timo.

Te sirves un vaso de whisky del bueno, pero no del mejor que ves en el mueble. Te cede el sillón *relax* individual para quedarse ella con el sofá. Te tira el pequeño mando del descodificador y el otro más grande de la tele, que ocupa gran parte de la pared. Enciendes los aparatos y te pones a investigar un poco. Timo tiene acceso a un montón de plataformas y a multitud de canales. Cuando entraste a la cárcel todo esto no existía. Tú te quedaste en los tipos que vendían películas con carátulas fotocopiadas tiradas en una manta.

Ella, mientras, ha sacado una cajita donde guarda con mimo lo imprescindible para pasar una tarde más que agradable. Tú te mueves por las fotos de las películas seleccionadas bajo epígrafes que no dicen mucho, tanto es así que hay películas que se cuelan en varios apartados. Dudas si elegir algo de acción, que a ti te gusta, pero entiendes que a ella no tanto. Luego divagas por las clásicas, pero te parece demasiado obvio que estás fingiendo. Te decides por un *thriller*,

algo para todos los gustos. Pasas un rato deambulando qué vas a poner.

—¿Alguna sugerencia?

—Pon esa —señala a una esquina de la pantalla—: «La isla mínima», al menos no estará doblada.

Ella está sentada con los pies cruzados como en una postura de meditación de yoga y le da una calada al porro. Se ha sentado cerca, supones que para poder pasarte el canuto sin necesidad de estirarse. Huele a esa mezcla de cloro y de crema solar que te transporta a las piscinas de los hoteles en los que te colabas con los colegas ya antes de los quince. Tomabais el autobús a Gandía y allí pasabais el día entre pequeños robos al descuido en la playa y echándole morro en los hoteles.

—Aquí hay una larga tradición de doblaje —le explicas—, y se dobla muy bien.

—No digo que no, pero a mí se me hace raro ver a Jodie Foster o Keanu Reeves hablando español fluido. Estoy acostumbrada a oírles en mi idioma.

—Ya, comprendo. Pero… ¿tú eres inglesa o americana?

—San Diego, California —responde con tono de academia militar —. Año 1992.

Tiene el cigarrillo agarrado con dos frágiles dedos, se lo lleva a la boca y le da una sensual calada. Tú bebes del vaso para disimular que te encantan sus labios chupando la boquilla. Ella tiene la vista puesta en la televisión, pero sabe que la estás mirando, y parece que disfruta con el juego.

Entre calada y calada del porro —bien cargado, por cierto— el ambiente se va haciendo más y más agradable. El último sorbo lo da ella, exprimiendo el momento hasta las últimas consecuencias. Apuras el whisky y te dejas arrastrar por la situación. Te metes en la película y todo empieza a fluir.

Crees que la madurez es esto: aprender a colocarte, justo un punto antes del desmadre. Ese momento donde todo es suave, el momento en el que todo es agradable. El tacto de la piel del sillón, el placentero masaje que proporciona al dar con la tecla adecuada y el sonido de fondo de la película que te adormece. Caes en el delicioso sueño de una tarde de verano; la Reina Mab te visita, galopa sobre tu nariz y te hace oler la recompensa que perdiste; luego pasea sobre tu bragueta y te ves encamado con Abi; después se posa sobre tus puños y ves el rostro desfigurado de Eva y ella te pregunta qué has hecho, tiene el labio partido y los ojos morados. Te despiertas súbitamente y no sabes dónde estás; sólo sabes que estás aturdido por la hierba y el alcohol.

EUSEBIO MINAYA

No puedo perder ni un minuto. Salgo corriendo de casa y cojo el coche. Llamo como puedo al cuartel y a Félix. Van a mandar a alguien enseguida, pero antes de movilizar al resto hay que certificar que lo que dice Solé es cierto. Vuelvo a llamar al cuartel, les pido información sobre Fernando Solé. No les da tiempo a pasarme la información antes de que llegue al sitio. La carretera está bien custodiada por prostitutas situadas a ambos lados. Prudencialmente distanciadas. Salen en verano, como si fueran fruta de temporada. Suelen adoptar dos posturas de espera: sentadas en sillas de plástico y protegidas del sol por una sombrilla vieja o bailando. El uniforme consta de un bikini pequeño, para dejar ver la mercancía. A veces la silla está vacía, señal de que están trabajando.

Llego al punto kilométrico señalado y me desvío. Sigo el camino de tierra, como me indicó por teléfono, hasta llegar a un coche blanco que está delante de una malla metálica. Luego hay una puerta pequeña y, tras pasarla, está mi interlocutor esperándome. Tiene las manos en la cara y parece estar llorando todavía. Me parece increíble que nadie haya llegado hasta aquí esta mañana, aunque fuera para saber de dónde venía la furgoneta del atropello, o para preguntar a alguien. Joder, a veces pasan cosas que no se entienden.

—¿Fernando Solé? —extiendo la mano para saludarle—, soy el sargento Eusebio Minaya.

—Hola, sargento. Encantado de conocerle.

Sin perder tiempo me lleva dentro de un cobertizo construido en bloques de hormigón. Dentro hay un cuerpo tirado en el suelo, boca abajo.

—¡Joder! No habrá tocado usted nada, ¿verdad?

—He movido el cuerpo lo justo para comprobar que era mi hermana.

—No quiero parecer insensible, pero debemos estar seguros: ¿Está totalmente seguro de que es su hermana?

—Sí, señor. Incluso lleva un colgante que era de mi madre.

—Tiene usted que salir, no debe martirizarse viendo esto. En breve vendrán mis compañeros y no va a ser agradable para usted.

Es difícil reconocer un rostro tan desfigurado por los golpes. Ese tipo de ensañamiento me hace pensar en algún tipo de crimen pasional. Salimos fuera y le ofrezco un cigarrillo. Acepta.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias. No puedo creer que esto haya sucedido.

Llega el primer coche de mis compañeros. Les informo de la situación y les pido que activen el protocolo. Advierto a Fernando Solé de que va a ser una tarde larga. Van llegando los efectivos del cuerpo y todo se vuelve confuso alrededor, al menos para alguien que no esté familiarizado con este circo. Me dan permiso para tomarle declaración en el furgón de atestados.

—Buenas tardes, señor Solé. Comprendo que estos momentos son muy difíciles, pero tenemos que hacerlo. —Pulso el botón de grabar.— Le informo de que esta declaración está siendo grabada. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí.

—¿Puede decir su nombre, por favor?

—Fernando Solé Martín —dice claramente.

—¿Cómo ha encontrado usted el cuerpo?

—Esta es la huerta de mis padres, he venido porque mi hermana se encontraba en paradero desconocido y he pensado que podría estar aquí.

—¿Solía ella venir aquí?

—No, ha sido una intuición.

—¿Puede explicarme eso?

—Verá, cuando he llegado a casa mi vecina me ha dicho que estaban ustedes buscando a mi hermana porque su vehículo se había visto implicado en un accidente con fuga. He buscado información sobre el accidente y he visto que era en el punto kilométrico que coincide con nuestra huerta. Sólo he unido los puntos.

—¿Por qué no ha llamado usted a la Guardia Civil?

—No quería molestarles sin motivos.

—¿Dónde ha pasado usted la noche?

—En el Centro Penitenciario Madrid Siete, en la localidad de Estremera. Sus compañeros pueden corroborarlo.

—Sí, por supuesto —replico en voz baja—. ¿Tenía su hermana algún enemigo que usted conociese?

—No.

—¿Ha estado usted en casa de su hermana?

—Sí, es mi casa también.

—¿Y ha notado algo raro? Alguna cerradura forzada, falta algo de valor…

—Sí. Mi hermana guardaba un dinero para imprevistos en un cajón de su cómoda y hoy no había nada.

—De acuerdo… De momento es todo —paro la grabación.

Ambos nos levantamos a la vez, pero antes de abrir la puerta de la furgoneta le pregunto:

—¿Quién es el asesino?

—¿Cómo? —se hace el sorprendido, no me engaña. En realidad no engañaría a nadie.

—Usted me dijo por teléfono que sabía quién había asesinado a su hermana. Lo recuerdo perfectamente.

—No sé ni lo que le dije —miente otra vez—. Supongo que sería por los nervios del momento.

—Está bien. Creo que, por el momento, es suficiente. Lamento su pérdida —reitero—, haremos todo lo posible por encontrar al culpable.

Me da la mano y me dice que seguiremos en contacto. Puede estar de seguro de que nos volveremos a ver, pienso mientras estrecho su mano. Se va en el mismo coche en el que ha venido y aprovecho para encenderme otro cigarrillo.

Me cruzo con el encargado de la investigación forense. Le pregunto si hay indicios de violación y, sin dudar lo más mínimo, me dice que no.

Vaya puta mierda de domingo, pienso mientras doy caladas largas y hondas. Hago un aro de humo sin quererlo, como cuando era joven. No soy partidario de merodear por la escena de un crimen, pero en este caso hago una excepción y entro en el cobertizo.

Una tímida pantalla con dos fluorescentes ilumina una estancia con un ventanuco que no deja pasar mucha luz. Los compañeros han iluminado la zona con el habitual despliegue de focos. El cuerpo está sobre un charco de sangre que mana de la cabeza, donde se ve que han caído la mayoría de los golpes. Alrededor, por las paredes, los aperos están bien ordenados y colgados en sus soportes. No han sido usados para el crimen. Hay una mesa de madera vieja y un par de sillas tiradas en el suelo. Salgo de allí sin ninguna certeza. Tengo la sensación de que esta historia, como todas, empezó hace mucho tiempo. La clave está en el pasado, en los archivos.

Son las siete de la tarde: hora de irse a casa y descansar un poco. De camino a casa hablo con Félix y le pido que busque las actas del juicio por el que Solé fu encarcelado y todo lo que podamos tener sobre él.

FABIÁN ARTEAGA

Abi sigue en el sofá, en su lánguida postura, duerme apaciblemente. Es lo bueno de tener la conciencia tranquila, supones. Piensas que quizás cruzaste una línea; piensas que las drogas te jugaron una mala pasada y que la noche se te fue de las manos. La cárcel no ayuda a reinsertar, sólo lo que llevas dentro te cambia. Los cambios importantes tienen que venir de dentro, necesariamente. Eso decía el tipo del curso. Y tú, al parecer, estás lejos de sustituir al drogadicto con gusto por los atracos violentos por el hombre de mediana edad con un trabajo en un taller de chapa y pintura.

Diriges tus pasos a la cocina en busca de una cerveza fría. Miras el redondo reloj de la cocina. Son casi las ocho de la tarde; te has echado una siesta de las buenas. Miras en la piscina, Timo está fuera, con el portátil en el regazo, elevado sobre un soporte con dos pequeños y sonoros ventiladores debajo.

—¿Una cerveza? —le ofreces.

—Está bien.

Te sientas en la tumbona vacía, junto a él, y apoyas las latas en una mesita supletoria muy útil. Hay pequeñas cosas, como esa mesita de plástico, que te hacen la vida más cómoda.

—¿A qué te dedicas ahora?

—Sigo con lo de siempre, es un mercado muy estable y da mucho dinero. No quiero complicarme. Hay millones de *yonkis* en el mundo, ¿sabes?

—Ya lo creo, tío. ¿Y tú tienes algo aquí para colocarme?

—Siempre hay algo —te contesta sin estar del todo convencido—, pero en mi casa tienes que controlar.

—Sí, hombre. Es sólo un poco para entonarme. No te preocupes.

Su gesto se tuerce en ese momento, justo cuando has dicho que no se preocupe. No le culpas, tú tampoco te fías de ti mismo.

Abi pasa por vuestro lado sin decir ni hola, se mete en el agua y nada un rato, mientras vosotros habláis de fútbol y ese tipo de cosas que no conducen a nada. De repente, Timo aparta las gafas y se limpia un poco los ojos. Vuelve a mirar la pantalla del ordenador y te pregunta con gravedad:

—¿Esta movida del ciclista muerto y la chica asesinada es cosa tuya?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No me toques mi polla, Arti, que nos conocemos.

Apartas la mirada porque sabes que tiene razón. No quieres mentirle, tampoco quieres admitir que eres culpable de dos muertes.

—Esto cambia un poco las cosas, tío.

El tono paternalista te desquicia, pero no estás en situación de exigir nada. Te toca aguantar el chaparrón y elegir tus mejores palabras y tu tono más cordial.

—Abi, cariño, vete a duchar, por favor. —Ella se va sin rechistar. Luego se dirige a ti otra vez— Te puedes quedar un tiempo, no te voy a echar como a un perro, eso tenlo claro —te dice—. A lo que no me puedo arriesgar es a que la poli se presente aquí. ¿Hay alguien que sepa que estás aquí?

—No. Rotundamente, nadie.

—Según las noticias, parece que todavía no saben la identidad del asesino, o sea, tú. Eso nos da margen. Lo que pasa es que no tardarán mucho en señalarte, la policía puede ser lenta, pero es eficaz. ¿Crees que pueden saber de alguna manera que estás aquí?

—Hay alguien a quien se le puede ocurrir, pero no sé si está fuera del talego ya.

—¿Solé? —Timo resulta ser un chaval intuitivo— ¿Todo esto es por Solé y la movida vuestra?

—Sí, de hecho la víctima es su hermana —le dices con voz entrecortada—. E. S. M es Eva Solé Martín.

—¡Joder, macho! ¿Por qué me metes a mí en vuestras mierdas?

Te encoges de hombros y bebes el último trago de la lata.

—Tienes que poner tierra de por medio —te ordena—. Es mejor que te vayas, te conseguiremos un transporte hasta Francia o hasta Mallorca, mejor. Conozco a alguien que puede ayudarte allí.

—No te preocupes, Timo. El martes a primera hora me piro. —Es tu mejor oferta.— Te lo prometo.

—Mañana haré unas llamadas y, si todo va bien, el martes te llevo al puerto para marcharte a Mallorca. Ah, y nada de colocarte aquí —remata.

Os quedáis un rato en silencio, hasta que Abi aparece con el pelo empapado y un vestido de tela fina con estampado floral. Su presencia es realmente turbadora para ti. Timo pide un par de pizzas, que llegan media hora después.

Luego os ponéis unas copas y Abi y tú os colocáis un poco con su hierba. Ahora las estrellas tienen otro brillo. Ojalá todo pudiera acabar aquí, en una noche eterna, donde las constelaciones dibujasen historias de mitología griega. De pequeño te gustaba mirar las

estrellas. Apenas podías reconocer nada de lo que te enseñaba aquel libro que tenía tu padre en la estantería, pero te gustaba creer que tenían un sentido. En los ratos libres estudiabas el libro, intentabas memorizar las figuras. Por la noche ibas a la playa y te tumbabas a buscar las coincidencias. Te resultaba imposible. Pero esta noche las estrellas se mueven y bailan entre las volutas del humo de los porros y al ritmo de la música relajante que Abi ha puesto. Te levantas a ponerte otro vaso de whisky; esta vez agarras la botella de la etiqueta negra. Sientes como si estuvieses dentro de una esfera. Todo es suave y esponjoso. El hielo se cubre con el licor en el vaso bajo. Te recreas en el sonido del líquido descendiendo, tanto que rebosa. Acercas el morro para sorber el sobrante. No se puede desperdiciar un whisky tan caro. Levantas la cabeza y ves a Abi observándote. La ves salvajemente sensual, te podrías lanzar a por ella y follártela allí mismo. Empieza a reírse de forma exagerada, no puede parar. Te sumas a la risa sin saber por qué. Es una de esas risas incontrolables de cuando eras niño y los profesores os regañaban a ti y a tu amigo Fernando. Sigue riendo; cruza las piernas como si se fuese a mear de la risa. Entra Timo y os lanza una mirada que refleja su incapacidad para comprender.

—He hablado con mi amigo —te dice serio—. Parece que el martes te vas a Ibiza. Hasta entonces, compórtate.

Asientes con la cabeza e intentas reprimir la risa; cuando sale seguís riendo hasta que no podéis más. Son casi las doce de la noche y te encantaría que esta fiesta no terminase nunca, pero estás rendido y no quieres cabrear a tu anfitrión, así que te vas a la cama.

FERNANDO SOLÉ

Llegó a su casa con la sensación de no saber cómo. La misma impresión tuvo al pasar un semáforo; sin saber si se había fijado en el color del círculo. Era como si el subconsciente hubiese tomado el control en esos diez minutos que había entre la salida y la meta. Aparcó delante del vado y se bajó. En la puerta esperaban los tres. Un tríptico se dibujó ante sus ojos: en el centro estaba Marieta, con el gesto de una madre que tiene el deber de mostrarse fuerte en esos momentos. A la derecha, Juan, con el rictus de los hombres que no tienen tiempo para llorar. En el otro flanco estaba Mercedes, que parecía la menos entera de los tres.

Marieta lo abrazó con fuerza; luego Mercedes le cogió la cara con las dos manos y le dio un beso en la mejilla antes de abrazarse a él; Juan, que se había mantenido apartado esperando su turno, trajo hacia sí a Fernando y le dio un fuerte y sentido abrazo. Le dijo al oído algo que sólo ellos dos saben. Luego entraron los cuatro en la casa.

Se sentaron alrededor de la mesa del salón, como en una reunión de negocios. Se miraban unos a otros sin decirse nada, hasta que Fernando les empezó a contar todo lo que había sucedido aquella tarde: el hallazgo del cadáver, el despliegue policial y el interrogatorio en la furgoneta de atestados. Los tres miraban ensimismados y preguntaban de vez en cuando por algún detalle.

—¿Saben quién ha podido ser? —preguntó Marieta.

—No —contestó Solé.

—¿Y tú? —se atrevió a preguntar Juan— ¿Tienes alguna idea?

—Qué va, Juan. Si supiera algo se lo habría dicho a la Guardia Civil.

—Hay que darles la tabarra —intervino Marieta—, que no dejen de buscar al asesino. Que si no eres pesado no te hacen caso y el expediente termina en el archivo.

—Pronto darán con el asesino. El sargento y el juez de instrucción me han parecido buenos profesionales.

—Hay que confiar —dijo Mercedes—. Ellos saben lo que hacen.

—No me fío de nadie ya —replicó Juan, en tono severo, mirando un cuadro que había en la pared.

—Poco importa ya —confesó Fernando—, nada la devolverá a nosotros.

—¿Os preparo algo de cenar? —preguntó Marieta.

—No, Marieta —contestó Mercedes levantándose de la mesa—, ya me ocupo yo de la cena. Podéis quedaros si queréis.

—Bueno, Juan —dijo Marieta levantándose también—, nos tendremos que marchar.

—Hasta mañana —la voz de Fernando sonaba lejana, como si viniese de otra dimensión—, y muchas gracias por estar siempre ahí.

Marieta se acercó a Fernando y puso sus labios sobre la frente. Hizo ese ruido de besos que hacen las abuelas con sus nietos.

—Nunca te fallaremos, *miniño*.

Salieron de la casa acompañados por Mercedes, que volvió al momento con Fernando. Estaba mirando el cuadro que había en la pared. En él se veía a una anciana enhebrando una aguja. Tenía los ojos grises; el pelo también era gris, pero en un tono más blanquecino.

—Ese cuadro lo encargó mi hermana. Le costó una buena pasta. Lo pintó un tipo de Mallorca que venía algunas temporadas aquí porque su madre vivía en el pueblo. Lo hizo a partir de una foto que le sacó mi Eva.

—Es precioso, la verdad.

—Mi madre ya estaba casi ciega, pero enhebraba las agujas como si nada, y eso a Eva le encantaba. ¿Sabes lo que más me pesa? No haber estado para ayudar a mi familia. Cuando mi madre murió yo estaba haciendo el cabrón por ahí y cuando estaban asesinando a mi hermana, estaba pagando por todas las veces que hice el cabrón. Eso es lo que más me duele de todo esto.

—No debes darle más vueltas, no es sano.

—Supongo que no lo es.

—¿Quieres algo de cenar? —preguntó para cambiar un poco el tono.

—No, gracias. Quizás un té, seguro que mi hermana tiene muchas variedades.

—Claro, no te preocupes. Siéntate un poco en el sofá y trata de descansar.

Cuando Mercedes volvió con dos tazas de té en una pequeña bandeja, Fernando estaba dormido en el sofá.

EUSEBIO MINAYA

Trato de limpiar la mente un poco viendo una película, pero no puedo evitar pensar una y otra vez en esa muchacha, en su cara destrozada por los golpes y en el salvaje capaz de hacer eso. No me es fácil encontrar películas que me ayuden a desconectar. Todos son thrillers con asesinos en serie. Busco algo más tranquilo, una comedia ligera que no me haga pensar mucho, que me haga reír. Llevarte el trabajo a casa no es bueno, lo dicen todos los psicólogos. Si eso es aplicable a cualquier trabajo, más aún si tienes uno en el que hay que convivir con la violencia.

El problema es que sabes que por más que trates de acabar con los crímenes y la violencia, nunca vas a conseguirlo. Es una persecución vana. Y eso te va mermando porque, aunque consiga atrapar a un criminal, o a una banda, sé que después vendrán más. Llega a ser desesperante, si lo pienso. Por eso elijo una *sitcom* americana que se desarrolla en una oficina.

Pienso seriamente en llamar a Sandra. Cuando digo seriamente me refiero a que mi subconsciente ha elevado la idea hasta que parece una decisión mía. En el fondo es una decisión mía, pero tomada mucho antes, a eso de las ocho de la mañana, calculo. Ella se me adelanta con un par de mensajes:

Noche libre
Cenamos?

Claro que sí. ¿Dónde?

Me recoges en casa y vemos?

En una hora estoy allí

Entiendo que el subconsciente de las mujeres trabaja a más

revoluciones que el de los hombres.

Me ducho tranquilamente y me afeito. Los tipos de mi edad vamos bien afeitados por la vida. Las barbas de tres días son para chavales más jóvenes y las perillas son para los que quieren aparentar. El bigote es para los compañeros del cuerpo de otra época.

Llego a su casa y la aviso por el móvil. Me contesta que ya baja.

—Hola —me dice mientras monta en el coche. Lleva una minifalda vaquera y una camiseta negra de tirante ancho.

—¿Qué tal? —le respondo.

—Un día más de verano: mucha gente y buenas propinas.

—¿Dónde vamos?

—¿Mandala? —propone. Sin reserva nos va a tocar hacer cola, pienso, pero ella se anticipa a mi pensamiento, como si lo hubiese leído en mi rostro—. No te preocupes, conozco al gerente, no esperaremos mucho.

—Tú mandas —le digo con una sonrisa.

La cena va de maravilla. Será que acabamos de conocernos y tenemos muchos temas por explorar hasta empezar a repetirnos. Me fijo en sus ojos marrones, vivos. Se le cierran casi del todo cuando se ríe. Sin darme cuenta nos dan casi las doce de la noche. La invito a conocer mi piso y así tomar la última. Acepta, y yo me alegro.

DÍA 2

EUSEBIO MINAYA

«La última copa» es una de esas mentiras que los adultos usamos de forma habitual para no decir lo que realmente queremos decir. Es cierto que yo pensaba en una última copa y otra escena de sexo como la de la noche anterior. Nada discurre como yo había pensado. Bebemos unas cuantas copas más porque la charla es agradable. A estas alturas empiezo a dudar de mi capacidad para mantener una relación sexual plena y ella también está borracha.

—Será mejor que nos acostemos —le digo—. Para dormir, me refiero.

Ella ríe a carcajadas por la confusión mientras asiente con la cabeza. Nos vamos a la cama haciendo eses por el salón y por el pasillo. Dicen que al mal bailarín hasta sus pies le estorban y eso nos pasa a nosotros. Ella tropieza y se choca con un cuadro que tengo en el pasillo. El lienzo cae con estrépito. No me molesto en colocarlo.

Entra al baño y parece que tarda un poco. Se oye el ruido de la cisterna; luego se escucha el grifo del lavabo, parece que ya sale. No sale. Ahora levanta la tapa del váter. Vuelve a abrir el grifo y después de unos segundos lo vuelve a cerrar. Como veo que no sale me voy a mi habitación y me pongo una camiseta para dormir. Saco otra para ella y la dejo sobre la cama. La puerta del baño emite un chirrido peculiar al abrirse: ya sale.

Se presenta en la puerta en bragas y con la ropa doblada de mala manera en la mano. Es la primera vez que veo sus pechos en todo su esplendor.

—¿Dónde dejo esto?

—Puedes ponerlo en esa silla —contesto—. Te he sacado esta camiseta para dormir.

—Ah, qué detalle. ¡Gracias!

—¿Has terminado ya en el baño? Tengo que pasar.

—Necesitaría un cepillo de dientes, la verdad. Mientras lo cojo del bolso puedes pasar, claro. Estás en tu casa —bromea.

—*Merci*.

Cuando terminamos de asearnos nos vamos a la cama. Los dos, borrachos, nos quedamos mirándonos antes de meternos.

—¿En qué lado duermes? —me pregunta—. No quiero invadir tu espacio.

—No acostumbro a recibir visitas, así que toda la cama es mi espacio.

—Voy a reformular la pregunta —explica con la lengua trabada y el índice apuntando al techo—: ¿En qué mesita guardas las revistas guarras?

—En esa de ahí —respondo señalando la pequeña mesa de dos cajones de la derecha.

—No hay más preguntas, señoría.

Se lanza sobre la cama haciendo suyo el lado izquierdo, el más cercano a la ventana o el más alejado de la puerta, según se mire. Me tumbo junto a ella y miro mi móvil con intención de poner una alarma.

—¿Tú mañana trabajas?

—Joder, sólo hemos follado una vez y ya me haces preguntas de casados.

—Yo voy a poner la alarma a las ocho.

—Llámame a esa hora, marido —responde en tono burlón.

FERNANDO SOLÉ

Nunca pensó que añoraría la cárcel. No había pegado ojo en toda la noche, sólo a eso de las cinco de la madrugada, gracias a media pastilla que le dio Mercedes, pudo dormir un rato. Quizás fue peor porque los sueños se le agolparon en esas cuatro horas a un ritmo vertiginoso. Fue como soltar de golpe una manada de caballos salvajes, irrumpiendo en el silencio de la noche, haciendo resonar sus pezuñas sobre la hierba, como tambores. El cuerpo de su hermana tendido en el suelo, con la cara desfigurada, producto de un sinfín de salvajes golpes. Nada te prepara para ver eso. El día que sales de la cárcel, dispuesto a empezar de cero y con la cabeza llena de planes, te encuentras con que te han quitado todo de un plumazo. Pero Solé era de esa clase de personas que lo primero que buscan ante un problema es la solución. Por eso en sus sueños, en su película, también apareció el asesino de su hermana: Bernardo Arteaga. Con su imagen de hace años, con el aspecto que tenía la noche en que todo se torció. Un chaval bien afeitado, vestido mejor de lo que era habitual en él, para no desentonar en aquella urbanización de Calpe. O antes incluso de aquella noche, cuando asaltaban gasolineras y farmacias y se gastaban lo recaudado en alcohol y drogas. Aquellos, en aquel momento, eran buenos tiempos.

Todo parece mejor cuando está al otro lado, el jardín del vecino siempre parece más verde. Desde la cárcel, Solé idealizaba la vida fuera: sin peleas absurdas ni bandas organizadas y sin esa sensación de que podrías estar ofendiendo a cualquier preso con tu sola presencia. Él siempre se manejó bien en la sociedad carcelaria, a base de no importunar nunca a nadie, a fuerza de evitar malas compañías. Como si hubiese entrado con la lección aprendida. Ahora, desde fuera, la cárcel casi le parecía un sitio apacible dentro de la tediosa monotonía.

Miró a su lado, Mercedes no estaba. Escuchó ruidos en la planta de abajo. Se levantó de la cama y se aseó tranquilamente. El baño estaba repleto de los productos de belleza de su hermana. Iban a ser días muy duros.

—Buenos días, cariño —le dice Fernando a Mercedes, que se afana en limpiar la cocina, cosa que no es ni mucho menos necesaria

—. Deberíamos hacer algo con las cosas de mi hermana, no estoy preparado para verlas por aquí todos los días.

—Claro, luego me pongo a guardar las cosas y ya veremos qué hacemos con ello.

Fernando se sentó en una silla metálica amarilla y se quedó mirando la pared con la cabeza sujeta con las manos, como si temiese que se le fuese a caer. Luego las pasea por su pelo corto hasta llevarlas a la nuca:

—No sé lidiar con el luto.

—Ni tú ni nadie —responde ella.

—Ya sabes lo que quiero decir —explica—, hay gente que se maneja bien en la tristeza.

—No te preocupes, ya sabes lo que dicen: hay varias fases en el luto…

—No sigas —interrumpe en tono cortante—, no me cuentes las tonterías que todo el mundo ya sabe.

Era la primera vez que Fernando hablaba así a Mercedes. Nunca había mostrado esa soberbia con ella. Ella se quedó mirándole sorprendida esperando una disculpa que no llegó.

—A mí no me hables así, Fernando —le dijo seria pero no enfadada—. Vamos a dejar las cosas claras.

—Lo siento. No era mi intención. Ya te he dicho que no sé lidiar con el luto.

—¿Quieres café? —preguntó ella con la intención de dar por finalizado el tema.

—Sí, claro. Yo me lo serviré. ¿Te pongo otro a ti?

—Vale.

Se levantó de la silla y sacó dos tazas de un armario alto. Eva tenía tazas grandes muy bonitas para su té, que le encantaba. Era inevitable acordarse de ella mirando por la ventana con su taza en las manos, aprovechándose del calor de la cerámica. Fue en uno de los permisos, el de las últimas Navidades. Eligió dos tazas de las más sencillas que había; cogió dos cápsulas de café que decía venir de Etiopía y preparó sendos cafés. Se sentaron a desayunar juntos.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—No lo sé, la verdad. Supongo que habrá que buscar entre los papeles para arreglar todos los asuntos legales.

—Quizás el gestor de su empresa pueda ayudarte.

—No sé si debemos correr tanto, quizás primero hay que dejar que la Guardia Civil nos deje incinerar el cuerpo y despedirla como se merece.

—Desde luego, cariño. Si es lo que quieres hacer, lo haremos.

FABIÁN ARTEAGA

Te despiertas aturdido por la resaca y en una cama que no es la tuya, aunque a decir verdad hace tiempo que no sabes dónde está tu cama. Miras al techo, el ventilador no ha dejado de moverse en toda la noche. La habitación de invitados de Timo no tiene aire acondicionado, ni falta que hace. Con el ventilador es suficiente. Se oye ruido fuera, son las ocho y media y Timo y Abi ya están despiertos. Escuchas sus voces por la ventana; están en el jardín. Encuentras una agradable sensación de paz al despertarte así, con los sonidos de familiaridad cotidiana, Timo y Abi ríen fuera, parece que Timo ha tirado el café, o las tostadas.

Pones las manos en la nuca y disfrutas de estos momentos, hasta que recuerdas que hace veinticuatro horas, sólo veinticuatro, estabas entrando por una ventana por la que nunca debiste entrar. Ahora es muy fácil pensarlo, estás sobrio y has dormido bien. En aquel momento todo lo veías distinto. En ese momento sólo querías tu dinero. Tu parte del dinero, no quieres quedarte lo que no es tuyo.

Abi vuelve a reír y escuchas cómo se tira a la piscina. Te la imaginas con la parte de abajo de su pequeño bikini, en *topless*. Como cuando ayer se quitó la camiseta. Podrías perder la cabeza por esa chica americana. Te levantas de la cama y miras furtivamente tras las cortinas. Está dentro del agua, nadando con un estilo impecable interrumpido cada seis brazadas por el final de la piscina; demasiado corta para alguien acostumbrado a nadar. ¿Realmente podrías perder la cabeza por ella? Estás seguro de que sí, ahora mismo estás embelesado mirándola. Pero está con tu amigo, y a un amigo no se le hace eso. Dejas de soñar despierto y te vas al baño, te aseas y sales al jardín. Timo está tumbado, mirando un ordenador portátil.

—Buenos días —te saluda en tono jovial—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, Timo —contestas—. Sí, de maravilla.

—Buenos días, Arti —te dice Abigail desde la piscina.

Te vas a la cocina a buscar algo para desayunar. Coges una taza y la llenas de café hasta el borde. Bebes un sorbo y buscas algo para comer. En la encimera hay un plato con un bizcocho tapado con otro plato. Te cortas un trozo y te vas a la mesa del jardín.

Abi ha salido del agua y está tapada con una toalla. El pelo rubio empapado cayendo por la espalda.

—¿Has cogido bizcocho? —te dice con tono de sorpresa—. Espero que te guste.

Lo pruebas mientras habla: está horrible. Aguantas la mueca de desaprobación porque no quieres ser un invitado descortés.

—Es de zanahoria —dice entusiasmada.

Haces ver que te gusta. En la cárcel no tenías que fingir. Bebes un poco de café y das otro bocado. Ella le reprocha a Timo que no le guste su bizcocho de zanahoria. Timo alaba tu amabilidad y se mantiene en que es un asco. Estás totalmente de acuerdo con él. Te lo terminas sin pararte a pensar y mitigas el sabor que deja en tu paladar con un trago largo de café, apurando la taza.

—Oye, Timo, una cosa: ¿Tú no tendrás una máquina de cortar el pelo?

—No, tío. Yo voy al peluquero cada dos semanas. Soy un tío que se cuida.

Piensas que también debería cuidar esas lorzas tan incómodas de ver. Con ese cuerpo y se está tirando a esa chavala, piensas.

—Pero Abi puede comprarte una, si la necesitas —y le pregunta a ella— ¿Quieres, Abi?

Ella asiente con la cabeza, deja la toalla tendida sobre la tumbona y se mete en la casa dejando un pequeñas huellas al agua sobre la tarima de madera. De nuevo te esfuerzas por no mirarla descaradamente. Recoges todo lo que hay sobre la mesa y entras tras ella, que se desvía hacia la escalera que sube a las habitaciones. Ahí sí, con total libertad, te recreas en sus piernas y en su espalda desnuda perdiéndose por las escaleras. Quizás sea tu imaginación, pero crees que movía el culo más de lo necesario. Las mujeres que se saben bellas pueden traer muchos problemas, piensas mientras dejas las tazas en el fregadero y guardas los cereales de Timo. Enjuagas todo y lo metes al lavavajillas.

—¡Haced una lista con lo que tengo que comprar! —Su voz se vuelve algo estridente cuando grita.

—¡Sí, cariño! —grita Timo desde abajo.

Te sientas junto a Timo, que empieza a escribir en el portátil. Además de la máquina de cortar el pelo, le pides un tinte para el pelo. Timo apunta varias cosas de comida y algo de beber. Después de pensar un poco en otras cosas, termina la lista y se la manda al móvil. Timo es de esos flipados que tienen una aplicación para cada cosa.

—Se me olvidaba —le dices a Timo—, necesito algo de ropa también.

—Joder —replica—, ¿y por qué no te vas con ella y te compras lo que necesites?

Sabes que tienes que contestar que no porque no puedes exponerte, y menos en un centro comercial. Tienes ese color de pelo por el que te reconocerían a la mínima. Si los guardiaciviles están haciendo bien su trabajo, todas las garitas de seguridad tendrán una bonita galería de fotos tuyas, con un apartado para una de la entrada en el trullo y otra del día de la salida. Suerte para ti que estás sobrio y has dormido bien, de no ser así te ibas con ella y le tirabas la caña.

—No puedo, Timo —le contestas—. No puedo pavonearme por ahí de momento. Ya sabes, al menos hasta que me quite estas greñas amarillas.

Abi sale después de un rato y se va a comprar sin ningún reproche ni mal gesto. Cuando le has dicho lo de la ropa y el bañador te ha pedido que te pongas de pie y te ha echado una mirada valorativa que podrías reconocer que te ha intimidado un poco. Luego se ha montado en el coche y se ha ido. Son las diez de la mañana y ya te apetece una cerveza. ¿Será posible?

—Voy a por una cerveza, ¿quieres tú una?

—¡Qué dices, tío! Es pronto, acabo de desayunar.

Sacas la lata de cerveza más fría que encuentras y sales de nuevo a la terraza. Te tumbas y contemplas el agradable día de sol que tienes por delante. Cierras por unos instantes los ojos y respiras con tranquilidad y siendo consciente de tu propia respiración. Escuchando a tu cuerpo, como te enseñaron en aquel taller de “prevención de la violencia y control de la ira”. Funciona. Te sumerges en un estado de calma que te transporta a aquellos días en la cárcel.

Había una chica, de cuyo nombre no te acuerdas, por supuesto, de la que sí recuerdas su sonrisa. Una mueca sincera, de las que inspiran confianza. Recuerdas también que no había miedo en ella cuando sería lo más lógico ya que te ves trabajando con algunos de los peores especímenes que hay en aquella cárcel. No obstante, el taller es para el control de la ira, y todos los que están en esa sala lo están porque tienen muchos problemas para hacerlo. Era una mujer redondita pero muy flexible, producto de las horas de práctica de yoga y pilates, supones. Una mujer muy espiritual que te hizo entender lo beneficioso de aprender a respirar y a calmarte.

La tranquilidad sólo dura un instante, hasta que recuerdas lo que sucedió ayer. Ahora te arrepientes, en cierto modo. Tú quieres tu dinero, nada más, y esa zorra no quería dártelo. Ahora tienes que pensar rápido si quieres tener alguna opción. No hiciste bien acabando con ella. No fue inteligente. Lo que tenías que haber hecho era hacerla cantar. Ahora has perdido tu mejor oportunidad y te va a tocar huir lo más lejos posible. ¿Desde cuándo tienes conciencia?

—¿Te gusta Abi? —te pregunta tu amigo.

—¿Cómo? —respondes sin saber bien de qué va exactamente le

pregunta.

—Sí, si te parece maja. Ahí donde la ves es licenciada en Historia del Arte por UCLA.

Asientes como si supieses qué coño es UCLA. Hay otra cosa que no entiendes: qué hace una chica como ella con un tipo como Timo.

—Y trabaja dando clases online en una universidad, y la pagan muy bien. De vez en cuando tiene que coger un vuelo para asistir a seminarios o cosas así, pero no son muchas veces.

—Joder, Timo, te has enamorado.

—JAJAJAJA —ríe aparatosamente. Es como ver a un león marino en un espectáculo del zoo—. ¡No, qué va!, pero me gusta estar con ella. Es agradable tenerla por aquí.

—Vamos, que te has enamorado.

Pasa de responderte, se quita la camiseta y se tira al agua.

EUSEBIO MINAYA

No hay nada más molesto que una *alarmadespertadordelmóvil* un lunes. Por eso no tienes que poner una canción que te guste, porque terminas aborreciéndola. Lo paro antes de que ella se entere. Tengo un importante dolor de cabeza que me sube desde las cervicales. Ella se mueve en la cama y me mira con los ojos entornados; se gira para continuar durmiendo. Antes de meterme a la ducha me preparo un sobre de granulado para solución de 600 mg de ibuprofeno sabor menta.

Cuando salgo de la ducha son las ocho y cuarto; me acerco a ella, que está tumbada boca abajo, le doy los buenos días y le informo de la hora que es. Me pide un beso y cinco minutos más.

Voy a la cocina y pongo mi cafetera italiana en la vitrocerámica y me preparo unas tostadas. Hace acto de presencia en la cocina con los ojos hinchados. Su naturalidad me resulta extremadamente atractiva. Se pasea por la cocina con los pies descalzos buscando las tazas para el café.

—¿Quieres algo para el dolor de cabeza? —le pregunto.

—No, estoy bien, gracias.

Vierte un poco de café en su taza, lo justo para manchar la leche y luego me pregunta a mí cómo lo quiero. Le respondo que me gusta solo, y que llene la taza hasta la mitad.

—¿Llevas tú el caso de la chica y el atropello? —me suelta a bocajarro.

—No suelo hablar de mi trabajo, la verdad.

—Ah, vale. No quería molestarte, era simple curiosidad.

—No te preocupes, es sólo que la gente merece que se traten los casos de forma adecuada. Y la confidencialidad es un punto importante. Además, los detalles de la instrucción no deberían salir a la luz nunca.

—Lo siento —parece sincera—, debí guardarme la pregunta.

—¿Por qué lo has preguntado?

—Bueno, Eva era conocida en el pueblo. Limpiaba varias oficinas y portales. Ella era buena gente, pero su hermano… Su hermano y sus colegas eran unos piezas.

—Ya se verá lo que ha pasado, es pronto para decir nada. ¿Quieres mermelada de fresa o de melocotón? —cambio de tema, creo que la situación empezaba a resultar incómoda.

—Por cierto, ¿me llevas a casa antes de entrar al curro?

—Sí, claro. Si quieres ducharte aquí antes, puedes. Si llego un poco tarde no pasa nada tampoco.

—Me visto en un momento y nos vamos.

FABIÁN ARTEAGA

Se escucha un claxon fuera; es Abi, que quiere que alguien le abra la puerta de la cochera. Vas tú a abrir y le ayudas con la compra. Timo sigue en el agua. Estáis en la cocina colocando las cosas. Lleva unos pantalones de deporte cortos, muy cortos. Tropiezas con ella como en una película romántica mala. Sonríes y sigues colocando la compra. Entonces ella se inclina levemente para dejar algo en la parte de abajo del frigorífico. En un rapto de juvenil estupidez, le palmeas el culo. Uno de esos gestos de los que te arrepientes antes de haber terminado de ejecutarlos. Se pone derecha y te mira. Hay un momento de tensión de esos que se hacen interminables, hasta que ella te sonríe y continúa con la tarea.

Tú sigues a lo tuyo también, entendiendo que lo ha recibido como un gesto de amistad, de compañerismo. No le ha molestado, ni mucho menos. Sacas de una de las bolsas el tinte y la máquina de cortar el pelo que le pediste.

—Voy a darme esto, ahora vengo.

—¿Necesitas ayuda? —te pregunta ella.

—No me vendría mal, la verdad. Es mi primera vez —bromeas.

—Voy a avisar a Timo y ahora subo.

Estás leyendo lo que hay bajo el epígrafe MODO DE EMPLEO cuando ella llega con un taburete de la cocina. Al momento se oyen las chanclas Adidas de Timo subiendo por la escalera. Aparece en la puerta con su panza al aire.

—Esto quiero verlo yo —dice burlonamente.

—Claro que sí —replicas—, para eso están lo amigos, para reírse de uno.

—Da gracias a que no te voy a hacer una foto cuando estés con ese potingue en la cabeza.

Abi se ríe mientras empieza a aplicar el tinte con un peine que forma parte del kit.

—¿Primero le pintas y luego le cortas? —pregunta Timo divertido.

—Sí, claro, queda más natural.

El color castaño claro que se anuncia en el envase comienza a

cubrir el llamativo amarillo que lucían tus sienes y el flequillo. La masa pastosa invade la parte de piel de la frente; Abi la va retirando con cuidado con la parte de atrás de su dedo meñique. Cuando termina de emplastecer la cabeza, te deja sentado en la silla durante los diez minutos estipulados. Timo se lo piensa mejor y saca su móvil, reclama tu atención y, justo cuando te giras, te saca una foto a traición.

—¡Qué cabrón! —le dices—. Ten amigos para esto.

—Te bebes mis cervezas y te comes mis hamburguesas —ríe a carcajada limpia—, y yo me quedo esta ridícula foto tuya, no es mal negocio para ti.

Timo se va con sus peculiares andares y una sonrisa escalera abajo.

Cuando pasan los diez minutos te pones de rodillas delante de la bañera y Abi te lava el pelo. Sus manos se mueven con suavidad por tu cabeza. El agua templada cae por tu cara buscando tus ojos, pero no te importa. Al terminar envuelve tu pelo con una toalla y comienza a secarlo. Te sientas en el taburete y te ves con el pelo revuelto y castaño. Saca la máquina de cortar el pelo de sus varios envoltorios y la enchufa.

—¿Todo rapado o te dejo algo de flequillo?

—Mejor todo rapado. Al 3 yo creo que está bien.

—Como quiera el caballero —bromea—. Aquí tratamos bien a nuestros clientes.

El ruido de la máquina se hace algo molesto al principio, pero cuando te acostumbras parece incluso agradable. Ves a Abi en el espejo mientras se afana en hacer un trabajo digno; está concentrada y parece que nada puede sacarla de esa abstracción. Te empuja suavemente la coronilla hacia adelante y hacia abajo para hacerte la nuca. Ya está acabando. Otra vez un impulso te lleva a acercar tu mano hacia su pantorrilla y rozas levemente su piel. Levantas la cabeza y buscas sus ojos en el espejo. Tiene una expresión de agradable sorpresa en la mirada.

—Gracias por ayudarme, Abi —le dices con tu voz más amable mientras te levantas y te giras para quedarte frente a ella, cara a cara.

—No hay de qué —te contesta. Te da la máquina de cortar el pelo—, pero todo esto lo recoges y lo limpias tú.

Y se va. No entiendes nada, creías que la palmada en el culo había sido una señal; te parecía que era incluso más grave que esa leve caricia. Entre tu expresión de gilipollas enamorado y tu nuevo color de pelo no te reconoces en el espejo.

EUSEBIO MINAYA

La resolución de un caso de asesinato, al menos la instrucción del mismo, suele ser siempre muy parecida. Se parte de un vértice del que salen dos vías: la cercana y la extraña. Por motivos lógicos—hay muchos más hilos de los que tirar— se empieza por los actores cercanos a la víctima. En este caso, un hermano recién salido de la cárcel es un buen inicio. No por sospechoso, ya que su coartada en la franja horaria en la que situamos en un primer momento el crimen es impecable. Lo estaban custodiando los compañeros de prisiones o, en el mejor de los casos, el sospechoso se encontraba a 300 kilómetros del lugar del crimen.

Cuando llego a mi despacho encuentro sobre la mesa un grueso dossier con una etiqueta amarilla en la portada: Ya tienes tajo para hoy. Con cariño, Félix.

Por suerte para mí, Félix y su nuevo compañero son diligentes y han puesto pequeñas lengüetas de colores saliendo por el costado de la carpeta. El código de colores ya me es conocido, así que me lanzo a por la primera etiqueta roja que hay. Al abrir el dossier por esa hoja veo una copia de una sentencia del año 2012. Subrayados están los nombres de Fernando Solé y Bernardo Arteaga. Ese es el primer apunte en mi resumen del dossier. Después de un rato leyendo informes y actas judiciales me hago una pequeña composición de lugar. Hubo un golpe que salió mal y Arteaga y Solé terminaron en la cárcel. Ambos salen con apenas unas semanas de diferencia y el mismo día que sale Solé, su hermana aparece muerta. Yo ya tengo unos años, pero aunque no los tuviese, no me es difícil suponer que esto es un ajuste de cuentas. Ahora encaja lo que me dijo Fernando Solé por teléfono: él sabe quién ha matado a su hermana. Me da que estas cuentas no están saldadas todavía.

Antes de irle a mi superior y al juez con todo esto quiero estar preparado para la segunda pregunta. Lo que yo llamo la segunda pregunta es esa cuestión que tu jefe te hace cuando ya le has contado toda la matraca que traes aprendida. Si el jefe es bueno en su trabajo, tendrá una pregunta que te dejará mirando al estúpido infinito sin saber qué decir. Por eso hay que hacer tres cosas: primero, preparar

bien lo que vas a decir; luego, no soltarlo todo en la primera intervención; y por último, tener prevista la respuesta para esa segunda pregunta.

El trabajo de Félix y su compañero —todavía no me he aprendido su nombre— ha sido excelente, lo que me permite salir a la calle a echarme un pitillo antes de lo acostumbrado. Hay un patio interior en el cuartel donde se ha habilitado una zona de fumadores. Está delimitado por unas marcas amarillas en el suelo y tiene un par de ceniceros de pie. Es una zona rectangular de tres metros por dos de ancho; los ceniceros están situados en una de las diagonales, uno en cada esquina. La zona está protegida sólo en parte por un alero del edificio, de forma que los días de lluvia el personal se acumula en una mitad y si llegas cuando hay gente te toca esperar o coger el paraguas que hay dispuesto a tal efecto. No se suele acumular mucha gente, y menos fuera de la temporada de verano.

Coincido en la máquina de café con Saúl, el secretario de mi superior directo. Le invito al café y le pregunto si va a venir hoy el jefe; me dice que por la mañana no, que tiene un desayuno de trabajo en Valencia. Eso me da margen para apuntalar mis pesquisas. Salimos a fumar al patio y charlamos un poco sobre el caso. Trato de salir del asunto hablando de cine, que sé que es un tema que le va. Es una de esas personas que defienden el cine español sabiendo de lo que habla. Su mayor afán es desmentir el mito de que en el cine español todo es Guerra Civil y maricones subvencionados. Es una lucha perdida, creo, pero él piensa que merece la pena. Digo que es perdida no porque no tenga razón, sino porque está intentando derribar un muro con una cucharilla de café.

Vuelvo a mi mesa con la intención de seguir indagando. Para dar un poco de forma al caso, busco si sigue en activo el compañero que firma los informes del caso de 2012 para llamarle. Está destinado en Madrid. Llamo a su cuartel y pregunto por él: está de vacaciones. Me toca salir a preguntar. Labor policial, lo llaman en la series de televisión. Recuerdo lo que me ha dicho Sandra esta mañana sobre Solé y sus compañías. Veo el penúltimo lugar de residencia de Arteaga y salgo para allá.

Llego al casco histórico, donde está la parroquia de Sant Roc. Él vivía con sus padres antes de entrar en la cárcel. Un paseo por las calles del casco urbano se agradece en estos días de playa y turismo. El ambiente es apacible y el ritmo es pausado. Llego a la calle de la Divina Gracia. La casa está pintada en blanco con una franja gris en la parte inferior, hasta un metro de altura, aproximadamente. La puerta, de madera, parece bastante nueva y la reja que hay delante está pintada recientemente, igual que las que hay en todas las ventanas de

la fachada. Llamo al timbre.

Desde dentro sale una voz de hombre que avisa de que viene. Abre un señor bajito y rechoncho, de unos setenta años. Se le ve ágil.

—Buenos días. Soy el sargento Eusebio Minaya, de la Guardia Civil. Busco a Bernardo Arteaga.

—Soy yo —me dice—, pero supongo que por el que pregunta es por mi hijo.

—Encantado, señor Arteaga. Sí, estoy buscando a su hijo, me imagino.

—Siento no poder ayudarle, no sabemos dónde está.

—Me gustaría hacerle unas preguntas —repito—, si no es molestia.

—Le repito que no sabemos nada de él desde que entró en prisión.

No parece que esté mintiendo, pero ya que estoy aquí no me quiero ir sin charlar con ellos.

—Verá, señor —insisto—, es un asunto muy importante.

—De acuerdo —dice a regañadientes mientras se echa a un lado cediéndome el paso—, pase al salón, al fondo. Yo voy a por una cerveza, ¿quiere usted una o le parece pronto?

—No, ya ha amanecido, yo creo que ya es hora.

Avanzo por el angosto pasillo hasta el salón. Él se ha metido en la cocina, por una puerta que hay a la derecha. Me siento en un sofá de dos plazas y espero. De la cocina salen el padre y la madre de Arteaga. Él trae una bandeja con unas latas de cerveza y un par de vasos. Se sientan en el sofá de tres plazas que, junto con el que yo ocupo, forman una L.

—Ella es Conchi, mi mujer —dice—. Él es el sargento Minaya.

—Encantado —respondo. De ella sólo obtengo un ligero gruñido en forma de saludo —. No les haré perder mucho tiempo. Son sólo un par de preguntas.

—Adelante. —Abre las dos latas y llena los vasos.

—Dice usted que desconoce el paradero de su hijo, —Asienten con la cabeza y prosigo.—¿no saben que salió de la cárcel hace unas semanas?

—Lo sabíamos, pero no nos importa.

—¿No ha venido por aquí en ningún momento?

—No —dice él.

Busco con la mirada a la mujer intentando encontrar un resquicio. Observo su posición, parece segura de sí misma.

—Sargento —empieza a decir Conchi—, quizás piense que soy más blanda que mi marido y que tengo alguna clase de relación a escondidas con mi hijo, pero no es así. Desde que lo metieron en la cárcel, nosotros hemos vivido tranquilos, y queremos que siga siendo

así. Créame, si aparece por aquí lo primero que haremos será llamarles a ustedes.

—Claro, claro —le digo con intención de establecer un vínculo—. Sólo quería dejar claro que no ha estado aquí para poder cerrar esa línea de investigación.

—Pero… —me interrumpe Bernardo— ¿esto es por la chica de la limpieza?

—Sí, la pequeña de los Solé —remata la mujer.

—Me temo que sí —confieso—, pero me gustaría que no saliera de aquí, por favor.

—Puede estar tranquilo. No somos unos chismosos.

—¿Y saben de algún amigo al que pudiera haber acudido en busca de ayuda?

—El de los aires acondicionados —dijo el padre sin dudar, con un ligero gesto de rabia, incluso—. Mateo se llama. Tiene el taller en un local de la Plaza Jaume I.

Saco mi libreta y apunto los datos que me va proporciona.

—¿Y por qué creen que puede saber algo?

—Trabajó con él un verano o dos —explica la mujer.

—¿Y algo más? —insisto porque se ve que están deseando soltar algo.

—Con ese chico empezaron los problemas de verdad. Por lo que se dice, él les daba las direcciones de las casa fáciles para robar.

—¿Y ustedes cómo saben eso? —pregunto sorprendido.

—Son cosas que se dicen por ahí —responde la mujer.

—¿Otra cerveza? —me dice el hombre viendo que ambos nos la hemos bebido.

—No, no, gracias. Ya me marcho. Han sido de gran ayuda.

—Gracias a usted por su amabilidad —me dice Conchi mientras me acompañan a la puerta.

—Por cierto —Aprovecho para apuntarles mi nombre y mi número de móvil en una hoja de la libreta—, si tienen alguna información más, llámenme, por favor.

FERNANDO SOLÉ

Había aprendido a manejar la forma en la que se expresaba. Había aprendido a no dejar que los demás viesen o intuyesen lo que sentía en lo más profundo de su ser. Esta vez le estaba costando más de lo habitual, señal de que la ira que sentía era enorme o, mejor dicho, profunda. Tenía que seguir escondiendo lo que pensaba si quería mantener alejadas a las únicas tres personas que se preocupaban por él. Por eso tuvo que esperar a quedarse solo unos minutos para llamar a la única persona que te podía informar sobre el paradero de Arti: Mat.

Tenía su teléfono guardado en la agenda. Miró en una aplicación de mensajería instantánea si la foto coincidía con el tipo moreno y alto que conoció en el instituto. Efectivamente era su número, con menos pelo y acompañado por una mujer y dos niños. Una familia feliz. Llamó una vez y no se lo cogió; llamó de nuevo a los cinco minutos, con idéntico resultado. Entonces se le ocurrió llamar desde el fijo, pero tendría que esperar un poco. Era probable que Mat no quisiera saber nada de aquel pasado difícil de olvidar. De ellos tres, era el único que no había pasado por la cárcel y, al parecer, ahora se dedicaba a negocios que se mantenían dentro de la legalidad. Era cierto que su implicación en las actividades delictivas de Arti y Fernando era a título de cómplice. Gracias a su trabajo, tenía acceso a muchas casas y sabía si era fácil entrar a robar en ellas.

—*Buenos días, dígame.*

—¿Mateo?

—*Sí, soy yo. ¿Quién es?*

—Soy Fernando, tu amigo Fernando Solé.

—*Hola… hola, Fernando. Oye, siento mucho lo de Eva, pero mepillas en mal momento, estoy a tope de curro…*

—No te preocupes, es sólo un segundo —dijo en tono conciliador—. Sólo quería saber si Arti ha ido a verte, si está en la calle ya.

—*Mira, Fernando. No son cosas de hablar por teléfono.*

—¿Eso es un sí?

—*Sí, bueno… estuvo aquí pero… me dijo que necesitaba pasta, le di quinientos euros y se marchó.*

—¿Te dijo algo más?

—*Me dijo que me los devolvería, que iba a coger dinero de un tipo que se lo debía.*

—Ya veo.

—*Es todo… de verdad, tío.*

—Y no te habrá dicho dónde está durmiendo, ¿no?

—*No*.

—Vale, Mat, has sido de gran ayuda.

—*De nada, tío.*

Colgó sin despedirse. Había obtenido la información que precisaba. Arti estaba en la calle y en el pueblo. Era cuestión de tiempo que la Guardia Civil encontrase alguna huella o muestra que les pusiese sobre su pista. Él llevaba ventaja porque conocía a Arti, a sus amigos y sus costumbres.

Había un par de opciones: un tipo que vivía en Valencia, llamado Paco Pérez, que tenía negocios en el puerto comercial. Era un viejo amigo de Arti y era factible que hubiese huido allí, aunque le parecía que estaba un poco lejos. Luego pensó en el dueño del Copacabana, un chiringuito de playa muy famoso en el pueblo. El garito, antiguamente, estaba en la zona de las dunas, donde no molestaban a nadie, pero luego lo tuvieron que trasladar a la zona de los campings porque las dunas eran lugar propicio para fiestas demasiado salvajes, podía dear fe de ello.

Lo más probable, por cercanía, era que hubiese ido a ver a Santana, el tipo del Copacabana. No iba a ser fácil ir a ver a ese tipo con Mercedes, Marieta y Juan encima. Precisamente volvía Mercedes de casa de Marieta.

—Hola, cariño —saludó ella desde la puerta— ¡Ya estoy en casa!

—¡Hola! —respondió él desde el salón.

Mercedes se acercó al salón y le dio un beso en la frente. Él estaba sentado en absoluto silencio, con la televisión apagada.

—Tengo algo que decirte —soltó él desde su asiento.

—Dime, cariño —respondió ella sentándose junto a él—, ¿ha pasado algo?

—Es sólo que me gustaría ir a ver a un amigo de mi hermana para informarle de lo que ha pasado.

—Claro, cariño, no hay problema. ¿Quieres que te acompañe?

—Sí, claro —respondió al instante—, por eso te lo decía.

Por la tarde, después de comer fugazmente unos filetes de ternera con patatas que preparó Mercedes, cogieron el coche y se fueron a la playa. Aparcaron cerca de un cámping y se sentaron en la terraza de un bar a tomar café. Mercedes cambió de opinión en el último momento y se pidió un helado de chocolate. Se sentaron mirando al

Mediterráneo. El sol estaba todavía sobre sus cabezas y pegaba con fuerza en el toldo.

—Nunca he vivido tan cerca del mar —dijo ella.

—Supongo que tiene su encanto. Yo crecí aquí, para mí no es nada especial.

—No sabes lo que tienes aquí, con estas vistas.

—Sí lo sé, es sólo que no le doy tanta importancia. Una cosa sí te digo, poner la mirada más allá de cincuenta metros sí me emociona. Lo que pasa es que el asesinato de mi hermana ha ensuciado todo. Nada está pasando como tiene que pasar. De hecho, tenemos muchas cosas que hacer. Tenemos que decidir si nos quedamos en esa casa o nos vamos a otra; si nos quedamos con la empresa de limpieza o la vendemos; tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Quieres vender la casa?

—Creo que no voy a poder vivir más en esa casa.

—Nos mudaremos, no hay problema.

—Acábate eso, vamos a ver al amigo de mi hermana.

—¿Vamos a ir andando?

—Sí, paseando por la playa no queda lejos.

Cogieron sus zapatillas y anduvieron descalzos por la orilla algo más de un kilómetro, moviéndose entre niños que van hoyando la arena para hacer castillos. Fernando no conseguía alcanzar la alegría que hay en las caras risueñas de los pequeños ni en la orgullosa mirada de las madres que fotografían las efímeras edificaciones hechas de pequeños granitos de arena compactada con agua del mar. Los pequeños pies de Mercedes hollan la orilla dejando señales de su paso durante unos segundos, hasta que la marea las borra sin piedad.

El chiringuito estaba a tiro de piedra ya, tenían que salir de la confortable orilla para atravesar un pequeño desierto de brillante arena ardiente. Al fin llegaron a las tablas del bar Copacabana. Se acercaron al chico de la barra:

—Hola —dijo Fernando—, estamos buscando a Santana.

—Me ha dicho que iba al almacén —contesta mientras se mueve tras la barra atendiendo a otros clientes—, ahora viene.

—Le esperaremos tomando una coca-cola, por favor.

Se sientan en uno cómodos sillones blancos con sus dos refrescos en sendos vasos de plástico que sudan por la humedad y el frío del hielo. Apenas llevan un par de sorbos cuando aparece de entre las dunas un tipo con la piel tostada empujando una carretilla con cajas de plástico, llenas a su vez de botellas de cristal. Las ruedas hacían un peculiar ruido al cruzar las tablas de la pasarela. Pasaba por delante de ellos sin reconocer a Fernando, que le dijo algo que le hizo frenar en seco:

—¿Qué pasa, almirante? ¿Ya no saludas?

Se detuvo frente a ellos y miró por encima de las gafas de sol.

—¡No me lo creo! ¡Solé!

Dejó la carretilla en el sitio y se fue con gestos de alegría hacia Fernando, que se levantó del asiento y le dio un apretón de manos efusivo que Santana transformó en un abrazo excesivo.

—¿Qué haces por aquí? No sabía que estabas fuera.

—Mira, salí el domingo —le dijo, luego les presentó—. Mercedes, este es Nelson Santana. Ella es Mercedes, mi novia.

—Un placer —sus voces se solaparon.

—Si no te importa, cariño, voy a acompañar a Nelson a llevar esto y así hablo un poco con él a solas.

—Vale, te espero aquí —acompañó sus palabras con uno de esos gestos de los que no esconden un ligero disgusto.

Ambos se fueron hacia la parte de atrás del chiringuito a colocar las botellas en las cámaras. Mientras lo hacía Santana, Fernando hablaba:

—Supongo que sabes lo de mi hermana.

—Me temo que sí, tío. Te acompaño en el sentimiento.

—Bien, Nelson, ahora quiero saber dónde se esconde el hijo de puta que lo ha hecho.

—Joder, amigo, vienes muy fuerte —dijo mientras continuaba con su tarea.

—Mira, yo ya sé quién ha asesinado a mi hermana. Sólo quiero saber dónde se ha metido para poder aplicar cierta justicia.

—No sé cómo puedo ayudarte, amigo.

—Es muy fácil: ¿ha venido Arti a verte últimamente? Y no me mientas, por favor.

—Estuvo aquí el sábado por la noche y terminó muy perjudicado. Esa es la verdad.

—¿Te pidió dinero?

—Sí, pero no le di nada. Le dije que tenía barra libre y ya está.

—¿Dónde está viviendo?

—No lo sé, tío. No me dijo nada. Aquí los sábados son días de mucho curro, no me da tiempo a hablar con nadie.

—No me jodas, tío. Ese hijo de puta ha matado a mi hermana, no seas cómplice.

—Mira, Fernando —le dijo mientras cerraba una de las cámaras — yo no sé nada de él ni de dónde se esconde.

—Vale, Santana. Muchas gracias de todas formas.

—Si me permites un consejo —le dijo para finalizar—, deja que a la poli que haga su trabajo. Ese tío es muy peligroso.

—Yo tengo una regla, Nelson: nunca doy un consejo si no me lo han pedido.

Volvió a la parte de las mesas donde esperaba Mercedes, que ya

se había bebido los dos refrescos. No se conocían lo suficiente como para haber discutido nunca, pero Fernando sabía que tarde o temprano iba a tener que explicar lo que estaba pasando. Pasearon de vuelta por la playa hacia el coche en silencio, sin intercambiar ni siquiera una mirada.

Llegaron a casa y cada uno se puso a hacer lo que le pareció bien. Mercedes cogió uno de los libros de una estantería y Fernando puso la televisión sin un fin concreto. Parecía que ambos estaban buscando los argumentos para la conversación que se avecinaba. Fue después de cenar, con los platos todavía sobre la mesa:

—Tenemos que hablar —soltó ella—. Me tienes que explicar qué está pasando aquí.

—Supongo que es fácil pensar que un tío recién salido de la cárcel trama algo.

—No vayas por ahí —respondió ella enfadada—. Nunca te he juzgado, y no voy a empezar a hacerlo ahora, pero reconoce que me estás ocultando algo.

—No sé qué quieres que te diga, sinceramente.

—Empieza por decirme quién ha asesinado a tu hermana y por qué lo han hecho.

—Está bien, supongo que no mereces que te mienta. —Fernando se perfiló hacia ella para hablarle de frente.— Se puede decir que todo esto empezó una noche de agosto. Arti y yo nos dedicábamos a dar palos en gasolineras, supermercados y farmacias de la zona. Había margen suficiente como para trabajar la zona sin problemas; tampoco había competencia. No éramos violentos, no era la idea. Cuando la región se nos quedó pequeña, empezamos a movernos por toda la comunidad. Todo iba bien, pero los *civiles* ya estaban atentos a nosotros, así que decidimos diversificar el negocio.

»Había un tipo, Mateo, que instalaba y reparaba, todavía lo hace, aires acondicionados. Se movía por casas de mucha pasta. Conocía sitios de puta madre para robar. Un día nos dijo de una casa que era asequible y sin mucha dificultad y así empezamos a trabajar con él. Eso funcionó un tiempo.

—¿Ganabais mucho dinero?

—Sí, claro, pero lo fundíamos rápido. En fiestas, vamos a decir. El caso es que un día nos pillaron en casa de un tío muy chungo. Un mafioso de mucho cuidado. Era un moro de Marsella que andaba por aquí escapando de la policía francesa. Nosotros no sabíamos quién coño era. Lo que hizo el tío, en lugar de darnos una paliza o matarnos, fue proponernos un trato: si nos cargábamos a un mafioso ruso que vivía en Calpe nos dejaba tranquilos. Arti lo vio de lo más normal, pero a mí no me gustaba el juego. El moro nos dijo que había un topo en la casa que le informaba de los movimientos y que les dijo que una

de esas noches el tío iba a estar solo en casa y con una cantidad importante de dinero. Yo no estaba convencido, ni mucho menos, lo que pasaba es que tampoco podíamos negarnos. El marsellés nos dijo que no quería el dinero, que él sólo quería al ruso muerto, y que nos quedáramos nosotros el dinero que hubiese allí. Arti le preguntó que de cuánto dinero estábamos hablando. «Más o menos un millón», nos dijo. Yo sabía que aquello no iba a ser tan fácil como lo pintaban, pero a veces hay que tirar adelante y ya está.

»El caso es que llegó la noche en cuestión y nos fuimos a la casa. Una de las casas de lujo de Calpe, de las que están en la ladera. Un casoplón de tres pares de cojones. Las instrucciones decían que aparcásemos en la parte de atrás y que el topo, un panchito que cuidaba la casa en invierno, nos abriría para entrar por una puerta de servicio. Nos abrió como estaba pactado, mientras pasábamos por el jardín nos dijo que estaba en el salón. Arti le preguntó si estaba solo. Nos dijo que sí y no sé dónde se metió. Nosotros entramos por la cocina y fuimos por un pasillo que se supone que iba hasta el salón. Íbamos despacio, sin hacer ruido. La tele estaba encendida, lo recuerdo perfectamente. Arti iba delante aunque habíamos quedado en disparar los dos para repartir la responsabilidad y la culpa. Arti ya había disparado a un tío antes, en una movida en un bar de putas, pero no lo había matado. Para mí era la primera vez. Estaba cagado, la verdad.

»Cuando Arti se asoma no ve al tío en el sofá. Me mira extrañado y se encoge de hombros. Seguimos avanzando hasta que vemos al tío tirado en el sofá con un tiro en la nuca y todos los sesos desparramados por el sofá. No nos dio tiempo ni a preguntarnos qué había pasado cuando apareció por un lado el peruano de antes disparando al bulto. Arti no reacciona, pero yo le pego un tiro como puedo y luego otros dos o tres; Arti se animó y empezó a darle patadas cuando estaba en el suelo, después le disparó otras dos veces, pero el tipo ya estaba muerto. Entonces Arti se encogió y se tiró al suelo: le había dado en la tripa. Ni se había enterado hasta ese momento. Tenía la ropa llena de sangre y me miraba incrédulo, como si intentase asimilar que podía morir en esa misma noche. No lo pensé más, lo eché al coche como pude y me lo llevé a toda prisa. Le dejé en la puerta del hospital y me largué de allí.

—¿Y el dinero?

—Pues estaba en su coche. Le registré los bolsillos al muerto y tenía las llaves de un coche, que es el que usamos para largarnos. Cuando metí a Arti en el asiento de atrás vi la bolsa llena de pasta.

—¿Y vuestro coche?

—Se quedó allí. No sé, no lo pensé mucho. El coche del tipo era mejor que el nuestro, que lo habíamos alquilado con un carnet falso.

—Entonces él, el Arti este, cree que tienes su dinero, ¿verdad? Por eso te anda buscando.

—Claro, ahí está la historia. Pero se ha pasado de la raya y ahora soy yo el que va a por él.

—No puedes hacer eso, es muy peligroso —dijo en tono maternal—. Además, vengarte no resucitará a tu hermana.

—Pero sí hará que duerma más tranquilo, te lo aseguro.

FABIÁN ARTEAGA

La hora de la siesta es tu momento para estar con ella. Timo se mete a su despacho y vosotros repetís el plan del día anterior: peli y porros.

Saca su cajita y empieza el ritual. La sagrada ceremonia del cannabis. Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas por delante. En el hueco que queda entre las piernas se pone un cojín rojo y abre su caja de las esencias. Con sus finos dedos va sacando cuidadosamente cada ingrediente y los va colocando sobre la blanca oblea alargada de fino papel blanco. Los distribuye y los mezcla a lo largo, luego acopla una boquilla en un extremo y comienza a enrollarlo sobre sí mismo con una destreza fruto de la práctica y de unos dedos ágiles. No precisa de más artilugio que sus manos. Termina la operación haciendo una punta enroscada y coloca con cuidado el resultado en la parte superior de su oreja para poder recoger la aparamenta y dejarla lista para la próxima ocasión. Deja la caja de chapa a su izquierda y procede a encender el canuto.

Te sorprendes a ti mismo ensimismado, observando su habilidad con los dedos. La ves acercarse el cigarro a la boca en un movimiento sensual captado para ti con una *slow motion camera* a unos 10000 *fps*. Hace tiempo que no ves nada así, nada tan magníficamente bello y sensual.

Tras de un par de caladas, te ofrece el porro. Aceptas totalmente sometido a la seducción de la escena. Ni siquiera recuerdas el título de la película que habéis elegido. Das una calada y notas el aroma adentrándose por tu nariz directo hacia tu cerebro. Paladeas el humo y lo expulsas hacia el techo dejando salir el placer enredado en largas volutas de humo blanquecino. Bajas la mirada y ves al tipo de la película seduciendo a una chica. Tienes que esforzarte en leer los subtítulos porque dice que no se adapta a los doblajes. Aguantar una película en inglés no es mucho peaje por pasar un rato con ella. Además, la película tiene pinta de ser un rollo. Es sobre un modisto refinado con trazas de genio excesivo.

Tú la miras a ella y con eso tienes bastante. Tocas levemente sus dedos cuando te pasa el cigarrillo. Caes en un profundo sueño a mitad de película. Y ya no recuerdas más hasta despertarte. Son las ocho de

la tarde y Timo y Abi están en la piscina disfrutando del agradable baño de la última hora de la tarde. Sales y saludas con cara de dormido; ambos se ríen de tu aspecto de niño pequeño recién levantado.

Después de cenar algo y de unas pocas cervezas, Timo entra a su despacho; cuando sale trae un sobre blanco y un teléfono móvil que pone sobre la mesa de madera de la terraza. Te pide que abras el sobre; obedeces. Dentro hay unos billetes de cien y de cincuenta euros; luego hay una cuartilla de papel con dos nombres.

—El primer nombre es el barco que tienes que buscar en el puerto deportivo de Dénia. Tienes que decirle que vas de parte de Anthony Blunt, como pone ahí. Obviamente, es un nombre falso, un nombre en clave. El tipo que está ahí te llevará a Mallorca y te dejará en una cala, desde allí llamas al número que hay en la agenda del móvil y sigues las instrucciones que te den. Alguien irá a recogerte y te llevará documentación limpia. Lo que hagas a partir de ahí ya es cosa tuya.

—Muchas gracias, Timo, amigo.

—No hay de qué —dijo en tono paternal—. El dinero es para ti, para que arranques. No tienes que pagarle nada a nadie, ¿me escuchas?

—Sí, sí… está claro —Pareces un niño al que le dan instrucciones para ir a hacer un recado.

—Son gente de total confianza, no vas a tener problemas.

Alzas tu cerveza buscando el brindis cómplice con tu salvador. Él acepta haciendo chocar su botellín contra el tuyo.

La noche discurre entre cervezas, risas y anécdotas de infinitas batallas. Abi baja de darse una ducha con un *short* deportivo realmente ajustado a su nombre y una camiseta de algodón negra y de tirante ancho. Tiene la piel morena y brillante por la crema hidratante. No se te escapa el detalle de que va sin sujetador. El rastro de botellines sobre la mesa y las carcajadas dan una idea de lo bien que discurre la noche. Abi se lía un canuto y se lo fuma atenta a vuestras historias. Hay un momento en el que te mira, luego mira a Timo y finalmente se queda mirando al cielo. Después de un rato suelta una carcajada y vuelve a chupar la boquilla del cigarrillo, que consume a grandes bocanadas. Su risa contagiosa os anima a imitarla. La estrellas van paseando por la bóveda oscura de la noche. Timo le pide a Abi que prepare un par de vasos de whisky para rematar la fiesta mientras va al baño. Ella vuelve al poco con una sonrisa de felicidad en el rostro producto, quizás, de la marihuana y con dos vasos de whisky escocés del más caro que hay en la casa. Servido en vaso corto y con sendas piedras de hielo de forma esférica. Timo sale a

la terraza tras ella y le pellizca el culo. Te remueves en la silla de la envidia y casi sueltas algo porque la mezca de alcohol y drogas siempre te hace meterte en líos, no es la primera vez. Te censuras a ti mismo con el último trago de tu última cerveza. Timo se frota la nariz, dirías que con con fruición. Intuyes que se acaba de colocar una raya en el baño. Ahora sí que sientes una terrible envidia: este gordinflón de mofletes rosados va a tener una magnífica noche de drogas y alcohol rematada con un polvo memorable. Y tú, pobre infeliz, te vas a quedar con las ganas. Como mucho, una paja con una peli porno.

Echas mano de uno de los vasos, Abi te corrige acercándote el otro vaso. La miras extrañado, vuestras miradas se cruzan y ella te sonríe.

Timo da un buen trago largo, sin paladear. Tú prefieres degustar la bebida. La cabeza empieza a pesarte bastante. Abi enciende otro de sus cigarrillos. El humo te hace llegar un aroma agradable; le pides una calada. Ella se levanta de su asiento y se acerca a ti mientras le da una fuerte chupada y, cuando crees que te va a pasar el porro, posa sus labios en tu boca e insufla el humo dentro de ti. Te esfuerzas por no toser. No te ha dado tiempo ni a apartarte. Abres lo ojos totalmente pensando en cómo va a reaccionar Timo. Cuando le miras está completamente dormido. La sensación de alivio es agradable. La miras a ella y comprendes que todo esto ha sido planeado por ella.

—Creo que se ha dormido —te susurra al oído con voz melosa. Y te vuelve a besar— Le he echado un pequeño somnífero en el whisky.

Ya estás duro como una piedra y te dejarías llevar allí mismo por el deseo, pero te da reparo tirarte a la novia de tu amigo delante de él, aunque esté dormido. Se lo explicas y ella se queda un momento pensando. Acto seguido habla con Timo que, en estado de semi consciencia, acepta irse a la cama. Ella lo acompaña y te deja en la terraza con un poco de whisky todavía en el vaso y un porro encendido descansando en el cenicero de terracota. Tratas de relajarte fumando un poco y mirando a las estrellas. No sabes si es tu eterna impaciencia o algo de tu perdida seguridad en ti mismo pero crees que está tardando demasiado. Piensas que no va a volver, que ha estado jugando con tu bragueta. Apuras el whisky y te dispones a aspirar lo último que queda del cigarrillo. En eso sale ella, con los ojos iluminados, y te quita de las manos su cigarro; se lo termina de una vez, lanzándote el humo a la cara como signo de provocación. Miras el reloj: faltan dos minutos para las doce.

DÍA 3

FABIÁN ARTEAGA

Te coge de la mano y te invita a seguirla por las escaleras, se mete en tu habitación y se tira en la cama. Te tiendes sobre ella y comienzas a besarla con prisa; estás hambriento. Disfruta con tu desbocada fuerza. La besas en el cuello y en los labios; las manos pasan por la cintura hacia las tetas. Levantas la camiseta y las besas y las muerdes. Todavía conserva el aroma de la crema. Las drogas, el ansia y la falta de práctica hacen que tus dientes tropiecen con los suyos al besarla. Ella sigue divertida el camino de tu mano hacia la cinturilla del pantalón. Sonríe cuando descubres que no lleva ropa interior; el monte de Venus suave invita a la caricia, pero tú no tienes tiempo para caricias. Precipitas tus dedos sobre su vagina con movimientos bruscos que ella rechaza apartándote la mano y haciendo ella misma un masaje lento centrado en el clítoris. Estás a su lado observando sus movimientos y aprovechas para desnudarte. Acto seguido le quitas los pantalones mientras ella continúa con las caricias. Con la otra mano agarra tu polla y empieza a menearla de arriba a abajo. Estás extasiado, pero gracias al alcohol no parece que vayas a terminar ya. Se levanta de repente y sale de la habitación.

Oyes sus pasos descalzos perderse por las escaleras; intentas que la erección no pierda vigor mientras vuelve. Escuchas de nuevo sus pies subiendo de vuelta, entra agitando un condón en señal de victoria. La ves bellísima con la camiseta puesta y el pubis desnudo.

—Sigue dormido como un tronco —te dice entre pícaras risas mientras se afana en abrir el preservativo con cuidado.

Estás boca arriba dejándola hacer. Ella cubre tu pene con el condón, luego, cuando crees que se va a subir encima, avanza sobre ti hasta ponerse a la altura de tu cabeza; de rodillas, se alza ligeramente para que no la alcances con tu lengua y comienza a masturbarse a cinco centímetros de tu boca. Desde esa posición ves sus pezones encendidos, los pellizcas con cuidado. Ella sigue con su juego. Tratas de alcanzar la vulva con tu lengua pero ella empuja tu cabeza contra la almohada y sigue masturbándose. Estás deseando que se corra en tu boca, en tu cara. Ya no aguantas más, la agarras del culo y la acercas hasta tu cara. Ella, sintiendo tu lengua en su clítoris arquea la espalda

para agarrar tu polla. Después de unos segundos extasiada, levanta el culo y lo lleva hacia atrás para montarte. Los movimientos circulares te vuelven loco, hace rato que estás en un estado de placer absoluto. Le imprime algo de ritmo a intervalos. Cuando arranca, casi con violencia, crees que vas a deshacerte de un momento a otro; luego vuelve a bajar la intensidad y recuperas un poco el sentido. En uno de sus arranques sientes que vas a explotar, se lo haces saber, pero ella ya está lanzada. Levantas un poco el culo en el momento de correrte, como si quisieras llegar más adentro. En ese instante, sin saber de dónde viene, una mano grande y rechoncha agarra del pelo a Abi y la tira a un lado de la cama. No sabes cómo es posible, pero el puto gordinflón de Timo se ha despertado. Se te abalanza con los ojos como platos echándote las manos al cuello. No te das cuenta de lo pesado que es hasta que te es imposible moverte. Le golpeas en la cara con todas tus fuerzas pero está fuera de control; está desatado y no sabes qué hacer. Entonces aparece Abi por detrás de él y le golpea con las dos manos juntas como si sujetase un martillo. Las manos de Timo pierden fuerza después del segundo golpe de la chica. Timo te suelta el cuello para quitarse de encima a la chica, que grita algo en inglés que no entiendes. Aprovechas que te ha soltado para coger aire desesperadamente mientras agarras de las orejas al gordo y consigues vencerle hacia un lado hasta tirarlo de la cama. Saltas sobre él mientras Abi mira asustada, le pegas como puedes unos golpes, te falta el aire otra vez, estás agotado. Timo también lo está, se le han cerrado los ojos, los mismos que hace unos segundos estaban desorbitados. Se han ido a negro, está K.O.

Temes por un momento que esté muerto, aunque luego piensas que qué más da, total, un muerto más a tus espaldas. Te levantas como puedes. Estás desnudo y todavía llevas el preservativo puesto, como si tuvieses la polla cubierta con un calcetín. Te ves en un espejo de cuerpo entero que hay a tu derecha. Con ese color de pelo pareces estar viendo a otro, un Arti de otra dimensión. Quizás el tipo en el espejo tenga mejor suerte en su otra vida. Es probable que no haya asesinado a nadie nunca y que no tenga que vivir en una huída constante. Pero ese espejo no es la vida real. A este lado, este Arti tiene problemas. Tienes muchos problemas.

Abi está en el suelo, hecha un ovillo, mirando el cuerpo de Timo con los ojos como platos.

—¿Crees que está muerto? —te pregunta como si tú fueses médico forense.

—No lo creo, yo diría que la mezcla de la cocaína y el somnífero que le pusiste no le ha sentado bien, pero se recuperará.

La invitas a levantarse cediéndole tu mano como ayuda. Tiene las manos frías, tocas sus brazos, está helada y pálida. Te vistes a toda

prisa y le pides que te diga dónde hay algo con lo que atar al gordo por si vuelve a despertarse con ganas de pelea. Te explica que abajo, en el trastero, tiene una caja con herramientas y cuerdas. Allí consigues unas bridas largas y fuertes que servirán, has sentido ese plástico antes, apretando tus muñecas, y no es algo agradable. La sensación de vulnerabilidad con eso apretado en tus muñecas es insoportable, lo sabes bien. Y sabes que si tratas de zafarte es peor porque van haciendo mella en tu piel.

Lo dejas bien atado al tubo de un radiador.

Mandas a Abi a vestirse. Tenéis tiempo, pero prefieres irte antes de que el gran oso se despierte. La primera pregunta que le haces a Abi es obligada:

—¿Te vas a venir conmigo?

Ella asiente con la cabeza y se te queda mirando en busca de instrucciones.

—Hay que coger dinero —le dices—, busca todo el dinero que puedas. ¡Ah, y una maleta! —le gritas porque ya no está en la habitación.

Tú te acercas al cajón y sacas la poca ropa que tienes y la dejas sobre la cama con tu peculiar forma de doblar las camisetas. Vigilas el pecho de Timo para comprobar que sigue respirando. Está totalmente noqueado. Coges el sobre que te preparó para huir y piensas en qué vas a hacer. Abi entra con una maleta que abre sobre la cama. Un inventario rápido te deja una lista compuesta de ropa variada, una bolsa con dinero, una pistola negra y una caja de balas. La miras sorprendido, ella se encoge de hombros y sonríe. Metes tu ropa en la maleta, en el hueco que has dejado al coger la pistola y la munición.

Ya tenéis todo lo que necesitáis, es momento de marcharse. Próxima parada: Dénia.

EUSEBIO MINAYA

«A primera hora de la mañana» es una expresión demasiado ambigua. No hay un consenso social en este sentido. Las nueve de la mañana es la hora a la que yo entro a trabajar. Para mí, esa es la primera hora de la mañana, entiendo que alguien la sitúe en las siete o las ocho, pero nunca más de las nueve. Puse por escrito lo que ya les había dicho el día anterior a mis jefes y se lo di a sus respectivas secretarias. Esto fue a primera hora, mi primera hora. Supongo que cuando sea su primera hora me llamarán para contarme algo. Hasta aquí llegaban mis pesquisas en el caso: tenía al culpable y había investigado sobre su posible paradero. Lo único que me queda para cerrar este caso es informar a Solé de que puede iniciar el proceso de incineración del cadáver.

Salgo a la calle a pasear un rato. No me gusta el ambiente de los despachos, soy un tipo social, un animal social. Me gusta el contacto con la gente, la conversación, la discusión incluso. No me gustan los libros, por ejemplo. Leer me parece un ejercicio demasiado solitario, aunque una vez me apunté a un club de lectura; no leía los libros, sólo la sinopsis y algún capítulo suelto. Pero luego iba a comentarlo con los demás, sólo por el placer de discutir y de conversar. Dejé de asistir porque no me gustaba mentir a la gente. Digo mentir porque no creo que engañase a nadie.

Entro en un bar de mis habituales para tomar un café y charlar un poco. Abel es un chico joven que ayuda a su padre en el bar. Es un plumilla, ha estudiado periodismo y ahora quiere especializarse en sucesos. Una vez me dijo que quería escribir *true crime*. Y me preguntó que si sabía lo que era. Es un chico apasionado, lo que ya es importante.

Después de unas preguntas de rigor y de que se vaya un cliente, me pregunta por el caso en voz baja, en confidencia. El padre sale en ese momento de la cocina y le regaña por molestar a los clientes.

—No te metas donde no te llaman —le dice.

—No te preocupes, Miguel —respondo—, es normal que el chico quiera saber. Mira, Abel —le digo al chaval—, el culpable ya está identificado, sólo nos queda cogerlo. Eso ya es cuestión de tiempo.

—¿Cree usted que el caso da para un libro? —me pregunta, de nuevo en voz baja.

—Tiene venganza, dinero, asesinatos… Yo diría que sí, claro que da para un libro.

Salgo después de tomarme el café y leer por encima un par de periódicos. Decido meterme en el coche e ir a ver a Fernando Solé, espero tener suerte esta vez. Llego a la casa a eso de las diez de la mañana. El telefonillo suena dentro de la casa y al momento aparece por la ventana la cara de la novia de Solé. Saludo desde la distancia, me pide un segundo y desaparece del marco blanco de la ventana. Oigo el habitual sonido del abrepuertas automático y empujo la puerta, que se abre sin hacer ningún chirrido. La puerta de la casa se abre según estoy subiendo los escalones. Me invita a pasar, no trata de esconder la preocupación que se refleja en sus ojos. Me informa de que Fernando ha salido y me ofrece café. Acepto.

No pasamos de la cocina, aunque ella sugiere que vayamos al salón para estar más cómodos. Es una cocina amplia y bien iluminada.

—Sólo venía a informarles de la situación en la que se encuentra el caso.

—Puede contarme lo que sea a mí, yo se lo diré a Fernando cuando venga.

—Dentro de lo que mis atribuciones me permiten, le diré que los restos de Eva Solé están dispuestos para lo que crean ustedes conveniente. Creo recordar que quería ser incinerada, ¿verdad?

—Sí, así es.

—En cuanto a la investigación, no puedo dar datos específicos pero sí puedo decirles que, a día de hoy, prácticamente la investigación está cerrada. Hay pruebas más que suficientes para que el sospechoso sea enjuiciado. Ya ha sido cursada la orden de busca y captura y esperamos que en breve pueda ser detenido.

—Del sospechoso quería hablarle. ¿Qué tienen contra él?

—Hay huellas del sospechoso en la furgoneta de la víctima, hay muestras de ADN en la escena del crimen, hay un móvil económico… Con menos pruebas hay gente cumpliendo condena.

—Muchas gracias, sargento.

—Creo que es el momento para resolver sus dudas, si las tuviera.

—¿El sospechoso es Arteaga?

—No puedo dar nombres, ya lo sabe usted.

—Se lo digo porque, si es ese hombre, no son los únicos que van en tras él.

—¿Puede explicarme mejor eso?

—Creo que Fernando ha ido a buscar a Arteaga, y eso me da miedo.

—Le seré honesto —digo con tono serio—: No es una idea

inteligente por parte de su pareja, pero no podemos hacer mucho. Intentaremos encontrarle nosotros antes, es lo único que puedo decirle.

El móvil empieza a vibrar en mi bolsillo. Miro mi reloj para identificar quién llama. Es el juez Miranda. No es momento de cogerlo.

—No le entretendré más —dice Mercedes al ver que me llaman.

—No, señora, el que no molesta más soy yo. Me marcho ya.

Salgo de la casa con una sensación extraña. Busco en mis notas la matrícula y el modelo del coche de Mercedes Suazo, la pareja de Solé, y llamo a mis compañeros para que activen una alarma por si apareciese en los registros de algún aparcamiento o de algún peaje.

Devuelvo la llamada al juez. Me dice que ha leído el informe y que, aunque está todo muy claro, me quiere todavía sobre el caso. Me tomaré la orden como un breve descanso.

Llamo a Sandra, aunque las normas de la dignidad indiquen que no se debe llamar a alguien una tercera vez si las dos anteriores no te ha contestado. Ya no tengo edad para estúpidas lecciones de pretendida dignidad. Es curioso cómo la gente se cree que los conceptos de felicidad y dignidad se pueden condensar en lemas baratos. La dignidad es un concepto tan amplio y profundo que los filósofos han escrito ensayos y tratados sobre el tema. Y llegan dos listillos estudiantes de marketing a distancia y te colocan unas frases en las tazas y triplican automáticamente su precio de venta al público. Y se forran.

El caso es que Sandra no me contesta, otra vez. Ya he gastado las dos llamadas de la frase, estoy al borde de perder la dignidad; me es igual. Vuelvo a llamarla. Esta vez sí me responde. Me dice que no puede comer conmigo. Quedamos para cenar algo en su casa.

Llamo a Fernando Solé con la excusa de hablarle de la furgoneta de su hermana. Por el ruido de fondo se nota que va en coche. Quiere despacharme deprisa, por eso me contesta a todo con monosílabos secos. Le pregunto si va a estar en casa esta tarde. Me dice que no sabe a qué hora volverá. Le invito a pasar por el cuartel cuando pueda, le digo que es puro trámite. Por arte de magia calcula que sobre las siete estará en casa, pero lo hace sólo por darme largas.

Los ratos muertos no son mi fuerte. Prefiero estar ocupado porque mi mente acostumbra a divagar de una forma muy extraña. Veo a los chicos haciendo deporte por la playa, y a las chicas corriendo de dos en dos y termino pensando siempre lo mismo: tengo que dejar de fumar y empezar a crear hábitos saludables. Pero la

realidad es que ya no tengo nadie a quien gustar. Es triste, pero es la realidad. Suena a lamento de cuarentón, pero es así. Ya no tengo edad para mentirme a mí mismo. Pienso en Sandra y me digo que quizás ella sea ese alguien con el que compartir el resto del camino. Nunca se sabe, mira Sebastián, que se casó pasados los cincuenta. Por esto no me gustan los ratos muertos, porque me da por pensar tonterías. Mejor voy a comer a casa y me echo una siesta.

FERNANDO SOLÉ

La idea que tenía la madre de Fernando y Eva Solé era que durante el sueño, el subconsciente se ocupaba de ordenar los pensamientos. Se lo decía en las épocas de exámenes, y también que por eso el descanso era tan importante como el estudio. Fernando sabía que el subconsciente había estado trabajando mucho esa noche pero no conseguía descifrar el mensaje. El cerebro a veces tiene estos juegos: esconde una idea, una imagen, una palabra en un recoveco y lo sume en la oscuridad más absoluta hasta que llega otra idea, otra imagen, otra palabra y activa el interruptor que ilumina ese rincón, para alegría del consciente.

Fernando encendió la televisión para echar un vistazo a las noticias. Después de un rato, cuando ya se había tomado el café con leche y un par de galletas escuchó el clic que hizo arrancar el mecanismo por el que entendió hacia dónde tenía que ir.

—¡Me llevo el coche! —gritó desde la puerta, mientras cogía las llaves del coche y su cartera.

—¿Dónde vas? —le preguntó extrañada.

Primero llegó la respuesta y después el sonido de la puerta de la calle cerrándose. Fernando no quiso ver la cara de enfado y preocupación que tendría Mercedes. Se montó en el coche y puso rumbo contrario al turista, hacia el interior.

Recordaba vagamente la urbanización de lujosas villas. Entró por el primer desvío que se encontró en la comarcal y comenzó la serpenteante subida por la ladera. A ambos lados se sitúan las fronteras de las fincas: pequeños muros de piedra sobre los que se sostienen las vallas de forja negra. Dentro de las mismas la vegetación es de flores coloridas sobre el fondo verde de los setos. Las palmeras diseminadas a lo largo de las sendas de entrada completan el cuadro.

No recordaba bien dónde estaba la casa que buscaba, pero confiaba en su intuición. Su instinto le falló en el primer cruce que se encontró, ya que la carretera empezó a empinarse de manera algo exagerada; no le sonaba aquella cuesta tan pronunciada. Efectivamente, esa calle discurría en una amplia curva que terminaba desembocando en la misma calle que traía, pero más adelante. En ese

cruce sólo tenía dos opciones: izquierda o derecha.

Eligió ir hacia la izquierda. Avanzó un poco hasta llegar a una bifurcación, lo que significaba otro dilema. Su memoria no era mala y su capacidad de orientación tampoco, el problema que tenía Fernando Solé derivaba de que siempre que había ido a aquella suntuosa villa había sido de noche, añadiéndole también el factor de que siempre había ido de acompañante.

Dos casas modernas, de reciente construcción, lo despistaron, pero ya estaba casi seguro de que aquella calle era la correcta. Un distintivo en forma de bandera amarilla, naranja y negra no hubiese estado mal, pero el propietario de la casa no tenía intención de dar la nota.

Aparcó junto a la puerta y llamó al telefonillo. No hubo respuesta. La segunda vez que llamó sin obtener respuesta aguzó el oído para ver si había actividad en la casa. Una cortacésped cercana le impedía escuchar nada. En un descanso de la máquina le pareció escuchar unos gritos que venían del interior de la casa. Se encaramó a la valla y estiró el cuello girando la cabeza para orientar sus parabólicas orejas hacia la casa. Ahora sí oyó claramente unos gritos pidiendo socorro. Dudó por un momento si saltar la valla; dado que ya estaba subido y que escuchó más gritos, se decantó por saltar y correr hacia la casa.

—¡Timo! —gritó— ¿¡Estás bien!?

—¡Entra! —se oyó con claridad—, ¡por la piscina!

Anduvo por un pasillo que circunvalaba la casa hasta llegar a la zona donde estaba la piscina.

—¡La puerta de la terraza tiene que estar abierta! —Ya se dio cuenta de que los gritos de auxilio venían de la planta de arriba.

Efectivamente la puerta de la terraza tenía una rendija por la que pudo meter la mano para abrir y poder entrar. Subió de dos en dos los escalones hasta llegar a la habitación donde estaba Timo.

La imagen resultaba algo sórdida. Estaba en bañador, maniatado y con cercos de sudor en la cara. Fernando se quedó evaluando la situación un segundo.

—Voy a por algo para cortar las bridas—le dijo—. Aguanta un momento.

Al poco rato apareció con un cuchillo de dimensiones desproporcionadas con respecto a la brida y con una toalla gris en la otra mano.

FABIÁN ARTEAGA

Llegáis a Dénia a las tres de la madrugada, aún faltaban varias horas hasta la cita con el barco. Decidís buscar un hotel en el que dormir un poco. Lo intentáis en el primero que veis. La puerta exterior estaba cerrada; llamas al telefonillo. Un hombre con cara de dormido salió de un despacho que había tras el mostrador de recepción y os pregunta. Abi intenta convencerle de que os deje entrar diciéndole que el coche os ha dejado tirados. El hombre no se termina de fiar; para convencerle le enseñas un fajo de billetes y le dices que pagarás por adelantado. Os abre sin poner pegas. Sin detenerse en la charla habitual de bienvenida os da la llave de una habitación en la segunda planta.

Lo primero que haces es desnudarte y darte una ducha rápida para quitarte la tensión. Abi entra justo detrás de ti y se mete a la ducha contigo. El baño está limpio y parece que la última reforma no ha sido hace mucho tiempo. Sólo con verla desnuda entrando en la ducha ya estás casi preparado para otro asalto. Te aparta un poco y se mete debajo del chorro de agua caliente. Manipula los mandos para templarla a su gusto; echa la cabeza hacia atrás y el agua empape su melena cayendo después por su espalda en un fino hilo transparente. Te echas un poco de gel en la mano y empiezas a extenderlo por su cuerpo. Ahora agacha la cabeza para que el chorro incida en su nuca y emite un pequeño ruido de alivio. La tomas por las caderas y tratas de penetrarla. Ella coloca las palmas contra la pared y se pone de puntillas para facilitarte la entrada. Después de unas suaves repeticiones, se da la vuelta y te abraza con su pierna permitiendo que vuelvas a entrar en ella. La posición no es cómoda pero el placer es intenso. Intuye por tus gestos que vas a terminar, se retira un poco y te masajea hasta correrte. El semen se mezcla con el agua durante unos segundos hasta que se pierde por el desagüe.

Ella se lava las manos bajo la ducha y acto seguido se enjabona el cuerpo; luego hace lo mismo con el tuyo. Os aclaráis bajo el agua tibia entre besos y algún que otro mordisco. Te acercas a su vulva con la mano para devolverle el gusto, pero ella te la retira con amabilidad mientras te besa.

Sales de la ducha, te secas un poco el pelo y te tiras en la cama. Ella hace lo mismo con una diferencia de unos minutos en los que ya te has dormido. Abi se tiende a tu lado y trata, sin éxito, de dormirse.

FERNANDO SOLÉ

Timo tenía los ojos completamente abiertos y miraba los monitores con avidez. Se había duchado, había encendido el ordenador y, mientras arrancaba, había cogido un paquete de galletas con pepitas de chocolate. Una vez delante del ordenador, según iba ejecutando comandos y moviendo el ratón, le iba contando a Fernando cómo había terminado en aquella indecorosa situación en la que lo había encontrado.

—Ahora voy a averiguar dónde coño se han metido esos dos cabrones salidos.

—Si lo averiguas voy contigo —dijo Fernando—, ya sabes que tengo asuntos pendientes con Arti.

El alemán no contestó nada. Se limitó a asentir con la cabeza mientras seguía tecleando. La adrenalina parecía haberse desayunado los síntomas de la mezcla de la noche anterior. No le costó mucho hacer que un punto rojo parpadeante apareciera sobre el mapa de España, que se fue cerrando hacia el levante mediterráneo y enfocando progresivamente sobre la ciudad de Dénia. Se movía lento por las callejuelas de la ciudad, lo que les hizo pensar que iban andando.

—Ya los tenemos —dijo Timo.

—Vamos a por ellos —respondió Fernando.

—Tranquilo, no saben que los tenemos localizados. Voy a pasar esto al móvil y nos vamos.

Mientras la barra de progreso se iba llenando en el ordenador Timo, se dedicó a inventariar lo que se habían llevado los fugados. Resopló con fuerza tratando de aclarar las ideas. Rebuscó en un par de cajones, sacó algo de dinero; abrió otro cajón de la mesa del ordenador y desveló un doble fondo del que sacó una pistola eléctrica. Comprobó si estaba cargada y sentenció:

—Es todo lo que me han dejado. Ahora vamos a por ellos.

—Te llevo —se sumó Fernando.

FABIÁN ARTEAGA

Las instrucciones eran claras y sencillas. Buscáis el barco entre los que hay en el puerto deportivo. Está en la tercera fila de embarcaderos. Es blanco y de tamaño más pequeño de lo que habías imaginado. Os acercáis expectantes. Un hombre fuerte está de pie en la popa.

—Buenos días —le dices—, vengo de parte de Anthony Blunt.

El hombre os mira algo desconcertado. A los mandos hay otro hombre, supones que sólo es el timonel. Os invita a subir al barco, pero no las tienes todas contigo. Entiendes que sus instrucciones son tan claras y sencillas como las tuyas y que al ver a dos pasajeros se ha extrañado.

—Un momento —dice con acento alemán—, tengo que hacer comprobaciones.

Se aparta y saca un móvil de su bolsillo. Está de espaldas a vosotros y habla en un volumen que no os permite escuchar. Termina de hablar y se vuelve.

—Mi jefe dice que sólo han pagado un billete.

—Venga, hombre, os pagaremos el resto —le enseñas el sobre con dinero—. Considéralo un extra.

—No. —Te enseña una pistola que lleva bajo la camiseta.— Las órdenes son claras: dos no podñeis subir. *Marcharos*.

Recibe una llamada. La coge y la cara le cambia mientras os mira. Se lleva la mano a la pistola; no sabes qué le están diciendo pero no pinta bien. Te abalanzas sobre él y le empujas hacia el agua con toda la fuerza que puedes. Tras tropezar con la barandilla cae de bruces contra el agua. No ha sido una caída limpia, por el camino se ha golpeado con el muelle. Abi y tú corréis desesperadamente hacia el pueblo. Vuestro plan de huida ha sufrido un ligero contratiempo.

Volvéis al hotel a toda prisa. Por suerte para ti el hotel está cerca. Tu forma física es deplorable.Miráis hacia atrás, nadie os sigue.

Cuando llegas a la habitación te tiras en la cama boca arriba, buscando el aire que te falta en los pulmones. Abi se deja caer a tu lado. Tu respiración va sonando cada vez mejor, va recuperando la normalidad.

Estáis mirando al techo, con los ojos puestos en el ventilador que

gira proporcionando algo de respiro. Piensas en lo siguiente que tenéis que hacer y entiendes que no tienes ni idea de cómo va a salir esta aventura. No debiste encamarte con la novia de tu amigo, ahora todo sería más fácil.

—Oye, Arti —te dice.

—Dime.

—¿Cómo es la cárcel? —te pregunta con voz cándida.

—No te preocupes, Abi, no vas a ir a la cárcel.

—No es eso, es sólo que tengo curiosidad.

—Pues es fea, Abi —le contestas—, y desagradable, ten en cuenta que no tiene cortinas.

Abi ríe a carcajada limpia. Tiene una risa contagiosa. La miras y sientes esa mezcla de sensaciones que llaman amor. En ese momento comprendes que no podías haber hecho otra cosa que sucumbir a todos esos encantos, pero sigues sin saber qué va a pasar a partir de ahora.

—Tengo hambre —te dice—. ¿Bajamos a desayunar?

—Es mejor que no nos dejemos ver mucho hasta saber qué vamos a hacer —le explicas—, yo te subiré lo que quieras.

—Un café con leche y un croissant, por favor.

—Dame diez minutos para asearme y cambiarme de ropa, estoy sudando de la carrera que me he pegado.

Sales a tomar un café y a por lo que te ha pedido. Entras en un sitio con buena pinta y unos camareros uniformados. El sitio tiene bastante concurrencia, y muy variada. Pides dos cafés con leche para llevar y dos croissants: once euros. Ahora entiendes lo de los uniformes. Te lo sirve en una bandeja de cartón y en una bolsa de papel. Pagas sin rechistar y vuelves al hotel. Antes de llegar, dejas la bandeja y la bolsa en un poyete de la cafetería y te enciendes un cigarrillo. Te lo fumas con tranquilidad, pero esa calma se rompe cuando ves, a través de la esquina de cristal, a Timo y a Fernando entrando al hotel. Estás jodido. Te tomas tu café y tu croissant mientras esperas a ver si salen y sopesas si debes subir a hacerte el héroe o huir dejando a Abi a merced de lo que Timo quisiese hacerle. Después de comerte el segundo croissant, por pura ansiedad, parece que ya te has decidido: no puedes meterte —desarmado— en una habitación con un novio cornudo y con un tipo al que le has matado a la hermana por una chica a la que conoces de hace dos días.

El Amor, igual que vino, se fue.

Tienes que buscar un medio para huir y recuperarte. Vas a la playa y esperas a algún incauto al que robarle el coche. Estás desentrenado, esa es la verdad, pero la gracia no se pierde. Te sientas cerca del parking de la playa y esperas.

Sabes que el momento va a llegar, porque el verano es propicio

para los despistes. Es normal que algún chaval con su moto nueva o con su coche de segunda mano llegue y puedas abordarle. Si tuvieras tu navaja la cosa sería diferente. Necesitas un trámite rápido, sin mucho riesgo.

Cuando echas mano del último cigarrillo, te acuerdas de los porros que hacía Abi. Fueron buenos momentos, pocos pero intensos. Después de un rato de espera sin ver la oportunidad escuchas a una señora decir que viene del mercadillo, y se te enciende la bombilla. Con el *pijerío* que se mueve por aquí, seguro que puedes sacar algo de dinero, tan fácil como ir al cajero automático.

El mercadillo lo ponen en el paseo que hay en la zona más central del pueblo. Una avenida de palmeras entre las que tienden un puzle de pañuelos de colores para mitigar la fuerza del sol mediterráneo. La humedad ya es otro asunto, la humedad no te la quita nadie de encima.

Está abarrotado, es una hora perfecta. Ves a una mujer de unos sesenta empujando un carrito de bebé. No es el mejor sitio para ir con un bebé. La sigues un poco, no tardas en ver que es carne de cañón. El carro parece de los caros, seguro que es de esas mujeres acostumbradas a llevar dinero en metálico. Andas disimuladamente tras ella, en la bolsa está bordado un nombre en rosa: Jimena.

Se detiene en un puesto de fruta. Pide, vuelve a pedir, paga y se va. Pasa a un puesto de pan y dulces donde compra unas barras de pan. Sigue hasta la zona de ropa, concretamente ropa de bebé. Coge un conjunto rosa y blanco, mira otra cosa, parece que se decide… Pregunta el precio, coge el monedero para pagar… Ve un defecto, deja el monedero en la bolsa de Jimena, se va a la dependienta a indicarle la tara… Metes la mano, no necesitas palpar, está en la misma boca de la bolsa. Lo pones con cuidado bajo el brazo y sales a paso ágil entre la gente. Un golpe limpio: el que tuvo, retuvo.

Ciento ochenta y cinco euros los que llevaba la abuela de Jimena. Un buen saldo, al menos suficiente para coger un taxi. No te va a ser fácil llegar hasta Fernando y saldar las cuentas. Necesitas tranquilidad y tiempo para planear el asalto; y el tiempo cuesta dinero. Vas a necesitar algo más de pasta.

Coges el taxi:

—A la calle Divina Gracia, en Oliva —ordenas.

El taxista obedece incorporándose de manera brusca. Intenta iniciar una conversación sobre actualidad política, pero le frenas en seco diciéndole que quieres descansar. Cierras los ojos y te acomodas como puedes.

FERNANDO SOLÉ

La buena noticia era que el punto rojo seguía en tierra, lo que era señal de que no habían conseguido subir al barco y poner rumbo a Mallorca. De todas formas, Timo quiso asegurarse de ello haciendo un par de llamadas: una al tipo del barco y otra al que tenía que recogerlo en la isla. El primero ya le ratificó que no habían salido de Dénia, al menos no en el barco que tenían preparado, y que tuvieron una pelea y que la pareja consiguió escapar. Al diligente matón le habían informado de un viajero, así que, al ver que dos pasajeros querían subir, se empeñó en hacer una llamada de comprobación. La pareja vio que la cosa no iba por buen camino y decidieron salir por piernas.

En el coche, Timo le fue explicando a Fernando la historia de los días que Arti estuvo en su casa, de cómo llegó y de cómo se dio cuenta de que estaba metido en el asesinato de la chica. Se disculpó porque dijo que no sabía que la fallecida era hermana de Fernando. Le explicó que, de haberlo sabido, habría actuado de otra manera. Fernando no le creyó, pero tenía en mente un objetivo más importante. Pensó en esas series de televisión en las que la policía pasa por alto los tejemanejes de un pequeño camello para atrapar al capo de la banda.

Estaban llegando a Dénia por la carretera más cercana a la costa. Cruzaron un par de glorietas hasta plantarse en el aparcamiento de la lonja. Desde allí continuarían a pie. A Timo le costó salir del coche más de la cuenta, ya que el utilitario era de tamaño reducido. Llevaba la pistola bien guardada en una funda de piel marrón. Tenía el teléfono en la mano y encendido con el localizador parpadeando en el mapa. Estaban en el hotel Marinas Altas, entre el puerto y el castillo. Fernando le previno del margen de error de estos aparatos pero Timo presumía de que la precisión era de diez metros y le explicó que, llevando el teléfono tanto rato en el mismo sitio, el margen de error se aproximaba a cero.

En el pequeño paseo hacia el hotel Timo reconoció su coche y se lamentó por no coger la segunda llave que tenían en casa. Estuvo tentado de darle una patada al retrovisor, pero reaccionó rápido y se frenó. El coche fue un símbolo más de la traición, como si hubiesen

clavado una bandera en su territorio. Los símbolos no son nada, ese coche no era nada, lo que no quiere decir que a Timo no se le clavase una espinita al verlo.

Entraron al hotel por la pequeña puerta que había bajo un letrero antiguo y cutre. Fernando se adelantó un paso para tomar la iniciativa. Se acercó al hombre que había en recepción y le preguntó por una pareja que se había hospedado esa misma mañana. El hombre, tranquilo, le respondió que no podía darles esa información. Fernando insistió y el hombre continuó en sus trece; sin chulerías pero firme. Entonces Timo dio un paso al frente y golpeó el mostrador con el puño. Timo sabía amedrentar.

—Habitación doscientos cinco. Pero no fue esta mañana, llegaron de madrugada.

—Es igual, son ellos. Segunda planta, supongo —dijo Fernando.

—Sí, señor. Pero debo advertirles también de que el hombre ha salido hace una media hora. Por si les interesa.

—Por supuesto, es de gran ayuda —contestó Fernando en un tono cordial—. Le esperaremos arriba. Muchas gracias.

La escalera era oscura y olía levemente a productos de limpieza. Fernando subía a paso ligero, a su espalda oía el jadeo de Timo, que subía apoyándose en la barandilla. Pasaron junto al carro de la camarera de piso. Fernando cogió un par de toallas.

Fernando se situó frente a los números que formaban el 205, miró el pomo de la puerta y vio el letrero rojo de *No molestar*. Le pidió a Timo que se quedase a un lado. Golpeó con los nudillos la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina desde dentro. Timo hizo un gesto ratificando que era Abi— ¿No ha visto el cartel?

—Buenos días, perdone las molestias: ¿han pedido ustedes unas toallas?

—No, se ha equivocado de habitación.

—No, señora, su marido ha pedido unas toallas al salir.

—Vale, vale, deme las toallas.

La puerta se abrió y salió una mano palpando el aire con intención de coger las toallas. Timo no dudó ni un momento y empujó la puerta por encima del hombro de Fernando, rozándole la oreja en el gesto. Ambos entraron en la habitación y vieron a Abi tirada en el suelo por la violencia del alemán.

—Hola, Abi —dijo Timo— ¿Te alegras de verme?

EUSEBIO MINAYA

Al llegar a la casa de Fernando Solé veo que el coche está aparcado dentro, bajo la marquesina cerrada con un toldo blanco. Apago el cigarro contra una jardinera de piedra puesta por el ayuntamiento para que los coches no invadan la calle peatonal. Llamo al telefonillo. Me abre Mercedes amablemente. Me invita a pasar al salón y me ofrece algo de beber. Le digo que no hace falta. Ella se queda en la cocina mientras Solé y yo hablamos.

—Buenas tardes, Fernando.

—Buenas tardes, sargento. Siéntese, por favor.

—Esta mañana vine a informarle sobre el estado de la investigación…

—Sí —me interrumpe—, me lo ha dicho Mercedes.

—Bien, como le he dicho a Mercedes, la investigación está centrada en un único sospechoso…

—Lo sé —me vuelve a interrumpir. Aunque detesto las faltas de educación, trato de hacerme cargo de su situación y continúo.

—Hay pruebas más que suficientes para enjuiciar al sospechoso. Lo que nos preocupa ahora es saber dónde puede haberse escondido el sujeto.

—No dé más vueltas, señor Minaya. —Se inclina levemente hacia mí.— Yo sé que el sospechoso es Bernardo Arteaga y que él cree que tengo un dinero que nunca he tenido. Asesinó a mi hermana porque creía que ella guardaba el dinero mientras yo estaba en la cárcel.

—Me alegro de que podamos hablar claramente. Queremos encontrar a Arteaga, tanto como usted, y su colaboración puede ser muy valiosa.

—Sargento, no le voy a mentir: si lo encuentro antes que ustedes, voy a matarlo.

—Su paso por la cárcel no le ha hecho a usted más cabal, por lo que veo.

—Se equivoca, soy un tipo más tranquilo que el que entró. Lo que pasa es que la situación se ha puesto así. O él o yo, no hay otra salida.

—Sí la hay, si usted colabora podremos meterlo en la cárcel por muchos años.

—Esta mañana estaba en Dénia, no le puedo decir más. Bueno, sí, que iba sin dinero. Ya estamos en igualdad de condiciones, ahora que gane el mejor.

—¿Va armado?

—No.

—Esto no es un juego, Fernando. Es un hombre muy peligroso.

—Lo sé, no olvide que le conozco desde hace mucho tiempo.

—No parece un hombre que vaya de farol.

—Arti no es de los que juega, Minaya, se lo aseguro.

—Colabore, Fernando. Créame, es lo mejor.

—Gracias por el consejo, pero ya le he dicho todo lo que sé de él.

No voy a convencer a este hombre. Tiene la venganza metida entre ceja y ceja. Decido marcharme y centrarme en buscar a Bernardo Arteaga. Tengo que llegar hasta ál antes que Solé.

FERNANDO SOLÉ

Los ojos se le salían de las órbitas y el miedo le hacía temblar. Sollozó unas palabras que no pudieron entender, pero sonaban a excusas y peticiones de clemencia. Se arrastró hacia atrás hasta toparse con la cama. Timo cerró la puerta tras de sí y se quedó un momento en silencio.

—Dime, Abi —dijo Timo mientras husmeaba en una maleta que había encima de un banquito de madera—, ¿dónde está tu nuevo novio?

—Ha salido a buscar el desayuno. Volverá pronto.

—Veo que habéis traído de todo para una escapada romántica —bromeó—. La pistola es mía, ¿vale? Me la voy a quedar.

—Vamos, Timo —dijo ella en tono conciliador—. No seas así. Sólo necesitaba un cambio de aires, no te lo tomes como algo personal. Sabes que lo nuestro no iba a ningún sitio.

—¡Cállate, perra! —gritó justo antes de darle con el dorso de la mano.

Fernando dio un paso al frente y agarró la mano de Timo, que ya estaba cargando para la siguiente bofetada.

—Tranquilo, Timo.

—No te metas, colega —le espetó colérico—. El trato es que tú te ocupas de Arti y la chica es mía.

—Pasa de pegarle, ¿me oyes?

—Haré lo que me dé la gana. —La cogió del pelo y la lanzó a la cama.— Ahora no la voy a pegar, fíjate, le voy a hacer el amor.

La chica temblaba y lloraba a la vez. El gordo tiró al suelo lo que llevaba en las manos y se abalanzó sobre ella mientras se desabrochaba como podía los pantalones. En ese momento, Fernando cogió la *táser*. Dio una patada en el rosado y orondo culo del alemán, que salió rodando hasta caer de la cama. Entonces se acercó con parsimonia, le arrimó el cabezal de la pistola eléctrica y le propinó una descarga que lo dejó temblando en el suelo.

—Te has pasado, colega —sentenció Solé viéndolo retorcerse. Luego se dirigió a ella—. Vístete, nos vamos.

Ella se vestía a toda prisa; Fernando cogía la pistola de Timo del

suelo y se la guardaba en la cinturilla del pantalón. Una vez preparada, se colocó junto a la puerta con la maleta en la mano, como una niña buena, esperando órdenes. Fernando tocó con la punta del zapato el cuerpo inmóvil de Timo. Éste empezó a moverse con dificultad. Entonces Fernando pensó que no estaría de más sacudirle otra descarga.

—No me has dejado opción, Timo. Lo siento.

Abrió la puerta y dejó salir a la chica delante como precaución por si se cruzaban con Arti. El pasillo era estrecho y con mala iluminación. Fernando andaba con la pistola pegada a la espalda de la chica.

—Tú pórtate bien que yo no tengo ganas de hacerte daño, ya lo has visto.

Ella asentía con nerviosismo.

—Si salimos y nos encontramos a Arti no quiero que hagas cosas raras —le iba diciendo mientras avanzaban por la entrada.

Pasaron por delante de la recepción; Fernando se detuvo delante del tipo que les había atendido antes. Cuando vio la escena, pistola incluida, se quedó petrificado.

—El grandullón te está destrozando la 205, llama a la policía antes de que baje. Está muy cabreado, te lo advierto.

El hombrecillo cogió el teléfono y empezó a marcar al instante. La pareja salió a la calle en la misma formación que habían usado hasta ahora. Ella delante, tirando de la maleta con la mano derecha y él detrás y ligeramente a su izquierda; la pistola entre ellos, acompasando sus pasos, como si sus pies estuvierna unidos por los tobillos. Fernando la hizo detenerse un instante para evaluar la situación. La gente iba de aquí a allá. No había rastro de Arti por ningún sitio. Fueron hasta el coche de Solé sin problemas. Fernando abrió el portón trasero y metió la maleta. La ordenó meterse en el asiento del copiloto.

—¿Prefieres autobús o ferry? —le preguntó él.

—¿Cómo?

—Mira, chica. Si yo fuese tú pondría tierra de por medio, o un océano de por medio, tú verás. Aquí no tienes nada que ganar ya.

—Eso lo decidiré yo —dijo con algo de soberbia. Parecía que ya se le había pasado el susto—. Y me llamo Abi.

—Pues eso, chica, decide si te dejo en la terminal de autobuses o en el puerto.

—Iré en autobús.

—Excelente elección —se mofó—. Eres buena chica y todavía no has cometido ningún delito. Es mejor que te marches cuanto antes a un sitio donde estés segura.

Llegaron a la estación de autobuses a las doce de la mañana. El

próximo autobús a Valencia salía en media hora.

—Te dejo aquí. Espero que te vaya bien.

—Muchas gracias…

—Fernando.

—Muchas gracias, Fernando.

—No hay de qué. No podía dejarte con ese hijo de puta —le explicó— ¿Qué piensas hacer ahora?

—Creo que volveré a Estados Unidos, estar en casa me hará bien. —Se quedó un poco pensativa y retomó la conversación— Me dijo que me quería.

—Estoy seguro de que era verdad, lo que pasa es que Arti no es de los que están dispuestos a morir por amor.

—Gracias, adiós.

—Buena suerte, Abi.

FABIÁN ARTEAGA

Tienes dos sitios a los que te prometiste no volver, pero no estás en disposición de mantener promesas. El taxi aparca al principio de la calle, como le has pedido. Pagas con uno de los billetes recaudados a la abuela de Jimena y le dejas propina. Paseas el camino que hay hasta tu casa. La casa donde uno pasa su niñez nunca deja de ser tu casa, por mucho que un padre demasiado estricto te echase una noche de verano. Si eres honesto, el problema no era él, el problema eras tú; el problema sigues siendo tú. Sabes que eres tú porque incluso tu madre, una mujer cabal y de buen corazón, te rechaza.

Llamas al timbre, una vez, si lo hicieses como hacías cuando eras pequeño, tu madre sabría que eres tú. Abre ella. Le lleva dos segundos reaccionar; cuando lo hace intenta cerrar la puerta. Lo impides poniendo el pie en la parte de abajo. El rebote de la puerta le hace echarse para atrás.

—¡¿Qué quieres?! —te grita cuando ya estás dentro.

—Mamá, no quiero hacerte daño. Sólo necesito algo de dinero.

Vas haciendo labor de reconocimiento por la casa, si tu padre estuviera ya habría salido a recibirte, y no con un abrazo, precisamente. Te lanzas directo al mueble de la cocina donde sabes que está el dinero. Tu madre te persigue hablando a gritos. Trata de impedirte que abras el bote mágico.

—Mamá, no te quiero hacer daño —repites mientras giras la tapa —. ¿Cuánto hay?¿Quinientos?

—Deja eso, como venga tu padre se va a liar.

—Mira, cojo trescientos cincuenta. Como gesto de buena voluntad.

—¿Pero sabes lo que has hecho? La Guardia Civil anda detrás de ti. Vinieron aquí a buscarte.

—Una mala noche la tiene cualquiera, mamá.

—¡Deja de llamarme mamá, asesino! —Se sienta en una silla de la cocina, parece que le va a dar algo.— ¡Vete o llamo a la Guardia Civil!

—Vale, mamá. Ya me voy. Si todo sale bien, os devolveré el dinero.

Le das un beso en la frente. Ella comienza a llorar desesperadamente. La dejas en la cocina lamentándose y sollozando frases inconexas.

—Mamá, te quiero. Dile a papá que siento todo lo que os he hecho, de verdad. Te quiero.

Te vas sin esperar respuesta. Te sientes como un desgraciado egoísta sin un lugar en el que esconderte ni pasar la noche.

Tienes un nombre en la cabeza, ha estado allí todos estos años; en un rincón escondido donde sólo miras en los malos momentos. Su rostro y su sonrisa te han acompañado en prisión en las malas, que han sido muchas. Nunca te has planteado ni siquiera molestarla, pero no quieres irte sin decirle lo que sientes por ella.

Son las tres de la tarde y el calor es sofocante. Apostado en el bar restaurante que hay frente a su portal, mientras te tomas una cerveza, vigilas con más nervios que esperanza. Otra cerveza más, y otra más. Sales una vez a fumar a la terraza. No sabes cómo ha sucedido pero la tarde se te ha echado encima y lo único que has hecho es beber una cerveza detrás de otra y, entre ellas, cigarrillos. Es hora de buscar un sitio para dormir.

Entre todos los clubes de carretera que hay a lo largo de la N-332, hay uno en el que sabes que puedes encontrar cobijo. Allí trabaja Laia, una rusa de acento catalán que ejerció la prostitución durante un tiempo indeterminado antes de cumplir los treinta. Luego, por azares del amor, se casó con el encargado del club y pasó de prostituirse todas las noches a llevar las cuentas y a ocuparse de que las chicas pudieran trabajar con algo más de dignidad. Conoces esa historia porque eras algo más que un cliente para Laia, eras su amigo, una especie de confidente. Desde el primer día que subiste con ella a la habitación la relación fue distinta, ambos lo sabíais.

Llegó un momento en el que ni siquiera os acostabais. Llegó un momento en el que ni siquiera os desnudabais. Llegó un momento en el que ni siquiera disimulabais. Ella te contaba su incipiente historia con Álex y tú le hablabas de Gala. Un día te dijo que lo dejaba, que lo suyo con Álex iba en serio y que dejaba de ejercer. Te alegraste por ella, pero vuestra relación acabó. Dejaste de ir a verla y al final todo se enfrió.

Hoy, cuando te ve entrar por la puerta, notas que la nostalgia ilumina sus ojos.

—Hola, Laia, ¿cómo estás?

—¡Joder, Arti! —saluda efusivamente—. ¡Cuánto tiempo!

—Aquí me tienes, muñeca.

—Estás muy cambiado, pero conservas esos ojos tan comunes. Me dijeron que habías salido.

—Así es, he cumplido con la sociedad.

Álex, su marido, sale de la oficina que hay detrás de la barra y se acerca a vosotros con recelo. Ella te presenta como «un amigo». Él te da la mano y le pide a Laia que le acompañe un momento dentro. Ella te pone una cerveza, se disculpa contigo y entra con su marido a la oficina.

Das unos sorbos a la cerveza mientras observas a la audiencia. Todavía no hay mucha gente, es temprano. Laia sale y te invita a entrar.

La oficina es un pequeño cubo con una mesa marrón oscura y un par de sillas. Es una estancia mal iluminada por exceso, no por defecto. La mujer toma la palabra:

—Mira, Arti, vamos a aclarar esto cuanto antes para que mi marido se quede tranquilo.

Siempre ha sido una mujer clara y certera con sus palabras. Una de esas personas que hablan sin tapujos exponiendo sus pensamientos con sinceridad.

—Resulta que mi marido cree que nosotros dos tenemos algo. Yo le digo que no, pero no termina de creerme.

—Nosotros somos sólo amigos, se lo aseguro.

—Eso no me convence, la verdad —replica el hombre—. Es exactamente lo que diría si tuvieran algo.

—¿Cuántas veces hemos follado nosotros?

La miras con incredulidad y sin saber si puedes decir la verdad o tienes que mentir.

—Di la verdad, Arti. La pura verdad.

—Dos veces —confiesas—, pero hace muchos años.

—Fue cuando te estaba conociendo —empezó a decir Laia—, cuando todavía ejercía. Pero ya sabes que algunos clientes sólo quieren charlar y coincidió que yo también necesitaba alguien a quien contarle lo nuestro, cariño.

—Así fue como sucedió —intervienes—, te lo juro.

—De acuerdo —parece convencido—, pero hay otro problema: en todo el pueblo se dice que has sido tú el que has matado a esa chica.

—A ver, Laia —explicas en tono culpable—, necesito un sitio donde pasar la noche. Mañana mismo a primera hora me voy.

—No creo que sea buena idea dar cobijo a un asesino —apunta Álex—. No es nada personal, chico.

—Lo entiendo, claro —respondes mirando a Laia—. Siento haberos puesto en este compromiso. Ya me voy.

—Un momento —dice Laia—, él no ha dicho que lo haya hecho. Si nos dice que no tiene nada que ver con el caso, podemos dejarle una cama durante esta noche.

—Paso —dice Álex enfadado—. No quiero saber nada de vuestras mierdas. Si tan amigos sois, haced lo que os venga en gana. Yo no voy

a colaborar en esto.

Álex sale del despacho, ambos os miráis y reís de manera cómplice. Ella coge una llave de un pequeño armario que hay en la pared y te pide que la sigas.

Ya conoces el camino: una escalera estrecha al fondo de la sala. Iluminación roja y peldaños de madera que se quejan en cada pisada. Ella sube abriendo el camino, tacón alto y pantalón ceñido. Los gemelos en tensión, como una presa en plena huída. Sigue teniendo una figura atractiva. En cada paso mueve el culo con gracia. Antes os deteníais en la tercera puerta de la izquierda, esta vez seguís de frente, hasta la puerta del fondo. Laia saca la llave y abre.

La estancia es más cómoda que las otras, sin duda. La cama es amplia y la pantalla plana es de última generación. Te muestra una barra de bar que hay un rincón de la habitación. Sobre la barra hay varias botellas de alcohol; en el interior hay un frigorífico lleno de refrescos.

—Puedes beber lo que quieras —te dice con una sonrisa—, pero ten en cuenta que la noche es larga, bebe con moderación.

—Tómate una conmigo, por los viejos tiempos —le dices trayéndola hacia a ti por la cintura.

—Ni lo sueñes, amigo —te responde separándose—. En la tele tienes acceso a dos plataformas de pago y hay un canal de porno, apáñatelas tú solito —remata mientras coge la puerta para salir.

—Una cosa: ¿crees que tu marido se irá de la lengua? Lo digo porque no estaba muy convencido.

—Eso es cosa mía —dice en tono tranquilizador—, tú encárgate de no dar la nota esta noche.

Te sirves una copa de un whisky caro, nunca habías bebido tan buen alcohol tan seguido; te pones una película. A mitad de la peli te pones otra copa y cuando parece que vas a dormirte, entra Laia con una chica rubia a medio vestir. Una bata transparente encima de un corpiño de lencería barata.

—Hola, amigo —evita decir tu nombre porque tu fama ha invadido el pueblo—, ella es Mandy.

—Hola, Mandy —saludas con cierta alegría—. Ponte cómoda, enseguida estoy contigo.

Te vas hacia la puerta con intención de hablar con tu anfitriona. Reparas en la presencia de uno de los matones en posición de firmes.

—Disfruta, si es que puedes. Y ya hablaremos mañana por la mañana. —Salió y cerró la puerta con llave.

—Como tú digas, Laia —deslizas entre dientes.

Debajo de aquel uniforme destacan unas tetas grandes rellenas de silicona y una barriguita que resulta graciosa, incluso sensual. Mandy tendrá unos treinta años, aunque el exceso de maquillaje le hace

parecer mayor.

Se mete tras la barra y se prepara una copa de Martini y refresco de limón. La invitas a sentarse a tu lado, a ver cómo son al tacto esas tetas.

Se acomoda a tu derecha y comienza a exhibirse con el descaro propio de quien sabe a lo que va. Podrías decir que es una mujer de belleza grosera, exageradamente obvia y orientada a una clientela ávida de mujeres de película porno de segunda categoría. Dirías que no es tu prototipo, pero después de estos años de prisión, tú no tienes prototipos, sólo ves oportunidades.

Mandy comienza a sobarte la entrepierna y a desabrocharte el pantalón; empieza a hacer la labor encomendada. Nunca habías tenido tanto sexo en tan poco tiempo.

Mandy sale de la cama y se dirige al baño. Luego sale y se bebe la mezcla aguada de su copa; después va hacia a la barra, quizás con la satisfacción del deber cumplido. A estas alturas, y siendo honesto contigo mismo, su satisfacción te da un poco igual. Palpa la parte inferior de la barra buscando algo, un pulsador o algo así. Al momento se oye la cerradura y se abre la puerta gracias al portero de espaldas anchas y cuello de toro. Mandy se viste con la poca ropa con la que vino y sale soplándote un beso que ella misma había posado en la punta de sus dedos. La cerradura vuelve a dejarte en tu celda de placer y lujo.

Miras en el techo de espejos y ves tu cuerpo desnudo, igual que si tu alma hubiese abandonado tu cuerpo; quizás sea un síntoma de la pequeña muerte francesa. Como un viaje astral provocado por un porro de Abi. Fue bonito mientras duró, Abi. La echarás de menos.

Un rato después la puerta se vuelve a abrir y aparece Laia. No sabes ni qué hora es ni cuánto llevas pensando en los últimos cuatro días, que se dibujan ante ti en forma de álbum de fotos antiguas.

—¿Ha quedado satisfecho con el servicio, marqués?

—Estoy en la gloria —respondes extasiado.

—Tenemos que hablar, me temo.

—¿Vas a dejarme? —bromeas mientras te paseas desnudo hasta la barra. Ella está sentada en el sofá, no puede evitar mirar tu pene.—¿Te apetece algo? —sugieres.

—No , gracias, estoy servida —contesta entrando en el juego.—¿Me vas a contar qué pasó con la chica?

—Una mala noche —sales de la protección de la barra con tu copa en la mano. Siempre te has sentido seguro con tu tamaño, pero ahora mismo te sientes vulnerable. Decides vestirte.

—No eres mala gente, tío. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Quieres la versión extendida o un resumen?

—Empieza por el principio —te sugiere.

—Supongo que todo empezó en una noche de verano, ya sabes. Mi colega, Solé, y yo íbamos a hacer un encargo para un tipo de la mafia marsellesa. Resulta que teníamos que liquidar a un ruso. El tipo iba a estar solo en casa esa noche y nosotros teníamos a uno de servicio compinchado que nos abriría la puerta para poder entrar. El ruso era una especie de correo o algo así y tenía pasta. El trato era que nosotros nos lo cargábamos y la pasta que hubiese allí para nosotros.

—¿Mucha pasta?

—Imagínate, más de un millón —respondes—. El caso es que llegamos y todo iba bien. El sudaca nos abre y entramos por la puerta de servicio. Llego al salón y me veo al ruso con un tiro en la nuca tirado sobre la mesa. Al lado había una bolsa de deporte, supongo que con el dinero, porque desde ahí ya casi no recuerdo nada. Recuerdo que el sudaca entró disparando contra nosotros y que me dio en la tripa. Bueno, en el costado. Entonces Solé reaccionó y le pegó dos o tres tiros. Lo siguiente que recuerdo ya es estar esposado al lateral de la cama del hospital y un poli en la puerta de la habitación. Juicio, cárcel y calle.

»Cuando salgo me pego unas semanas de fiesta y me lanzo a buscar la pasta que se me adeudaba, creyendo que Solé ya había salido del trullo. Pero no, cuando llego a su casa veo a la hermana nada más. Supuse que ella tenía guardado el dinero. Me meto en su casa y la amenazo con un cuchillo y me termina llevando a una huerta que tienen en la nacional. Una vez allí me vacila y empieza a decirme que no tengo huevos y que si estuviese su hermano no me atrevería a hacer eso. Yo qué sé… estaba colocado… borracho.

—¿Y la mataste, sin más?

—Me temo que sí. Entonces me asusté, cogí su coche y salí disparado hacia la nacional y fue cuando se me cruzó el ciclista y me lo llevé puesto. Supongo que no era mi mejor día.

—Joder, Arti. La has liado pero bien.

—¿Crees que tu marido va a chivarse? —cambias de tema.

—No, me ha costado un poco, pero hoy te va a aguantar.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de mantenerte controlado, por eso se va a quedar Larry haciendo guardia esta noche. Me has costado una buena bronca con mi marido, Arti, así que pórtate bien.

FERNANDO SOLÉ

Mercedes está esperando a Fernando con un gesto a medio camino entre la preocupación y enfado; una mueca muy maternal.

—Ha estado aquí el guardiacivil que investiga lo de tu hermana.

—Lo sé, me ha llamado hace un rato. Va a venir esta tarde.

—Le he dicho que has ido a por Arteaga.

—No deberías haberle dicho eso. —Fernando saca una lata de cerveza del frigorífico.— No tienes que meterte en esto.

—Estás poniendo en peligro tu vida, y eso me preocupa.

—No voy a discutir esto contigo —sentencia mientras bebe un largo trago de cerveza—. Voy a ir a por él y no voy a parar hasta matarlo.

—O que te mate él a ti.

—Supongo que es un riesgo que he de asumir.

—No estás siendo justo conmigo. Yo he venido hasta aquí por ti y si ahora te vas, ¿qué hago yo?

—No va a matarme, le conozco bien y sé cómo actúa —dice en tono tranquilizador.

—Las guerras es mejor no empezarlas, luego no sabes cómo acaban.

—Yo no la empecé, te lo recuerdo. Fue él el que mató a mi hermana salvajemente.

—Que sea la justicia la que lo juzgue y lo condene, no tú.

—Muy bonito, pero la vida no funciona así. Al menos mi vida. No quiero ser grosero, pero si no te gusta…

—No tienes que hablarme así, ya sé dónde te conocí.

—¡Claro, un puto delincuente vocacional! ¡¿Por qué me escogiste a mí?! Quizás pensaste que podrías reformarme, ¿verdad? De todos los presos de todas las cárceles del mundo, tuviste que elegirme a mí.

Mercedes salió de la cocina hacia la habitación y allí se encerró, dejando en el aire una estela de decepción.

EUSEBIO MINAYA

Pasados unos minutos de las diez llego a casa de Sandra, que me recibe con una camiseta larga y las piernas desnudas. Reparo en la belleza de su sonrisa y en el color natural de su piel sin maquillar.

La cocina está empantanada. Me quedo en la puerta observando sus movimientos.

—Estoy haciendo la cena —me dice acelerada.

—¿Y qué estás haciendo?

—Tortilla de queso *camembert*, y de acompañamiento unos tomatitos cherry.

—¿Y todo este jaleo para eso? —bromeo—. Espero que esté buena al menos.

—La mejor que has comido en tu vida —sentencia—. ¿Por qué no abres una botella de blanco?

Obedezco seleccionando la primera que veo en un botellero de madera. Cuando me giro está de puntillas cogiendo dos copas de una vitrina. Me quedo absorto adivinando el *culotte* que aparece fugazmente al final de la camiseta.

Termina de hacer la cena mientras liquidamos la primera copa de vino.

—¿Te gusta el vino?

—Está muy bueno, sí.

—Me lo regala el comercial que viene al restaurante. Creo que le gusto.

—Que no se entere de que estás compartiéndolo con otro —bromeo.

Cenamos en el salón, en una mesa baja y con la televisión apagada. Después de dar vueltas a los pormenores de sus dos trabajos pasamos al mío:

—La gente habla mucho de la chica asesinada. Dicen que el asesino es del pueblo. ¿Es verdad?

—No me apetece hablar de eso, la verdad. Me gustaría desconectar un poco.

—Sí, claro —responde de forma poco sincera—. Comprendo.

—Pero tranquila, estamos cerca de cogerlo —miento—. Es

cuestión de un par de días. Además—prosigo—, no es un asesino en serie ni nada de eso.

—Vale, vale. No hace falta que me lo cuentes si no quieres.

—Es igual, te lo cuento. El tipo estaba en Dénia esta mañana, parece ser. Sin dinero y sin medio de transporte. Por lo visto, también desarmado. No debe andar muy lejos.

—Busca en casa de sus padres —sugirió.

—Ya lo hice, sus padres no quieren saber nada de él.

—Cuando hay problemas siempre se vuelve a casa.

—Te digo yo que no, que los padres no van a acogerle. Hablé con ellos y lo tienen superado. Es como si su hijo hubiese muerto para ellos.

—Lo que tú digas —dice mientras recoge los platos de la mesa—. Tú eres el profesional.

Aprovecho para levantarme del suelo sin poner en evidencia mi edad, tengo las piernas entumecidas y las rodillas encasquilladas. Hago unos rápidos pero eficaces ejercicios de estiramiento que me dejan como nuevo. Recojo los manteles individuales y los llevo a la cocina.

—¿Vas a querer más vino o recojo las copas?

—No, tráelas, por favor.

Nos sentamos en el sofá y nos ponemos una película. Una comedia bien ejecutada es lo mejor para relajar la mente al final del día. Me agarra el brazo y lo pasa sobre su cabeza acomodándose en mi pecho. Igual debería dejar de fumar y hacer algo de ejercicio: parece que hay alguien por quien merece la pena cuidarse.

FERNANDO SOLÉ

No salió hasta veinte minutos antes de las siete. Fernando ni siquiera había intentado mitigar el enfado. Se echó en el sofá y se durmió una siesta después de comer un bocadillo frío. Cuando ella llegó al salón, se sentó en el sofá individual sin decir nada. Sin embargo, cuando Minaya llamó al timbre, lo recibió con la mejor de sus sonrisas, lo que molestó a Fernando. Los dejó a solas en el salón; ella, desde la cocina, intentaba escuchar.

La conversación parecía tensa. Fernando seguía empeñado en llevar a cabo su venganza contra Arteaga y el guardia intentaba hacerle entender que la mejor venganza era llevar a Arteaga a prisión y que cumpliese su condena.

Mercedes, desde su posición, pensaba en dónde coño estaría todo ese dinero que había generado esta guerra entre dos amigos de juventud. Por un lado, quería creer a Fernando cuando decía que no tenía el dinero; por otro lado, era difícil pensar que no lo tuviese.

El sargento salió de la casa acompañado por Fernando, que vuelve a la cocina y se para frente a Mercedes.

—Lo siento —le dice—, no debí hablarte así. He sido un cafre.

—Yo tampoco he estado bien —responde—, es sólo que no quiero que te hagan daño.

—Oye, cariño. No va a pasarme nada. Después de matar a ese hijo de puta volveré y pondremos tierra de por medio con el puto dinero.

—¿Entonces lo tienes? ¿Dónde?

—Confía en mí, es mejor que no lo sepas.

Ella se acercó y lo besó suavemente; él sintió sus finos labios y continuó con el beso. Ella le cogió de la mano y le subió a la habitación; una vez alli, se desnudó. A la luz del día, su cuerpo se veía naturalmente bello. Admiró durante un momento su cuerpo desnudo; sus pechos redondos y su pubis coronado con una fina línea de vello. Ella comenzó a desvestirle con mimo. Un proceso lento y ceremonioso, sin las prisas de los vis a vis.

Después de hacer el amor se fueron a tomar unas copas a un bar de la playa. Es un sitio famoso por sus cócteles. La brisa marina hacía

la velada aún más agradable. Ambos se miraban ensimismados mientras tomaban su piña colada ella y un San Francisco él.

De camino a casa, cuando no había gente, ella se ponía a jugar a besarle y a meterle mano. En un rincón oscuro, donde nadie los veía, ella se quitó las bragas con la dificultad añadida propia de haberse tomado un par de copas, se las enseñó y las metió en el bolso. Él se quedó perplejo ante tal muestra de picardía y procedió a palpar el culo desnudo bajo la falda. La llevó contra la pared y comenzó a acariciarla. Ella le cogió la mano y, con impostada timidez, comenzó a andar a paso ligero hacia la casa. Él la siguió con aquella sensación de cálida humedad en sus dedos.

DÍA 4

FABIÁN ARTEAGA

Te despiertas muy temprano, demasiado temprano. Has pasado la noche intranquilo, despertándote casi a cada hora. Apenas son las ocho de la mañana y ya estás en pie, dispuesto a salir por la puerta de tu jaula-suite de lujo, sexo y alcohol. Tocas la puerta, nadie contesta. Tratas de abrir pero está cerrada con llave. Vuelves a aporrear la puerta. Definitivamente el tipo de seguridad se ha ido a dormir. Desistes.

Te tumbas en la cama y empiezas a darle vueltas a las cosas. Al fin y al cabo, lo único que te queda es huir hacia adelante. En realidad, es lo que llevas haciendo desde que saliste de la jaula. Pudiste tomar otro camino, pero querías venganza. Pudiste empezar de cero, pero decidiste retomar tu vida anterior, como si no hubiesen pasado los años, como si todo siguiese siendo igual.

Al rato, Laia abre la puerta.

—Puedes irte, prisionero —bromea.

Sales por la puerta y le das las gracias; con la cabeza alta, aparentando indiferencia. No entablas diálogo porque no quieres crear más problemas. Tu siguiente parada es Gala. Como diría aquel compañero de celda, Pipo, un tipo al que le dio por abrazar la religión: si algo puede sacarte de esto, es el Amor.

FERNANDO SOLÉ

Cuando se despertó, Mercedes ya no estaba en la cama. Se quedó un momento tumbado, observando la luz que entraba por la rendija de la persiana y rememoró las mejores imágenes de lo que él creía una noche redonda. Un poco de alcohol, un poco más de sexo, sucio por momentos, y unas buenas dosis de complicidad, que falta les hacía. Era la primera noche en la que se habían soltado la melena y se habían mostrado tal y como querían ser. Él al menos se había sentido libre por primera vez en muchos años; un sentimiento que contrastaba con la tristeza por el asesinato de su hermana. Se sentía extraño, desde luego, pero ya no se sentía solo.

Se levantó de la cama, subió la persiana sin hacer mucho ruido y miró por la ventana. Se dejó acariciar por el sol y se vistió.

Las sensaciones no eran las mejores. De vez en cuando pensaba en su hermana y en Arti. Pero pensaba en ello como el que tiene que hacer un trámite administrativo. Sabía que, si no le atrapaba antes la policía, iba a venir a saldar cuentas. Era difícil que la policía lo cogiese ya que era un tipo muy listo y conocía el terreno mejor que nadie. Por mucho que se le cerrasen los caminos de escapatoria, siempre encontraría una salida.

Abrió la ventana con la intención de airear la estancia, pero el calor era abrumador; cerró la instante.

Era temprano, así que pensó que todavía tenía tiempo para dar un paseo por la orilla con su pareja. Los malos no madrugaban, al menos en su época.

Bajó tranquilamente las escaleras buscando a Mercedes, dispuesto a llevarla a pisar la arena de la playa.

—Buenos días —dijo desde el último peldaño.

—Buenos días, amor —respondió ella desde la cocina.

—Nos vamos a la playa, ¿te apetece?

—Desayunemos primero, ¿no?

—Bah, coge las llaves y nos vamos. Ya comeremos algo luego.

—Déjame que me cambie al menos.

Le dio un beso al pasar a su lado y se deshizo de la vieja camiseta que usaba para estar en casa mientras subía a la habitación. Su

espalda quedó desnuda; desapareció por la puerta de la habitación y, poco después, salió con un vestido azul con ligero vuelo. No le había dado tiempo ni a ponerse un sujetador, sus pechos quedaban a merced de la naturaleza.

La esperaba impaciente con la puerta ya abierta.

—Un momento —recordó apremiada por el gesto de Fernando—, cojo el móvil y nos vamos.

—Ni te molestes, ni móvil ni nada. Que nos dejen tranquilos un rato.

EUSEBIO MINAYA

Salgo de casa de Sandra mucho más temprano de lo habitual para irme a mi casa, ducharme y ponerme ropa limpia. Me detengo a mirarme en el espejo: el cinturón de grasa me sobra, sin duda, pero no es algo que no se pueda solucionar con un par de meses de comer bien y retomar mis carreras matutinas. No va a ser fácil recuperar el ritmo después de diez años sin dar un paso más largo que otro. Igual tengo que comprarme unas zapatillas nuevas y algo de ropa deportiva acorde a la moda y, quizás, también, unos auriculares inalámbricos.

En la ducha no pienso sólo en mi plan de adecentamiento corporal, también me da tiempo a pensar en eso que dijo Sandra sobre volver a la familia. Tiene sentido, por su puesto, que Arteaga se refugiase en casa si las cosas venían mal dadas. Si me pongo en su pellejo, vagaba sin dinero y sin un techo, perseguido por la policía y por su amigo Solé. El recurso más fácil eran sus padres, por mucho que para ellos estuviese muerto.

Salgo de casa con la intención de ir al cuartel, al menos eso creía yo, porque al llegar a una glorieta decido, acaso inconscientemente, tomar la segunda salida, que me lleva irremediablemente al casco urbano, en concreto a la iglesia de Sant Roc. El subconsciente es terriblemente sincero, igual te hace delatarte en un interrogatorio por un leve picor en la nariz que te hace conducir hacia donde tú creías que no querías.

Es algo temprano para llamar a la puerta, así que decido tomar un café y fumarme un cigarro. Me quedan dos en el paquete. Cuando termine no voy a comprar más: si no tengo, no fumo. Veremos lo que me dura el ímpetu de construir un nuevo yo. Son las nueve y media cuando tiro el cigarrillo al cenicero de la terraza.

Abre la puerta la madre de Arteaga, que me da los buenos días y me espeta:

—Llega usted tarde, ya se ha ido —me dice mientras abre la puerta un poco más, invitándome a entrar. Cierra mirando hacia los lados, desconfiando de las miradas de los vecinos.

—No vengo a ver a su marido, señora.

—No me refiero a mi marido, me refiero a mi hijo.

Nos quedamos en el pequeño recibidor, alumbrados por un potente plafón de LED blanco.

—¿Ha estado aquí?

—Sí. —Sandra tenía razón, pienso.— Estuvo ayer por la tarde, se llevó algo de dinero y se fue.

—¿Y dijo dónde iba?

—No, pero venía en son de paz —me dice disculpándole—. Estaba sobrio, no lo veía así desde hacía mucho tiempo. Vino como a despedirse.

—Como a despedirse…

—Sí —me explica—, me dijo que sentía todo lo que nos había hecho y que si todo salía bien nos devolvería el dinero. Me dio un beso incluso.

—Entiendo. ¿Algo más?

—No, señor. Nada más.

—Gracias, señora.

Ya estoy vuelto hacia la puerta para salir, entonces me coge del brazo y me gira:

—No me lo maten, por favor. —La súplica me parte el alma.

—Si está en mi mano, no lo haremos. No puedo prometerle nada más. Adiós.

La puerta se cierra tras de mí. De camino al coche paso por delante de una tasca antigua, allí está el señor Arteaga de cháchara con sus amigos de barra de bar. Paso de largo sin que me vea, me meto en el coche y me voy al cuartel.

Informo a mi capitán y al juez de que Arteaga está en el pueblo y con ganas de marcha. Ponen sobre aviso a todas las unidades y a la policía local. Insisto en que me cambien de caso porque ya no tengo nada que investigar:

—No sea terco, Minaya —dice mi superior—. Hasta que ese tipo no aparezca usted no se mueve de la investigación.

Tengo la sensación de que esto no va a acabar bien y de que no puedo hacer nada por solucionarlo. Solé no quiere colaborar, los padres de Arteaga no saben nada más que lo que me han dicho y no conozco a nadie que pueda darme una simple pista.

A veces, preguntarte algo en voz alta ayuda a pensar: ¿Qué va a hacer este tío que se despide de sus padres como el que se va a la guerra? Vengarse de su colega de atraco, claro. Y también recuperar el dinero que robaron de allí. Pero lo importante no está ahí, la pregunta clave es quién le falta por despedirse. Cojo el teléfono y hago una llamada:

—Dígame.

—¿Señora Arteaga? Soy el sargento Minaya.

—¿Le han encontrado ya?

—No, todavía no, pero tengo una pregunta: ¿tenía Bernardo alguna novia cuando era joven? Alguna especial, ya sabe.

—¿Especial?

—Sí.

—Pues especial… Gala, ahora es profesora del instituto de aquí del pueblo.

—¿Apellido?

—Ramírez… y el segundo no lo sé.

—Es suficiente. Muchas gracias.

—Espero que sirva de algo.

Nada más colgar llamo al cuartel y le pido a Félix la dirección de Gala Ramírez, profesora de instituto.

La casa no está lejos de donde estoy por lo que prefiero ir andando. Mientras lo hago pienso en qué haré si me topo con él. Siempre es mejor pensar en todo, por remota que parezca la posibilidad de que algo suceda. Quizás tendría que pedir algún apoyo. También es cierto que todo son conjeturas y que es muy probable que no aparezca por ahí. De todas formas, no tengo nada mejor que hacer y la idea, sin ser brillante, es plausible. Decido llamar a mi comandante para pedirle ayuda:

—Buenos días, mi comandante.

—Buenos días, Minaya. Cuéntame.

—Verá… señor, creo que sé cuál es el siguiente paso de Arteaga y me vendría bien algo de ayuda.

—¿En base a qué cree usted lo que cree?

—Es un presentimiento, señor.

—Le mandaré a Félix y a Sánchez —dice en tono paternal—. Les diré que se pongan a sus órdenes de inmediato.

—Agradezco la confianza, comandante, pero le recuerdo que estamos ante un violento criminal reincidente.

—Y yo le recuerdo a usted que sólo tiene un presentimiento, sargento.

—Sí, señor. Muchas gracias, espero que salga todo bien.

—Sí, sí… Adelante, Minaya. Buena suerte.

FABIÁN ARTEAGA

Te dijeron que el piso de Gala es ese, te lo han asegurado; lo que pasa es que para encontrarte con alguien tiene que coincidir dos vectores: el tiempo y el lugar. Quizás esté de vacaciones en Madrid, por ejemplo. A menudo la gente de costa se va a sitios más tranquilos en verano. No tienes forma de saberlo, sólo tienes paciencia, cultivada durante meses y meses de cárcel. Apenas son las nueve de la mañana y eres un tipo sombrío esperando un *alomejor*. Entonces alguien abre el portal desde dentro. Primero sale un perro de tamaño medio tirando como si le fuera la vida en ello. Detrás, al final de una correa morada, sale Gala.

Te aseguras de que no te vea.

Está tan guapa como siempre, figura esbelta y piel bronceada. Sigues desde la distancia los primeros pasos de su paseo con la mascota. Lleva unos pantalones cortos, una camiseta deportiva y una gorra con la coleta asomando. Tiene pinta de ser una de esas apasionadas del *running;* rezas para que no eche a correr en cualquier momento. El cable de los auriculares termina en un cinturón deportivo. Todo indica que el paseo va a ser largo. Llega al paso de cebra, aunque no viene ningún coche, el perro, obediente, se sienta y espera. Mira a su dueña como un robot. Ella busca un premio en su bolsa. Rebusca otra vez sin suerte. El perro muestra su ansiedad levantando el trasero del suelo. Ella acaricia la cabeza del perro pidiéndole perdón por no cumplir su parte del trato. Levanta al perro y desandan el camino hacia el portal.

Es tu momento. Miras a los lados y constatas que es la oportunidad que has venido a buscar.

Abre la puerta y entra, avanzas a paso rápido para llegar a pasar tras ella. Corres en el último momento adelantando tu mano y sujetas la puerta. Estás dentro. Ella te ha escuchado y se gira. Levantas la cabeza , no sabes si te reconoce. Disimula subiendo las escaleras. Tienes que correr tras ella. Subes a zancadas hasta el primer piso. Con los nervios, se demora en abrir la puerta; le das alcance a cambio de perder el resuello.

—Hola, soy yo —le dices con un hilo de voz—. ¿Me invitas a

pasar? Creo que necesito un vaso de agua.

Entráis en la casa. Ves con tristeza el miedo en sus ojos. Cierras la puerta tras de ti despacio, sin hacer ruido. El perro está bien educado, ni siquiera ha ladrado.

Agradeces que Gala sea una persona serena porque no sabes si podrías lidiar con una histérica. Te reconoce, incluso te ha ofrecido un café o un té. Quizás piense que será mejor no enfadarte. Estás sentado en un sofá mientras ella prepara dos cafés. El perro se ha tumbado en su cojín con la cabeza descansando sobre sus patas delanteras y te mira, interpretas que se pregunta qué pintas ahí o por qué has interrumpido su paseo.

Trae los cafés, los deja sobre la mesa de centro. Gala se sienta lejos de ti. El miedo, lejos de haber menguado, hace que se muestre cauta. Supongo que no sabe por dónde vas a salir, pero tampoco quiere alterarte.

—¿Qué quieres?

—¿No estás sorprendida?

—Supongo que sí.

—¿Me esperabas?

—Desde luego no tan temprano.

—Entonces me esperabas.

Una tímida luz de esperanza te ilumina los ojos.

—En algún momento me lo imaginé, pero no creía que fueras capaz de seguir en la ciudad después de lo que has hecho.

—¿Qué sabes de lo que ha pasado?

—Esto es un pañuelo, aquí se sabe todo. Resumiendo, te buscan por matar a Eva Solé y por atropellar a un ciclista en la huida. ¿Me equivoco?

—Podría explicarte lo que sucedió en realidad, pero sería muy largo.

—Mira, Arti, no tienes que explicarme nada, lo mejor que puedes hacer es entregarte cuanto antes —su tono es el de una madre. No lo pueden evitar, es su instinto maternal tendente a la protección—. No lo empeores.

—Por eso he venido, Gala —le dices con tu cara de niño bueno—. Vengo a pedirte que huyamos juntos.

—No puedes pedirme eso, lo sabes.

—Seremos felices, lo retomaremos donde lo dejamos.

—Nosotros no dejamos nada, éramos unos críos.

—Si lo nuestro no hubiese acabado —explicas convencido, engañándote a ti mismo—, ahora sería un hombre distinto, no me habría convertido en un criminal.

—Vamos, Arti, —Se mantiene a una distancia prudencial. Tienes la sensación de que huiría si pudiera, pero es buena, sabes que en el

fondo se apiada de ti— lo nuestro no fue más que un curso tonto. No puedes cargarme a mí con tus errores.

—Ya veo que no vas a venir. No te culpo, nadie en su sano juicio huiría con un tipo como yo. Simplemente creí que había algo entre nosotros.

Te levantas; ella se levanta también y te deja espacio libre para que agarres la puerta y te vayas.

—No llamaré a la policía —te advierte, trata de poner algo de su parte en un pacto por los viejos tiempos—, para mí es como si no hubieses estado aquí. Que tengas suerte, Arti.

Levantas las manos en señal de paz y te acercas a la puerta.

—Gracias —susurras cuando pasas a su lado—, supongo.

Cuando vas a agarrar el tirador de la puerta, como si el pulsador del timbre estuviese conectado al tirador, suena una chicharra electrónica. Te llevas un susto tremendo que activa tu modo de supervivencia. Rápidamente le haces un gesto para que se mantenga en silencio. Ella obedece. Te acercas a la mirilla: dos hombres; uno de ellos uniformado con el verde de la Guardia Civil, el otro vestido con un polo rojo veraniego, turístico mejor dicho. Ella tiene los ojos abiertos, sorprendidos, fastidiados; ya casi se había librado de ti y ahora esto.

—Dame algo de tiempo, por favor —le suplicas mientras agarras un cuchillo de un surtido que hay sobre la encimera de la cocina y buscas la habitación por la que saltar a la calle. Al fin y al cabo es un primero, nada que no hayas hecho otras veces.

El timbre vuelve a sonar. El perro, ya mosqueado, ladra a su dueña no vaya a ser que ella no hubiese escuchado la chicharra.

—Somos la Guardia Civil —se escucha al otro lado— no se asuste, sólo necesitamos hacerle unas preguntas.

Tú ya has elegido la ventana por la que vas a saltar; empiezas por descolgarte desde el poyete. De ahí, al suelo. Doblas una esquina, un agente despistado mirando su móvil. Estás en disposición de clavarle el cuchillo sin piedad; sería la forma más sencilla y efectiva de hacerte con su pistola. Siempre hay que minimizar los riesgos; siempre, salvo hoy.

EUSEBIO MINAYA

Me planto en la puerta de la casa de Gala Ramírez *profesoradeinstituto* con Félix, por aquello de que viese un uniforme al abrir. Dejamos a Sánchez abajo, debidamente escondido para no ahuyentar a la presa. El portal estaba abierto porque la mujer encargada de la limpieza está aireando la escalera.

Llamo al timbre, espero unos segundos. Insisto con una pulsación más larga, impaciente. Un perro ladra al otro lado. Se oye una voz detrás de la puerta que anticipa la llegada de la inquilina. Tarda un poco, nos ponemos en alerta. Se oye de nuevo la voz de una mujer implorando un segundo de nuestra paciencia. Insisto golpeando la puerta con los nudillos. Félix se impacienta y me hace un gesto como pidiéndome permiso para sacar el arma. Le pido calma con el universal gesto de empujar el aire hacia el suelo con las palmas de las manos. Al fin se oye el ruido del cerrojo tras la puerta.

Se presenta una mujer de menos de cuarenta años en chándal y un perro de tamaño mediano ladrando tras sus zapatillas de *running*. La mujer pregunta con fingida sorpresa qué nos trae a su puerta. Llevar dos conversaciones a la vez no es complicado si conoces los mecanismos. Una conversación es puramente dialéctica; la otra es sutil y velada, es la conversación de los gestos casi imperceptibles, de las muecas que no se pueden disimular.

—Buenos días, somos de la Guardia Civil. Yo soy el sargento Minaya y él es guardia Félix Solana. ¿Es usted Gala Ramírez?

—Sí, soy yo. ¿Pasa algo?

—No, simplemente nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Claro, díganme.

Ya es raro que no muestre extrañeza real por nuestra visita. Cualquiera con dos nociones básicas sabe que las primeras reacciones de alguien que ve a la policía a la puerta de su casa son de desconcierto y desconfianza. Ella está incómoda y no nos deja pasar, lo que me hace pensar que algo esconde.

—Verá, señora Ramírez —le digo—, no es un asunto para hablar en un descansillo. Si pudiéramos pasar…

—Claro, claro —responde mientras nos permite pasar a un salón

austero pero con personalidad— . Entren, por favor. Denme un segundo, voy a encerrar al perro.

No hay motivo para guardar al perro, que se ha portado muy bien hasta ahora. Dejo a Félix de pie cerca de la puerta, como medida de precaución. Estoy tenso: me da la sensación de que he acertado, el tipo está aquí.

Gala vuelve después de darle al perro un hueso de mentira y le pide que se porte bien. Me percato de que también ha cerrado la puerta de otra habitación. Podría ser simplemente que tiene la cama sin hacer. Se va hacia la cocina mientras nos ofrece algo de beber —curiosa costumbre hospitalaria, por cierto—. Ambos rehusamos la invitación. Voy tras ella y le pregunto en voz baja:

—¿Está en la habitación?

Me mira a medio camino entre la sorpresa y el alivio y asiente con la cabeza.

—Debajo de la cama —susurra.

—¿Va armado? —le pregunto.

Me señala el hueco que queda en el soporte cuchillero. La mando al descansillo para protegerla. Le digo a Félix que me apoye. Él habla a su vez a Sánchez a través del *walkie* y le previene por lo que pueda pasar, pero no recibe respuesta.

Nos acercamos a la puerta cerrada y abro con fuerza; me quedo fuera apuntando al vacío un segundo, esperando la reacción de Arteaga. Me asomo con cuidado a la estancia. Parece que no hay nadie. Doy una patada a la cama:

—¡Sé que estás ahí, desgraciado! ¡Sal ahora mismo!

Me agacho a mirar debajo de la cama como un padre en busca del monstruo que ha visto su hija. No hay nadie, ni monstruo ni Arteaga. Félix repara en la ventana abierta y me lo hace saber.

—¡Avisa a Sánchez! ¡Rápido! —le grito según salgo por la puerta a toda prisa.

Félix corre detrás de mí gritándole al *walkie.* Bajamos las escaleras a toda velocidad dando grandes zancadas. Casi me caigo en el penúltimo salto. No es fácil correr empuñando un arma. Desde dentro del portal veo a Sánchez tirado en el suelo con el uniforme manchado de sangre en el costado derecho, por debajo de la axila; y más abajo, justo por encima del cinturón.

—¿Sánchez, estás bien? —asiente con la cabeza—, ¡Félix, llama a la ambulancia! ¡Guardia herido por arma blanca!

Levanto la cabeza para observar a mi alrededor. No hay rastro del sospechoso; un hombre me dice que ha huido en dirección a la playa. Es igual, le he perdido la pista. Ahora lo importante es ocuparse de Sánchez, a ver si llega pronto esa puta ambulancia.

Busco en el móvil el teléfono de Fernando Solé. LLAMAR.

No contesta.

—¡Félix, en cuanto llegue la ambulancia nos vamos cagando hostias a casa de Solé!

FABIÁN ARTEAGA

No vas a dejar de correr hasta no verte a salvo. Miras hacia atrás y no ves que te siga nadie. La decepción te persigue, no te abandona. Ya has doblado dos esquinas, ya puedes dejar de correr. A lo lejos se escucha el *petardeo* de un ciclomotor. Estás exhausto, no te vendría mal cambiar de medio de transporte. El ruido se va acercando; viene directo hacia ti. Se detiene a apenas diez metros, el chaval busca algo en el cajón bajo el asiento. Cuando levanta la cabeza ya estás a su lado. Le pides por favor la moto, te dice que te pires; le enseñas la culata de la pistola sujeta con la cinturilla del pantalón, bajo la camiseta. Le dices que la encontrará en el aparcamiento del puerto, le prometes que la dejarás intacta.

Callejeas un poco por el barrio que va paralelo a la playa para ir hacia la casa de Solé. No tienes tiempo que perder ya. Hay una opción de cogerle con la guardia baja. Además, la Guardia Civil ya sabe lo que quieres, es el momento de actuar, y estás solo en esto.

La moto emite un zumbido peculiar. Llegas al puerto y aparcas en el hueco que hay reservado para motos, que está casi completo. Te estás ablandando, y eso no es bueno. Compruebas que la pistola sigue en su sitio. Avanzas por el paseo de la playa con la mirada puesta en la casa de Solé, que destaca al final de la calle. Llevas la mirada hacia la playa, apenas hay gente. Algunos viejos hacen ejercicio en la arena y alguno que otro se baña en la tranquilidad de las primeras horas del día, luego llegarán los turistas y romperán la tranquilidad. Cuando vuelves la vista hacia tu destino, no puedes creer lo que ves. De la casa de Solé, a apenas cien metros, sale una pareja de enamorados cogidos de la mano. Te paras en mitad de la calle.

Te quedas disimuladamente junto a un coche, como si fuera tuyo. No puede resultar tan fácil. Es como si el gato viese a los ratones salir de su escondrijo sin miedo ninguno, confiados. Apartar la mirada te resulta imposible. Hace tiempo que no ves a Solé, pero sabes que es él. Mantiene ese inconfundible andar, con los hombros hacia delante. Además, ha salido de su casa, tiene que ser él.

Salen directos a la playa. Avanzan por el paso de madera; al llegar a su final, se quitan las chanclas y posan sus pies descalzos en la

arena.

Los ves avanzar cogidos de la mano, en dirección al agua, que rompe en pequeños montículos de espuma. Mar calma, sosegada. Observas desde la distancia el andar tranquilo de una pareja que es como las demás, que parece como las demás. Pero la mitad de esa pareja te debe algo, algo que no es sólo cuantificable en moneda de curso legal, te debe una explicación. Tiene tu dinero, lo sabes porque le conoces. Era un tipo que medía cada paso, que miraba siempre al futuro. Un hombre así no dilapida esa pequeña fortuna; además, no ha tenido tiempo.

Eso también te lo debe, te debe toneladas de tiempo.

No dejas de mirarlos: dos enamorados caminando antes de que el sol pegue con fuerza. ¿Es eso que sientes envidia? Claro que sí, envidia de un amor que te ha sido esquivo toda tu vida. ¿O acaso lo has rehuido tú?

Ni tu madre te quiere ya. Sin amor no eres nada. Nunca te has preocupado por estar cerca de los demás, siempre has sido egoísta, es lógico que ninguna mujer te haya querido acompañar en este viaje. Si no tienes amor, nada te sirve.

Ves que se sientan mirando al mar: es tu momento. Es hora de agarrar al destino por la solapa, darle la vuelta y zarandearlo hasta que se le caiga de los bolsillos todo tu dinero. Vas a acabar con esta vida de mierda. Palpas la pistola en la cinturilla del pantalón y buscas el paso de madera hacia otra vida.

EUSEBIO MINAYA

Me bajo del coche a toda prisa. He intentado llamar a Solé durante el trayecto, pero no ha habido forma de contactar con él. Llamo al telefonillo. Tampoco hay respuesta. Al fin sale la vecina de Solé, la mujer mayor.

—Buenas —me saluda—, no están.

—¿Sabe dónde han ido?¿Iban juntos?

—Se han ido andando. No llevaban nada, supongo que habrán ido a pasear por la playa.

—Gracias.

—¿Quiere que les diga algo si vuelven?

—Que me llame. Soy Minaya, de la Guardia Civil.

Llevo a Félix pegado a mis talones; voy andando sin rumbo fijo. La playa es grande pero todavía está casi vacía. Si están allí será fácil verlos.

Hay dos cosas importantes a la hora de buscar algo: conocer lo que buscas y tener la certeza de que está allá donde lo estás buscando. Cuando una madre va a un cajón a buscar ese pendiente es porque sabe que está ahí, no tiene duda: tiene que estar ahí, por lo que no cede hasta encontrarlo. Precisamente eso es lo que no tenía por seguro, no sabía a ciencia cierta si estaban ahí.

Por eso, después de otear la playa desde la acera, ya empezaba a darle vueltas en la cabeza a alternativas donde seguir la búsqueda. Entonces Félix me dio un codazo y me señaló en dirección a unos contenedores de barco que hacen las veces de almacén para una empresa de diversión acuática. Mirando en esa dirección, pero mucho antes de los contenedores, en plena playa, había un grupo de tres personas.

No puedo asegurar que sean ellos. No hasta que nos damos cuenta de que uno de ellos empuña una pistola.

FERNANDO SOLÉ

Se sentaron sobre la arena, todavía fresca, de la playa y contemplaron el mar. Era una balsa. El Mediterráneo a veces parece así de dormido. Leves olas dejaban un sonido que no se olvida. Cuántas veces, en su celda para dos, Fernando Solé lo había recordado segundos antes de dormirse. A él, que nunca agarró un libro por diversión, le gustaban ciertas expresiones manidas: el rumor de las olas.

Alguna persona había escuchado esos sonidos, como susurros que cuentan historias de marinos y barcos, de sirenas y pendencieros piratas. El rumor de las olas estaba escuchando Fernando Solé cuando una voz conocida, y en parte esperada, le pidió un cigarrillo.

Al levantar la cabeza vio un rostro más demacrado de lo que creía que se iba a encontrar. «Las expectativas tienen estas cosas», piensa mientras le oye hablar.

En mitad de una breve charla, Fernando hizo un amago de levantarse para atacar, pero su interlocutor reculó y le enseñó un arma. Justo después, una visión se elevó desde el subconsciente hacia su cerebro, haciendo cambiar incluso el tamaño de sus pupilas. Fernando intentó que no se notara que estaba afectado. Miró a Mercedes, que se movía incómoda. Necesitaba ganar tiempo y comprender, por eso no debía poner nervioso a Arteaga.

Entonces ella lanzó todas las cartas al aire y las reglas del juego se fueron con el viento.

FABIÁN ARTEAGA

Caminas con dificultad por la arena. Vas por su espalda, no por cobardía, sino para pillarle por sorpresa. Los pies se te hunden en cada paso y el sol ya pega con fuerza en la parte derecha de tu cara. Pasas junto a ellos y te detienes. Le pides un cigarrillo, lo primero que se te ocurre. Él reconoce tu voz al instante y levanta la cabeza. Sientes una ligera flojera en las rodillas.

—No pensé que tuvieses cojones a venir, Arti.

La mujer a su lado ya sabe de qué va todo esto y parece que quiere decir algo, pero él la frena.

—Sólo quiero mi parte, ya lo sabes —le dices sin convicción—. Además, es lo justo, y tú eres un hombre justo.

—Debería matarte aquí mismo.

Hace un amago de levantarse. Se lo piensa dos veces cuando das un pasito atrás y te levantas la camiseta levemente, dejando a la vista la empuñadura de la pistola. Es un gesto que siempre funciona, doblega voluntades.

—Mataste a mi hermana, desgraciado. ¿Crees que eso fue justo?

—No estoy orgulloso de eso, Nando —hablas con toda la sinceridad que te queda—. Creí que guardabas el dinero ahí, sólo iba a coger mi parte, te lo juro. Pero ella empezó a reírse de mí y a decirme que no tenía huevos a hacerle daño y…

—Y la mataste a golpes, hijo de puta.

—No podemos seguir discutiendo esto, Nando. Dime dónde está mi pasta y asunto arreglado.

—No tenemos ningún dinero —dice la mujer que está con él—. Estamos intentando empezar de cero.

Es una mujer menuda, de cara redonda y ojos pequeños.

—¿Y esta quién es? ¿Tu novia?

—Me llamo Mercedes, malnacido.

—Anda, Mercedes, te llamas igual que una que me escribía a mí. Una mujer persistente, sin duda. Una de esas que se enamoran de tipos peligrosos que están cumpliendo condena. Insistió en venir a visitarme, pero no le hice ni caso.

Ves algo raro en la cara de Nando. Ha sido una décima de

segundo, un instante. Una inflexión en el gesto. Ha sido algo que no puedes explicar. Quizás le haya dado un reflejo del sol en alguna ventana, quizás un anónimo grano de arena. Quizás haya sido un recuerdo. No sabes qué ha sido, pero te hace ponerte a la defensiva. Algo viene, estás seguro.

FABIÁN ARTEAGA

¡Joder! La tía te tira arena en la cara y te hace retroceder. Tratas de sacar la pistola. Nando se te echa encima y te deja en el suelo con un placaje que además te ha dejado sin aire. Has sentido su hombro por debajo de tus costillas. Intentas que no te quite el arma. Llegas tarde, ya que es lo primero que ha hecho. Se levanta y te encañona.

—No me jodas, Nando —dices desde el suelo—. ¿Con un puñado de arena en la cara?

Estás indefenso, vendido. Por suerte, conociendo como conoces a Nando, sabes que no va a disparar. Al menos crees que no va a disparar. Quizás la cárcel lo haya cambiado. No sabes qué decir.

—¿Vas a disparar, Nando? —sueltas sin pensar, pero en ese momento algo te hace gritar— ¡Hazlo ya, desgraciado!

FERNANDO SOLÉ

Todo había cambiado súbitamente para la pareja de enamorados. La pistola estaba en su poder y, en el suelo, está Arti, el tipo demacrado. Nando mira a Mercedes en busca de una explicación. Ella mide, pesa mejor dicho, sus palabras antes de empezar a hablar. Para contar toda la verdad hay que elegir bien el principio. No es apropiado empezar un relato y tener que volver atrás una y otra vez para hacer pequeños incisos que completen la historia. Es mejor tomarse unos segundos para ordenar la historia en la cabeza. Así lo hace Mercedes, que, al fin, empieza a contar:

—Uno de ustedes dos mató a mi hermano —soltó, y las miradas de los dos hombres se cruzaron.

Ellos sabían quién apretó el gatillo aquella noche. Pero querían saber más antes de confesar.

—¿Qué es eso de “tu hermano”? —preguntó Solé.

—Yo creo que es bastante fácil de entender. El hombre al que matasteis y por el que pasasteis años en prisión era mi hermano.

—¡No me jodas!

—Pero, ¿tú estabas allí? —pregunta desde el suelo Arti.

—No, claro que no —responde ella con tranquilidad—. Donde sí estuve fue en el juicio, y fue allí, viendo vuestras cobardes defensas, cuando me propuse hacer justicia de verdad y recuperar ese dinero que escondéis.

—Fui yo. —Arteaga levanta la mano y confiesa el asesinato del hermano.

—Bueno, eso ya casi me da igual. —Sus palabras suenan a una victoria a medias.— Ahora quiero saber dónde está el dinero.

—¿Me has tenido engañado todo este tiempo? —Solé parece haberse quedado anclado en la parte anterior de la historia.

—Lo siento, Fernando —se disculpa con sinceridad—. Sé que no eres mala gente, pero no me enamoré de ti.

—Supongo que esto lo hace todo más fácil, ya nada me impide hacer esto.

Solé aprieta el gatillo con todas sus ganas dos veces y los disparos se pierden en la playa. El sonido se difumina en el diáfano mar; sólo

después de unas décimas el ruido de los disparos rebota en las casas más cercanas y produce sendas réplicas de las detonaciones.

El pecho recibió el primer disparo, a esa distancia no podía errar; el segundo, producto del nerviosismo, impacta en el cuello, lo que produce que la sangre abandone el cuerpo de Arteaga a borbotones.

Fernando Solé se gira para mirar a los ojos a Mercedes, que todavía no digiere lo que acaba de pasar. Una arcada le ha venido a la garganta, pero la ha conseguido aplacar.

—Yo maté a tu hermano, Mercedes, es justo que lo sepas. No fue Arteaga, si he matado a este hijo de puta es por lo que le hizo a mi hermana.

Una voz lejana interrumpe a Solé, que se vuelve a mirar al guardiacivil que le apunta desde una distancia prudencial. Solé vuelve a mirar a los ojos de Mercedes:

—Lamento tu pérdida, créeme, sé lo importante que es la familia, es lo único que nos queda al final.

—¡No te lo vuelvo a decir, Solé, suelta el arma! —Otra vez esa voz grave, autoritaria.

—¡Minaya! —contesta Solé gritando al aire— ¡Me prometí a mí mismo que no volvería a entrar!

Solé hace una pausa esperando una respuesta de su interlocutor. La respuesta no llega, así que Solé pone el cañón de la pistola justo bajo la barbilla:

—¡Y soy un hombre de palabra!

EPÍLOGO

EUSEBIO MINAYA

Han pasado ya tres meses desde que se resolvió el caso y una duda da vueltas en mi cabeza. Es como un dolor de muelas, va y viene, y no me deja vivir con normalidad. No consigo encontrar a Mercedes, simplemente quiero hablar con ella, ver cómo está. Fui incluso a casa de Solé, donde pensé que se habría quedado a vivir, pero no estaba. Hablé con los vecinos de Solé, aquella entrañable pareja, jubilado y señora, que tanto querían a los Solé. No se mostraron muy habladores, sobre todo él, que iba a remolque de lo que dijese su mujer. Me dijeron que la muchacha se había ido un par de semanas después de la muerte de Fernando, al enterarse de que no le dejó nada en el testamento. Lo único que ella les dijo es que se volvía a Madrid, donde tenía una prima o una amiga.

Al principio me pareció un movimiento normal, al fin y al cabo nada la ataba a esta tierra mediterránea, pero la duda me perseguía.

Empecé a hacer algunas averiguaciones: una llamada aquí, una visita allá, tocar un par de puertas, pedir un par de favores… Gracias a una labor policial paralela a la profesional conseguí conocer ciertos detalles interesantes que, lejos de lograr que mis dudas cesaran, las hacía crecer. Mi curiosidad iba en aumento con cada averiguación. El último movimiento de su cuenta bancaria, sin contar alguna domiciliación, era de una tarjeta de débito: un cargo de un billete de tren a Madrid. La fecha era cercana a los días que me dijeron los jubilados. No había más movimientos. La cuenta bancaria se había detenido en un saldo de algo más de tres mil euros. Ese fue el dato que me hizo volver al último sitio donde se la había visto con vida.

Por eso estoy aquí, frente a la puerta de la casa de los vecinos de Eva y Fernando Solé. Curiosamente, al acercarme, lo primero que escucho es el ruido de una persiana. Llamo al timbre de la puerta exterior y por el telefonillo se oye una voz de mujer. Me franquea el paso con el singular sonido del abrepuertas eléctrico. Cuando llego a los escalones de la entrada a la casa, la mujer ya está esperando con la puerta abierta.

El marido me acompaña al salón. Me siento en el borde del sofá, como el que no quiere manchar nada. Me ofrece una cerveza y,

aunque preferiría un refresco, rechazo el ofrecimiento. No quiero entrar de lleno en materia, pero tampoco quiero irme como he venido. Tengo que entender qué ha pasado aquí.

—¿Qué le trae de nuevo a nuestra casa, inspector?

—Llámeme Eusebio, por favor —respondo buscando un poco de cordialidad—. Vengo porque no consigo localizar a Mercedes, la novia de Fernando.

—¿Y para qué quiere usted ver a esa mujer?

—Cosas de papeleo, ya saben.

Ambos han cogido sillas para sentarse. Quieren mantener las distancias, no se fían de mí.

—Como le dijimos —siempre habla la mujer, el marido asiente y rara vez dice algo—, lo último que sabemos es que se iba a Madrid. En tren, creo.

—Sí, bueno, hay un cargo en su tarjeta de ese billete, pero no llegó a usarlo. No hay registro de su entrada en ese tren.

—Lo siento, no podemos decirle más.

—Yo diría que sí. —Intento ver por dónde respiran, sobre todo el marido.— ¿Usted no recuerda nada, señor? No sé, alguna expresión rara, algún gesto, una frase.

Niega con la cabeza. Ella, con su silencio, le permite hablar, como una madre reprimida en la consulta del pediatra.

—Es raro —continúo como pensando en voz alta—, la cuenta bancaria de Mercedes está prácticamente inactiva desde la fecha en la que tenía que haber cogido ese tren. Y hay dinero, no crean. ¿No les parece extraño?

—Pues sí, pero no sé qué tiene que ver con nosotros.

—No sé, cualquier policía le preguntaría a las últimas personas que la vieron con vida.

—Eso es lo que usted piensa, pero eso no es así. De aquí se despidió sin ningún problema.

—¿No estaba enfadada? Quizás saber que su nombre no figuraba en el testamento le enfadó.

—Contenta no estaba, desde luego, pero no podemos decirle más.

Sigue llevando la voz cantante ella, él hace los coros a su manera: pocos gestos y menos palabras.

—Yo creo que algo más pueden decirme. Si no me lo dicen a mí, tendrán que decírselo al juez.

—¿Sabe usted guardar un secreto, teniente?

—Por supuesto, pero soy sargento —respondo convencido de que va a doblegarse y confesar. Se acerca levemente a mí. Me inclino hacia delante para recibir la confesión.

—Yo también —susurra. Luego me guiña un ojo y sonríe con sorna. Luego se recrea en mi silencio avergonzado y sigue—. Pero le

voy a decir algo: no creo que sea usted capaz de que un juez llame a declarar a unos pobres ancianos por una persona de la que ni siquiera se ha denunciado la desaparición.

Trato de reaccionar ante el descaro de la mujer mientras el marido sonríe sin mostrar los dientes. He de reconocer que el vacile ha sido bueno y que he caído como un pardillo.

—Pues le advierto de que yo soy bueno destapando secretos, y tengo todo lo necesario para destapar el suyo. He localizado a la prima de Mercedes, ¿saben? Y, bueno, los tres mil euros que tiene Mercedes en la cuenta bancaria le corresponden a ella, así que puedo conseguir que ponga una denuncia por desaparición. Entonces todo se pondría en marcha. El juez autoriza registros —Miro al marido de vez en cuando en busca de un gesto que me permita saber más. Será algo fugaz, pero lo hará.—, pongamos, de su casa, de su huerta, una búsqueda en el río donde pesca usted…

En ese momento se remueve un poco en la silla. Ése es el movimiento que esperaba. Mis presentimientos ya son certezas. Ella también se mueve levemente en la silla y su mirada se pierde. Trato de apretar un poco más, pero ella ya no escucha, está pensando si confesar y minimizar daños o seguir negando los hechos y dejar que yo ponga en marcha el mecanismo de la Justicia.

Normalmente la gente no está habituada a cometer delitos, por eso es fácil saber por dónde respiran. Lo que acabo de hacer con este hombre, en realidad, es hacer trampas. Es como jugar con un niño. Si él no ha confesado ya es por miedo a su mujer, a su madre o a todas aquellas figuras de autoridad que durante la vida le han hecho así, sumiso, borrego. No espero que él se derrumbe estando ella delante, quizás haya dentro de él un sentido de la lealtad que le impediría derrumbarse incluso en la sala de interrogatorios. Esa lealtad de los hombres criados entre seres severos y de hablar recio.

—Al grano —dice ella— ¿Qué es lo que quiere?

—Podría empezar por contarme lo que ha pasado con Mercedes.

—He dicho al grano —responde enfadada—, eso son sólo palabras. ¿Quiere dinero? Podemos darle dinero.

El hombre abre los ojos y la mira sin entender por qué hace ese movimiento.

—Hace falta mucho dinero para tapar un crimen, señora.

—Me alegra que acceda a negociar. Tenemos ochocientos cincuenta mil en metálico.

—¿Del robo al mafioso ruso?

—No entremos en detalles, por favor. Ese dinero a nosotros ya nos no hace falta, con la pensión, la casa y la huerta que nos dejó Fernando en herencia podremos sobrevivir los años que nos quedan. Tampoco tenemos a quién dejarle nada, así que le damos ochocientos

mil y apañado. No puedo ofrecerle más. El resto es para nosotros, para dormir tranquilos.

—¿Ha estado todo este tiempo el dinero aquí?

—Éramos algo más que unos simples vecinos, éramos como sus padres. Los hemos visto crecer, sufrir, reír…Confiaban en nosotros.

—Supongo que la empresa de limpieza ayudó a blanquear una parte, ¿verdad?

—Muy poco, la verdad. A nosotros no nos miraba nadie, pero a Eva sí. No podía blanquear prácticamente nada.

—¿No pensaron en alguien que pudiera ayudarles a dar salida al dinero?

—Nosotros no decidíamos nada —responde el marido, que al fin da señales de vida inteligente—, sólo guardábamos el dinero.

—Comprendo, pero ¿por qué eliminar a Mercedes? Eso es algo que no entiendo.

—¿Voy preparando el dinero? —interviene de nuevo el hombre con una pregunta que requiere de dos llaves, como esas cajas de seguridad de las películas.

La mujer me mira como el que deja pasar la mano en el mus. Me toca a mí. A estas alturas mi única duda es cómo coño voy yo a blanquear todo ese dinero, pero no es momento de pensar en eso, ése será un problema del Eusebio Minaya del futuro.

Asiento un par de veces porque creo que la primera vez me ha quedado ambigua.

El hombre se dirige al garaje de la casa. Al quedarnos solos la mujer y yo insisto:

—¿Por qué matar a Mercedes? Podían haberla callado con dinero.

—No era tan fácil, como comprenderá usted ahora. Resulta que la chica era la hermana del guarda que murió en el asalto a la mansión del mafioso. ¿Lo sabía usted?

—Pues ni idea, la verdad.

—Pues sí, resulta que la perra con cara de mosquita muerta y voz melosa intentó camelarse a los dos bobos escribiéndoles cartas de amor a la cárcel, pero sólo Fernando la hizo caso, así que se pegó a él. En la playa, cuando los dos tontos murieron, ella ató cabos y quiso venir a robarnos el dinero.

—¿Y usted cómo sabe todo eso de las cartas?

—Ella misma me lo contó, mientras me amenazaba con un cuchillo. Lo que no sabía es que en esta casa hay armas más contundentes que un cuchillo.

—¿Y ya? ¿Tan sencillo?

—No soy un hombre de negocios —interrumpe el hombre—. Aquí está.

Deja una bolsa de deporte sobre la pequeña mesa de centro. Desliza la cremallera, dejando a la vista fajos de billetes de cien y de quinientos euros metidos en bolsas de plástico con cierre hermético. En cada bolsa hay un papelito con la cantidad que hay dentro, me explica. No veo la necesidad de complicar la situación contando el dinero, aunque ella insiste en que lo haga. Cierro la bolsa y me levanto. Trato de disimular las ganas que tengo de salir de allí con el dinero. Estoy todavía impactado por el giro de los acontecimientos.

—Esto se acaba aquí, entonces —digo a modo de despedida.

La mujer se levanta y me tiende la mano:

—¿Todo claro?

—Por supuesto. —Estrecho su mano con firmeza.

—Creo que debe usted saber que, por motivos de seguridad, esta conversación ha sido grabada.

La voz del hombre no suena a amenaza, sería distinto si esa frase la hubiese dicho ella. No me altera, es lógico que se quieran cubrir las espaldas.

Cuando llego a casa cuento el dinero. No falta ni un euro. Me tiro en la cama y pienso en cómo voy a contarle todo esto a Sandra. No será fácil explicar que yo iba buscando la verdad de este caso y que, no sólo la encontré, sino que en el viaje me embolsé una considerable pasta. También es cierto que quizás no le deba ninguna explicación, ni siquiera somos una pareja estable. A decir verdad, todavía no sabemos ni lo que somos.

Agradecimientos

Me gustaría agradecer especialmente a Marta Coll y a Xavi Pujadas sus consejos y recomendaciones. Gracias a su colaboración la novela es una versión mucho mejor de lo que a ellos les llegó.

Muchas gracias a los dos por vuestra amabilidad y disposición para colaborar.

También quiero agradecerte a ti, lector, que hayas confiado en mi novela para entretenerte en estos días en los que el tiempo es un bien tan preciado. Espero haber devuelto la confianza con unas buenas horas de entretenimiento. Cualquier sugerencia sobre esta o cualquiera de mis novelas será bien recibida. Puedes contactar conmigo a través de mi web enriquedelacruz.com

Acerca del autor

Enrique de la Cruz (Madrid, 1978) novelista de género negro. Debutó en 2019 con “Y una moto negra” (libros.com) y en 2021 publicó “Los Robles”, una novela con aroma a clásico escrita bajo las influencias de Hammet y Chandler.

En la búsqueda de nuevos caminos narrativos, escribió “La espera” en 2020. Esta novela corta es un drama rural ambientado en la España previa a la Guerra Civil.

En 2022 publicó “Una última apuesta” (Cosecha Negra Ediciones), una novela de género policíaco.

Para más información, visite www.enriquedelacruz.com

Otras obras

Y una moto negra (2019 libros.com)

La vida no ha sido fácil para Alfredo. Ahora, por fin, sí: tiene un trabajo estable, una novia que le gusta, vive cómodamente… Y, sin embargo, cuando Rufo, un amigo de los viejos tiempos, le pide ayuda para un asunto turbio, su espíritu aventurero lo lleva a decirle que sí. Así se topa con la posibilidad de hacerse con mucho dinero, pero todo tiene un precio. ¿Seguirá adelante o se aferrará a ese futuro tranquilo que ya parecía tener asegurado?

La espera (2020 Autopublicación)

¿Qué puede llevar a una niña a empuñar un arma para proteger su casa?

La espera es un cuento sobre la supervivencia y el instinto. Un relato en el que la joven protagonista tendrá que sobreponerse a las injusticias y al peligro que se cierne sobre ella. Para eso, tendrá que aprender a tomar las decisiones correctas y dejar a un lado sus propias creencias. Un viaje de un día hacia la madurez.

Un drama rural ambientado en la España previa a la Guerra Civil.

Los Robles (2021 Autopublicación)

La primera aventura de Jim Dyson. Los Robles es una ciudad diferente. Es un lugar que se define principalmente por los personajes que la transitan, aquellos que le dan vida. Entre esos personajes está Jim Dyson, un buscavidas que se encontrará con la posibilidad de solucionar sus problemas de dinero haciendo un sencillo encargo.

Una última apuesta (2022 Cosecha Negra Ediciones)

El detective Andrés Garet pasa por un momento delicado; el que ha sido su compañero durante años se ha jubilado y no termina de acoplarse al nuevo acompañante que le han asignado. Mientras tanto se cruza en su camino lo que en apariencia podría ser un caso más de suicidio. Garet tendrá que adentrase en la vida del fallecido, comprobar si el hombre optó por quitarse la vida de forma voluntaria o, por el contrario, averiguar si su muerte tiene alguna relación con el software que desarrollaba para hacer apuestas.

La casa de la memoria (2023 Autopublicación)

Una antología de relatos y microrrelatos que te llevarán a través de anécdotas literarias y de palabras impensables; por cuentos de niños y curiosos amuletos; por sueños premonitorios y preguntas difusas.

Este libro es un compendio de pequeños textos en los que se pueden ver distintos estilos y géneros que transportarán al lector por nuevos senderos.